

Hno. Josu Fernández Olabarrieta

Juan María de la Mennais
Ojos abiertos a más vida

La Mennais
Éditions



Versión original en español :Juan María de la Mennais Ojos abiertos a más vida.
Traducida al francés por André Berthelot y el H. Yvon Deniaud.
Traducida al inglés por Kelly Washbourne, Camelly Cruz-Martez y H. Jack Davis.
Diseño de las versiones francesa, inglesa y española : H. Louis Balanant.
Coordinación administrativa : H. Pierre Berthe.

ISBN / 978-2-914547-83-3

© Éditiones Don Bosco – Responsable editorial : Edwige Fromageot

© Ediciones Menesianas – Responsable editorial : Michel Tanguy

Primero Trimestre 2012

*Todas las historias son iguales.
Mismo inicio, mismo desenlace.
Cambia la parte central y la forma de escribirla.
Hay autores que las escriben con tinta, algunos con agua.
Las vidas decisivas están grabadas a fuego.*

*Mi gratitud a los que me dieron ojos y me dieron vida.
Mi compañía agradecida a los que vamos cada día
en el mismo empeño por despertar los ojos,
por llenar de Vida los ritmos del camino.*



Saint-Malo



La Chesnaie



Paris



Ploërmel



Puntos de referencia en el mapa de Bretaña



Auray



Saint-Brieuc

PRESENTACIÓN

Hace más de 150 años, el 26 de diciembre de 1860, moría en Ploërmel Juan María de la Mennais, un sacerdote nacido en Saint-Malo. Son varias las biografías que se han escrito sobre este hombre poco conocido respecto a la ingente obra que llevó a cabo, especialmente al servicio de la educación de los niños en Bretaña. Esta biografía, escrita por uno de estos « Hermanos » de la Congregación que él fundó para la educación cristiana de los niños, nos entrega con ardor el "secreto de vida", el "aliento interior", que tuvo este sacerdote e hizo de él un apóstol infatigable de la causa de los jóvenes.

El Hermano Josu Fdez Olabarrieta, Asistente del Superior General desde 1994 hasta 2006, es actualmente el responsable de "Estudios Menesianos". Nos presenta aquí a Juan María de la Mennais tal como él lo ha ido conociendo, caminando tras sus pasos, como discípulo. Se puso a escribir este libro con pasión, compaginando esta tarea con su compromiso como docente en Portugalete (España). En él se transparenta su íntimo y profundo conocimiento del Fundador de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel y de las Hijas de la Providencia de Saint-Brieuc, dos Congregaciones religiosas al servicio de los niños y los jóvenes.

El Hermano Josu nos introduce en la familia de Juan María de la Mennais, nos hace descubrir el universo en el que creció, como niño y como adolescente. Nos hace vibrar con el relato de sus primeros años de sacerdote al servicio de la juventud y la formación de los sacerdotes. Al encerrar esta biografía en el periodo de una semana, trata de darnos a conocer el secreto del corazón del hombre que entregó su vida a Dios Solo, a la Iglesia y a los jóvenes de su tiempo. Compartimos a lo largo de estas páginas las convicciones de este "vigía del futuro", que no dudó en

enviar a sus Hermanos más allá de los mares para educar e instruir a aquellos que aún estaban bajo el yugo de la esclavitud, para que se abrieran a la libertad. Descubrimos a este sacerdote tan habitado por el Espíritu Santo, que un día dejó que su corazón se desbordara en un "Torrente de ideas vagas", como si fuesen otras tantas batallas que emprender en el corazón de una Iglesia servidora.

Estas páginas llenas de vitalidad y poesía, nos guían tras los pasos de un sacerdote totalmente ocupado en la obra de Dios, unido fuertemente a la Iglesia y dedicado a los niños. Este relato es como una invitación a seguirle y a escuchar, como él, el grito de los "pequeños" que esperan que se les reparta el "pan de la instrucción". Gracias a la riqueza de sus escritos, Juan María de la Mennais se convierte para nosotros en un amigo.

Quiero agradecer al Hermano Josu el hermoso regalo de este libro. La herencia "menesiana" que él mismo ha recibido, nos la transmite con mucho talento. Espero que los esfuerzos realizados aquí para contar la vida de quien anima la suya, despierten en muchos lectores el deseo de ser como él en el servicio gratuito y gozoso de los pobres y heridos de nuestro tiempo.

*Hermano Yannick Houssay,
Superior General
de los Hermanos de la Instrucción Cristiana*

Prólogo

150° aniversario de la muerte de Juan María de La Mennais.

El 26 de diciembre de 1860 el anciano Juan María, emprendía un nuevo viaje, menos ajetreado que los mil emprendidos por los caminos de Bretaña, menos agotador de los que mil veces había hecho y que le dejaban los pies hinchados y el cuerpo dolorido. Menos sobresaltado que aquella pesadilla en Landerneau cuando los caballos galopaban sobre hielo, caían y se levantaban heridos y el coche amenazaba testarudamente con volcar.

Lejos quedaba su trajín andariego para conseguir una escuela, para hacerse presente en cualquier frente de lucha, para visitar a sus Hermanos, soportando fríos o calores, magullada su cara en alguna ocasión por un accidente fortuito.

En esa fecha iniciaba un trayecto nuevo, el viaje definitivo a la Vida sin límites, a la Eternidad que tantas veces había mencionado y que había sido su punto de referencia en multitud de ocasiones.

150 años es una cifra solemne, que nos puede traer ecos de algo sucedido en una nebulosa lejanía. Pero todos estos años han sido un camino transitado por los pasos y las esperanzas, los temores y las pequeñas heroicidades de unas generaciones de hombres y mujeres que han ido transmitiendo el sentido de esa fecha. Nos han construido un puente para establecer, tras esos 150 años, una permanente cercanía con Juan María. Nos han hecho vecina su historia y su experiencia.

Por eso, esta biografía de Juan María de La Mennais, está escrita con los ojos en el pasado para contar lo que fue. Trata de no deformar la historia, anclada en los hechos acaecidos, huyendo del anecdótico pietista, en la convicción de que los datos y su contexto son en sí ya son un estímulo para cada uno de nosotros...

Pero a la vez está pensada y vivida con una mirada en el futuro para contar lo que esa historia puede ser: una sacudida en el alma y

un impulso hacia adelante. En cada esquina de la biografía de Juan María podemos vernos reflejados, podemos reconocernos en sus intuiciones, en el mismo palpitar de deseos y proyectos, en la misma pasión que le condujo a dar respuestas vitales, creativas, arriesgadas...

150° aniversario de la muerte de Juan María.

Es una cifra solemne que puede incitarnos a celebraciones fastuosas por la epopeya luminosa de una vida espléndida y rebosante de frutos. Pero ha de convertirse, sobre todo, en trampolín para nuevas andaduras, para ponernos en marcha con él, como espejo y compañero de camino.

Para rememorar la vida de Juan María de la Mennais, vamos a echar mano de un recurso literario, viejo como el mundo: delimitar su vida en el intervalo de una semana. Así lo hizo el Génesis con la semana de la creación, donde el edificio del mundo se fue construyendo al compás de siete días, siete peldaños de perfeccionamiento, de laborioso camino a la plenitud, como es el despliegue de toda vida.

Un amanecer será el anuncio de cuanto puede acontecer.

El atardecer podrá servirnos para releer apaciblemente y rumiar con deleite las claves de lo sucedido.

LUNES

Lunes

Amanecer

Hablar de Juan María de la Mennais es hablar de un hombre de mirada dilatada. A lo ancho y a lo profundo. Capaz de ver más cosas, pero, sobre todo, de verlas mejor. De perforar la realidad para descubrir en ella su sentido más hondo.

Donde los demás vemos jóvenes anónimos, acontecimientos opacos, carencias... él descubría rostros vivos y corazones palpitantes en busca de una respuesta solidaria. Así anduvo por la vida: mirándola con los ojos permanentemente bien abiertos en cada esquina a la sorpresa de Dios, que llama y requiere, invita y gozosamente compromete.

Y esa mirada estaba cargada de amor entrañable, de compasión enternecida. Le dolían los niños y jóvenes abandonados a su suerte, a quienes amaba apasionadamente. Se apasionaba por ellos, porque les percibía más frágiles y vulnerables, más inermes y desvalidos, las manos vacías, repletas solamente de futuro.

Y en esta marcha de amor hacia los jóvenes, encontró el camino, pero no logró encontrar el dique o la frontera. Soñó la educación

como el camino apto, mejor, más duradero para dotar a los jóvenes de un porvenir más cierto. Pero no quiso, ni supo, ni pudo poner filtros a aquella mirada penetrante que Dios le regaló para ver necesidades. Donde nadie llegaba a educar cristianamente quiso que estuvieran sus hijos: en los pueblos más pequeños, en los países misioneros, en los campos de esclavos de los tiempos coloniales... Hasta el extremo.

Que nada hay demasiado duro, ni difícil, ni arriesgado para quien camina con DIOS SOLO.

Mañana de lunes

Un lugar

Si Juan María de la Mennais volviese a Saint-Malo, si quisiera reencontrarse con sus raíces, con el paisaje que le rodeó en su infancia y marcó su temple, podría venir por tierra desde Paramé. Pero no podría reconocer los campos de agricultura que de niño había visto extenderse por bosques, dunas y marismas y se encontraría perdido entre las edificaciones y los chalets ajardinados. Aquel aroma a lino, a cáñamo, a campos de habas o patatas, o aquel otro más inconfundible de las caballerías o de las ovejas pastando en los baldíos, ya no aletea en el aire, sino que ahora todo posee esa atmósfera indefinible de zona balnearia, con sus termas marinas. Sólo reconocería el mar, la playa larga, acariciadora de Rochebonne que se acerca hasta el mismo límite de las murallas de Saint-Malo.

Podría venir por Saint-Servan y se sentiría también perdido por el cambio de fisonomía del entorno. Pero cerca del estuario de La Rance, reconocería la casa familiar de Amelia y la que fue casa del obispo, y lo que fue seminario y ahora es un conjunto de pisos apilados y su memoria comenzaría a incendiarse de recuerdos de infancia, de risas y nostalgias, de encuentros, de sueños y entusiasmos...

Y encaminaría sus pasos por la Chaussée du Sillon, versión modernizada, con piedra y asfalto, del Sillon de siempre, aquella lengua de tierra como único lazo que unía a los maluinios con el continente y por la que llegaban a diario las provisiones necesarias para los vecinos de Saint Malo.

Desde ahí vería el conjunto de la ciudad y a pesar del tiempo y de todas las heridas sufridas¹, la identificaría como suya, podría desde la distancia señalar los contornos de los muros, y de mil lugares conocidos. Se le presenta como siempre, como él la tenía fijada en el recuerdo, como una ciudad asentada firmemente en una roca rodeada de murallas, torreones, cerrada en sí misma y abierta prodigiosamente al infinito de la mar. ¿Es así como forja esta ciudad a todos los maluinios: anclados en sí, en sus raíces graníticas, casi hasta el ensimismamiento, y a la vez llamados por el rumor de las olas a la aventura, a salir del círculo cerrado, a lanzarse al infinito?

Se acercaría a la puerta que desde allí le abre la ciudad y vería con sobresalto emocionado la indicación actual del lugar: "Esplanada Félicité Robert de La Mennais". Y le vendrían los perfiles del rostro de su hermano del alma, y se le alzaría por dentro una tempestad de ternuras y lágrimas.

Incitado así por el recuerdo pasaría de prisa por la puerta Saint-Vincent, construida en 1709, y llegaría caminando por la calle hasta el lugar donde se encontraba la casa donde nació y vivió. Está la placa que garantiza que allí nacieron los dos La Mennais, Féli y él. Pero para encontrar la imagen del hogar, que se hospeda en los rincones más íntimos de su memoria, cerraría levemente los ojos eliminando así los comercios de hoy que emborronan el pasado, y emergería su casa natal, impropia llamada luego "Hotel La Mennais", con dos alas perpendiculares a la calle y un cuerpo central paralelo. Difícil hoy resituar los despachos de la compañía

¹ Como consecuencia de los incendios y de la destrucción de 1944, sólo se han conservado dos o tres ejemplos de construcciones en madera. La ciudad ha sido reconstruida en sus tres cuartas partes con absoluta fidelidad.

“Robert Hermanos”, el salón artesonado, las solemnes balaustradas que en juegos a veces cabalgaban, la residencia de sus tíos en la otra mano, los anaqueles de la biblioteca rebosantes de tomos, el pasillo donde escuchaban absortos las notas que arrancaba su madre al violín de ensueños... **Aquí nació el 8 de septiembre de 1780**

Y siguiendo la calle iría a ver su otro hogar, donde nació de otra manera: la catedral de Saint-Malo. Gravemente dañada en 1944 por fuego y bombas, ha sido restaurada y abierta de nuevo al culto en 1972. Es perfectamente reconocible, es la misma, a pesar de la flecha de granito que le han añadido, pero lo decisivo, lo trascendente para Juan María, permanece inalterable. Miraría el brillo luminoso de las vidrieras con su decoración modernista, cuajada de siluetas de fuego que pueden ser pinceladas de las lenguas del Espíritu o recuerdo de las llamas crepitantes de la guerra, pero reconocería entre todo, a la izquierda de la entrada, la pila bautismal. Y se quedaría en silencio. "Dios solo, Dios solo..." podría ser el eco que iría descendiendo de las bóvedas, envolviendo las columnas, deslizándose por las naves... y allí en la pila bautismal, se concentraría. Sentía aquel lugar, como siempre lo había sentido, como un seno maternal que le había dado a luz a la Vida. Un seno cálido, de infinita ternura, digno de ilimitada confianza, el "seno de la Providencia".

Si saliese luego, volvería a toparse con el colegio-seminario donde a los veintidós años palpó por vez primera la grandeza de ser educador y ensayó lo que luego sería su sueño de escuela.

No reconocería, tal vez, la actual plaza frente a la catedral, pero el rótulo que le da nombre le produciría otro vuelco al corazón: Plaza de los Hermanos Lamennais. Unidos por vínculos de sangre y de afecto, empezaron vida y acción de la mano y después de una separación desgarrada por avatares de la historia, un rótulo simbólico se encarga hoy de mantenerlos juntos, indefectiblemente unidos

Lunes

Y podría regresar a la infancia en un paseo por las murallas, algunas de ellas irreconocibles porque han sido posteriormente ampliadas, pero puede sentir los lugares de juegos, de encuentros, de luchas y desvelos...: aquí estaba la casa del sacerdote Engerran, más allá el lugar donde la maternal criada Villemain le buscó una vez que tardaba en volver a casa, allí el torreón por donde su padre les mostraba con su índice la singladura de sus barcos, es ése el sitio donde encontró al sacerdote Vielle ridículamente disfrazado de marino...

Esta es su ciudad, anclada reciamente en el granito y abierta a los mil azules de los mares.

Es cierto que todos somos modelados por los vientos que nos acariciaron y la tierra que pisamos desde niños; es verdad que quedamos amasados por la educación que sutilmente nos ha ido perfilando; es innegable que aparecemos troquelados por el aroma de un entorno que nos ensancha o nos asfixia, pero lo más elemental es que, sobre todo, somos engendrados por la sangre de los nuestros.

Por ello es por lo que para entender a un ser humano, habrá que conocer sus raíces

Unas raíces

Si Saint-Malo sigue mereciendo el título de “ciudad corsaria”, es porque entre sus gentes, más allá de los nombres de aventureros, descubridores o simplemente corsarios de renombre (Cartier, Duguay-Trouin, Robert Surcouf), toda la ciudad es una incitación a romper las murallas y lanzarse abiertamente a la aventura.

En el árbol genealógico de Juan María Robert de la Mennais tienen cabida personajes singulares que parecen salidos de una juvenil novela de aventuras, como

Juan María de la Mennais

- François Robert de Villedorée muerto en Ceuta, prisionero de los berberiscos.

- Jean Prairier, antepasado lateral, capitán de barco nacido en Saint-Malo, corsario reconocido, con una plantación en Santo Domingo y que durante la guerra contra la Liga de Augsburgo, no acierta a obedecer a la prudencia que le sugiere gozar apaciblemente de la tranquilidad y placeres de su estancia, y se enrola con la armada francesa. Pierece en la batalla en 1691.

- François Robert des Saudrais, yerno del anterior, que dirige un barco carguero provisto de 40 cañones, sin duda para defender lo que previamente pudiera haber saqueado, muere en la mar, después de zarpar rumbo a Puerto Príncipe para poner a buen recaudo su cargamento.

Luego el apellido Robert aparece anclado a tierra, ligado a las empresas comerciales, armando barcos que surcarán los mares de Europa y América. Según la costumbre de la época, el abuelo paterno de Juan María, el Sr. Louis-François Robert añadirá al apellido, el nombre de alguna propiedad. Así añadió al Robert del apellido el “La Mennais”, de una granja y casa solariega que le correspondía en Trigavou²

Por parte de madre, Juan María procedía de una familia de nobles irlandeses establecidos en la región de Saint-Malo. El abuelo materno, Pierre Lorin de la Brousse fue abogado en el Parlamento de París, consejero del Rey y magistrado en Saint-Malo. Él fue quien hizo construir La Chesnaie, lugar de robles.

La Familia

El padre Pedro Luis, negociante atrevido, emprendedor naviero cuyos barcos llegaban hasta Terranova o tocaban puertos europeos,

² La antigua casa de campo de la Mennais o Lamennais, incendiado en el siglo XIX. No queda más que el edificio que hacía función de capilla (siglo XVI)” dice “*Etymologie et Histoire de Pleslin-Trigavou*”.

transportando en un vaivén agitado, grano, tejidos, provisiones, mercancías de todo tipo, los vinos claros de Cádiz³... Juan María nos ha dejado testimonios llenos de ternura de la honestidad y la hospitalidad hacia los pobres que tenía su padre:

*“Has oído hablar de la desgracia de mi familia. Mi padre y mi tío han dejado a sus acreedores todo cuanto poseían. Una decisión tan penosa es una nueva prueba de esta honestidad que les fue mucho más querida que las riquezas y que después de cincuenta años de trabajo es hoy el único bien que les queda”*⁴

*“¿Conoces la historia de esa buena persona que nos es desconocida, pero que en agradecimiento por los servicios que le había prestado mi padre, hace cincuenta años, ha pagado la multa de 2000f a la que Féli ha sido condenado? Este hombre, por lo que parece, se había embarcado en 1790 para pasar a Inglaterra. Naufragó por la parte de Saint-Brieuc y de allí fue transportado enfermo al hospital de Saint Malo. Su cama se encontraba al lado de la de un pobre que le habló de mi familia, a la que él llamaba la providencia de la ciudad, y sin otra recomendación el naufrago se presentó en nuestra casa. Estábamos a la mesa, se le hizo sentar, se le prodigó toda clase de cuidados y tres meses después se marchó sin que desde entonces nosotros hayamos tenido noticias suyas. He aquí que lo encontramos hoy y quiere compartir la condena de mi hermano cargando con la pena fiscal”*⁵.

La madre Graciana Lorin, debió ser una mujer sensible, firmemente piadosa, cultivada y tierna.

³ Luis María Robert de La Mennais, hermano mayor de Juan María, encuentra una gran similitud entre la ciudad andaluza y Saint-Malo, subrayando la gran diferencia entre el carácter serio y concentrado de los maluinos, con la alegría contagiosa de los gaditanos. Diferencia mucho más acentuada en su expresión religiosa. Con ocasión de un viaje con su padre a Cádiz en 1802. Christian Maréchal, *La famille de la Mennais* p. 6 y ss.

⁴ A de la Guérétrie, 17 de septiembre de 1813.

⁵ A Lucinière, 24 enero de 1841.

Juan María de la Mennais

Muere de tuberculosis a los treinta y siete años, cuando Juan María tiene sólo siete. Podemos imaginar la emoción con que éste descubrió la caligrafía esmerada y puntillosa en unas notas manuscritas de su madre que luego conservaría siempre entre sus papeles más íntimos. Eran unos comentarios al Salmo 129 “De profundis”:

“Pero la pequeñez del espíritu humano no puede penetrar los secretos de tu providencia divina, o más bien su ligereza no le da tiempo para meditar la recompensa que has prometido a los justos; ocupado por el presente, raramente le toca el porvenir; los proyectos del día, las especulaciones de un año llenan el vacío de su imaginación...¡Cómo puede Dios morir por su criatura, un Dios sufrir para perdonar sus pecados! Este misterio de amor sobrepasa nuestros espíritus. En vano podríamos sondear su profundidad. Adoremos su Providencia, apliquémonos a devolverle, si es posible, amor por amor”⁶.

Su hermano Féli, dos años menor que él, mantendrá sólo en la bruma del recuerdo dos imágenes significativas: rezando el rosario y tocando el violín.

El mismo día en que se casaron Pedro Luis y Graciana, se casaron también el hermano de Pedro Luis, Dionisio Francisco, con la hermana de Graciana, Félicité. Dionisio añadirá al apellido Robert el de Saudrais, que tenía raíces antiguas en la familia, dejará a su hermano mayor el La Mennais.

El matrimonio tuvo seis hijos:

- Luis María, nacido en 1776, fallece a los veintinueve años.
- Pedro Juan nace en 1778 y muere a los seis años.
- Juan María (1780-1860)
- Féli (1782- 1854)
- María José (1784-1851)

⁶ Christian Marechal, *La famille de la Mennais*, pp. 209 y 222.

Lunes

- Gracián Claudio, (1785-1818), el más joven y el más inestable de la familia: soldado de Napoleón, aventurero, alejado de los suyos de quienes sólo se acordaba para pedirles dinero, fue a para a Cuba, donde muere.

- María José se casó con Angel Blaize, y el matrimonio tuvo ocho hijos. Nos interesa recordar a dos, porque los veremos junto a Féli en sus últimos momentos:

- Angel Blaize, educado en Saint-Brieuc junto a su tío Juan, abogado, ateo, se sumó a la cohorte que rodeaba a Féli moribundo para “filtrar” las visitas.

- Agustina María, convertida en Señora de Kertanguy al casarse con el amigo y secretario de Féli de este apellido. Muy religiosa, nos ha dejado dos conversaciones que tuvo con su tío en el lecho de muerte.

La atmósfera

Juan María ha vivido en su primera infancia un entorno apacible, sereno. Pertenece a las familias más reconocidas de Saint-Malo. Además de la casa de la calle San Vicente que ya antes se ha evocado, con sus dos alas perpendiculares a la fachada principal, patio de honor con monumental entrada estilo Luis XIV, balcones de hierro forjado y terraza con balaustrada de granito, va a menudo a la casa de campo llamada La Amelia, propiedad de la familia La Mennais, situada en Saint-Servan.

“Mi salud va mejor, así como la de mi hermano; solemos ir a tomar la leche a nuestra casa de campo de Saint-Servan”⁷

Y más lejos está La Chesnaie, la mansión heredada por parte materna y que será el lugar de descansar entre estanque y arboledas, de proyectar futuros, de diseñar todo un plan de servicio al mundo y a la Iglesia.

⁷ A Bruté de Rémur, 26 de abril de 1808.

Su familia goza del prestigio y reconocimiento social. Pedro Luis, su padre, es el “Subdelegado” de la región de Saint-Malo, y su cargo le reclama conocer la realidad de las gentes, los problemas de sus cosechas, las situaciones de penuria en que algunos viven, las necesidades de salubridad, la atención sanitaria a los enfermos...

Es una responsabilidad más que cumple con escrupulosidad, sin descuidar su trabajo de comerciante-armador en la empresa “la Mennais Hermanos”. Todos reconocen su sensibilidad por los más desprotegidos, han sido testigos de sus desvelos y soluciones creativas para la crisis del cáñamo y el lino, que han dejado a muchas casas sin trabajo o sin un complemento económico. Cuando se reciben las notas del gobierno para que los subdelegados busquen medidas para paliar las consecuencias desastrosas de la crisis, responde al Intendente de Bretaña, su superior directo, que los barcos ya están en San Petersburgo, Schucken, Danzig... cargando el lino y el cáñamo.

Y demuestra la profundidad de su valor humano buscando futuro a los jóvenes: establecerá una escuela en las Hermanas de la Cruz de Saint-Servan para tejer el cáñamo y se tendrá que ver con anécdotas de corrección de jóvenes como la que sigue. Un padre había pedido y conseguido una “lettre de cachet” del Rey - algo así como una orden de internamiento - para un joven, a la que el subdelegado tenía que dar curso. El padre había recurrido a esa medida después de haber buscado inútilmente otros mil caminos de corrección. Pedro Luis esperó, no quiso tomar la decisión drástica del internamiento y encontró la solución sin recurrir a la medida extrema, lo embarcó para la Indias. Así nació el más célebre de todos los corsarios hijos de Saint-Malo : Robert Surcouf⁸.

⁸ Christian Marechal, *La famille de la Mennais*, p. 74.

Sobre todo el padre de Juan María estará muy activo en los casos de escasez de grano, que produjo una oleada de hambre en la región. Por eso el doce de mayo de 1788, a instancias de los Estados de Bretaña, el rey Luis XVI le concede título de nobleza. El Rey alaba a su querido y bien amado Pedro Luis Robert de la Mennais por “*varios servicios que ha prestado con sus barcos y actividades comerciales*”, y continúa diciendo:

Durante la escasez que sufrió nuestra provincia de Bretaña en 1782, el territorio de Saint-Malo y el de Dinan se encontraron en situación tan crítica que el precio del celemín de trigo subió a doce libras. El señor de la Mennais que había previsto esta desgracia, importó quince mil celemines de grano y los vendió en el mercado a razón de ocho libras por celemín, en lugar de las diez que le ofrecían

En 1786 dio pruebas de un patriotismo más raro aún. Como la mala cosecha del año precedente había provocado una nueva escasez, hizo llegar de Inglaterra y Holanda una cantidad de piensos que vendió a menor precio de lo que le habían costado. Luego entregó a nuestro Comisario partidas de lino y cáñamo en cantidad suficiente para ser vendidas en toda la provincia a precio inferior al del mercado...

*Pero lo que hace aún más recomendable al señor de la Mennais ante nuestros ojos es su modestia por encima de todo elogio...*⁹

El escudo nobiliario de la Mennais llevará dos espigas de trigo y una ancla de plata.

Sus educadores

La primera educadora fue su misma madre que había trazado un plan preciso para la educación de sus hijos. Ella le enseñó las primeras letras, los valores, a ella habría de agradecer los

⁹ Christian Marechal, *La famille de la Mennais*, pp. 191-192

Juan María de la Mennais

balbuces de sus primeras oraciones, la experiencia fontal de un Dios-madre, como su mamá Graciana, pero más grande, más profundo, más plenificador y envolvente¹⁰.

Es seguro que no asistió a la escuela primaria que tenían los Hermanos de La Salle. Éstos se encargaban de la gente modesta y la tradición burguesa en Francia requería de la figura del preceptor, el educador que iba a casa a educar a los niños. Cuando su madre muere, la educación de Juan María fue confiada al sacerdote Carré, pero esta educación se vio interrumpida al llegar la Revolución, cuando Juan María tiene 9 años.

Y como sus tíos, Dionisio y Félicité, no tienen hijos, adquirirán el compromiso de la educación de sus sobrinos. Sobre todo inicialmente, va a ser su tía quien cuidará de ellos intentando colmar el hueco de la madre ausente.

Tarde de lunes

Esta infancia era una infancia prometedora aunque hubiese sido ya atravesada por el desgarrador dolorido de la muerte de la madre. Ese hueco profundo y silencioso de nostalgia y desamparo, que aunque no lo exprese nunca, va tiñendo de ecos maternos las experiencias más hondas de su vida, se transparentará en sus escritos.

Sigue siendo envidiable su situación económica, la seguridad de la familia, el futuro ampliamente abierto, como el azul del mar que lo envuelve todo y todo lo marca de serenidad y ensoñaciones.

¹⁰ En muchas fórmulas oracionales de Juan María y en su concepción espiritual aparecen intensamente las notas de una oración afectiva, cargada de acentos maternos.

Pero...aparece una fecha que todo lo fractura: el 14 de julio de 1789. Es una fecha simbólica que concentra algo más denso y difuso, más determinante y decisivo: la Revolución Francesa.

Serán precisas unas pinceladas para contextualizar la figura de Juan María que va a empezar ahora su adolescencia.

Cuando nace Juan María de la Mennais la sociedad presentaba todavía un corte de perfiles medievales. En la cima, el Rey, monarca absoluto de derecho divino.

Luego los dos estamentos privilegiados:

- La nobleza abarcaba a unas trescientas mil personas. Un reducido número vivía en Versalles y participaba del fausto de la realeza. El resto era la nobleza provincial o rural afincada en sus tierras.

- En el clero hay también dos categorías: el alto clero (obispos, abades, canónigos...), al que sólo tenía acceso la nobleza, y el bajo clero. Había también religiosos y religiosas, algunos de aquéllos en estado de relajación.

El resto de la sociedad - unos veinticinco millones de ciudadanos - constituía lo que se llamaba el tercer estado: obreros, campesinos, artesanos, los burgueses, gentes de saberes o enriquecidas que poco a poco habían ido adquiriendo una fuerte conciencia de clase y que toleraban cada vez menos que la nobleza monopolizara el poder político.

El rey de Francia había convocado los Estados Generales como representación popular, para encarar una situación agónica de la economía, que reclamaba soluciones drásticas ante la escasez y el hambre que azotaba periódicamente al pueblo. Primero solicitó el concurso de los dineros de los nobles que, “entre genuflexiones serviles y empelucadas declaraciones de fidelidad”, se negaron, sugiriendo al rey que convocara al pueblo, sin darse cuenta que se estaban firmando su propia muerte. Los hermanos del rey fueron más perspicaces y le enviaron un memorándum diciendo: “Sire, se

está preparando una revolución en los fundamentos del gobierno. La producirá el fermento de los espíritus”¹¹.

Se pidió a la gente que expresara sus necesidades y sus agravios. Se presentaron más de cuarenta mil de estos cuadernos, “cahiers de doléances”, cuyo tono resultaba bastante moderado, y el pueblo pensó que el rey iba a atender a todas y que iba a comenzar un nuevo periodo de la historia de Francia.

Se habían reunido el 5 de mayo de 1789, con gran pompa y boato: doscientos setenta miembros de la nobleza, doscientos noventa del clero y quinientos noventa y ocho del Estado llano. Durante mes y medio estuvieron debatiendo sobre una cuestión de poder aunque pudiera parecer de protocolo: se discutía si los tres grupos -clero, nobles y estado llano- tenían que reunirse por separado o todos juntos. Los diputados del común, los del tercer Estado, querían que todos los representantes se reunieran en una única asamblea. Llevaba la voz cantante en estos debates el sacerdote Sieyès, cura hábil y maniobrero¹².

Se invitó a los aristócratas y a los clérigos a reunirse con ellos. Algunos lo hicieron, porque el clero bajo no hacía buenas migas con los dignatarios eclesiásticos, y porque había algunos nobles liberales. Entonces los diputados del tercer Estado más los conversos de los otros dos se nombraron a sí mismos Asamblea Nacional.

A partir de aquí, los acontecimientos comenzaron a tomar velocidad. Mientras la Asamblea Nacional en Versalles discutía

¹¹ *"Mémoire présenté au Roi par Monsieur le comte d'Artois, M. le prince de Condé, M. le duc de Bourbon, M. le duc d'Enghien"*, diciembre de 1788, reproducido en *Archives Parlementaires de 1787 à 1860*, serie I, J. Madival y E. Laurent, eds., t.1, Paris, 1867, p. 487.

¹² Cfr. J. A. Marina. *“Los sueños de la razón. Ensayo sobre la experiencia política”*, Barcelona 2006, pp. 35 y ss.

Lunes

textos sobre el enunciado de los derechos del hombre, en París se vivía en un estado de efervescente ebullición.

El día 13 de julio por la noche hubo tumultos en la ciudad, se forzaron las armerías, se peleó con los soldados. En el ayuntamiento se organizó una milicia ciudadana para salvaguardar el orden y la Revolución. Asaltaron el convento de Saint-Lazare para apoderarse de unos carros de trigo que había allí guardados. Lo que se pretendía con los incendios o asaltando los depósitos de trigo o enfrentándose a la tropa era presionar para que se bajasen los precios. También se temía el ataque de los soldados y se buscaban armas para defenderse. Hay hambre, miedo y furia.

En la mañana del 14 de julio se siguió discutiendo sobre si la Declaración de los derechos tenía que ir al principio de la Constitución o al final. Mientras seguían los interminables debates, en París estaban ocurriendo sangrientos acontecimientos. La muchedumbre había conseguido armas en Les Invalides, pero no cartuchos. Entonces, unos mil individuos se dirigieron a la Bastilla, una fortaleza utilizada como cárcel, para conseguirlos. El gobernador no supo controlar la situación. Podría haber mantenido la fortaleza indemne, pero se asusta y capitula. Los asaltantes lo apresan, y camino del ayuntamiento le cortan la cabeza. También ajustician a Flesselles, presidente del gremio de comerciantes de París. Las cabezas de ambos son clavadas en picas y paseadas como trofeos por las calles de París. La imagen de estos estandartes sanguinolentos iba a popularizarse. Se liberaron los presos de la Bastilla, que en aquel momento eran siete.

Es éste su escuálido censo:

El señor de *White*. No se sabía cuántos años llevaba preso. Había dejado crecer su barba y tenía perdida la razón. Cuando en el Ayuntamiento se le preguntó quién era, contestó: «Soy el mayor de la inmensidad.» Hablaba muy bien inglés.

El señor de *Solages* había sido encerrado diecisiete años antes, a petición de su padre. Era un caso frecuente. Los padres indignados por la conducta de sus hijos podían pedir una “lettre de cachet” y

meterlos en la cárcel como último recurso pedagógico. Mirabeau había sufrido esa demostración de amor paterno.

Tavernier, acusado de maquinarse contra la vida del rey, llevaba cuarenta años en prisión. Tenía perdida la cabeza.

Los otros presos estaban acusados de falsificar letras de cambio. En una celda se encontró una biblioteca con más de seiscientos volúmenes, trajes, muebles, retratos y escritos de un tal marqués de Sade, que había sido trasladado unos días antes a otra prisión. Todo fue destruido.

En el Ayuntamiento se constituye la Comuna, un nuevo órgano de gobierno municipal.

Es difícil resumir el período complicado y turbulento que se abre con esta fecha y se cierra con el golpe de Napoleón el nueve de noviembre de 1799

Si un grito en una montaña nevada puede producir una avalancha, el clamor sacude de miedo y desconcierto a los diputados. No tienen la cabeza para pensar en leyes sino para pensar en París convertida ahora en pesadilla.

Todo adquiere ya un ritmo de vértigo, no hay tiempo para la reflexión de la historia, sino para el movimiento de la anécdota. Parece que todo estuviera contagiado de una agitación más que juvenil, adolescente. A la Revolución Francesa no le gustaba la vejez. El conde de Montmorency sólo tenía veintidós años cuando fue elegido diputado, y Saint-Just fue un jovencito poderosísimo. Ser diputado no era una ocupación muy salutífera, si tenemos en cuenta la gran cantidad de ellos que murió en edad prematura. Barnave, guillotinado a los treinta y dos años. Clermont-Tonnerre, asesinado a los treinta y cinco. Duport, tuberculoso, murió a los treinta y nueve, el barón de Jessé, muerto en la cárcel a los treinta y nueve también. Mirabeau, de muerte natural -muy natural, dados sus excesos- a los cuarenta y dos. Mounier, a los cuarenta y ocho. También de muerte natural para aquellos tiempos, es decir, guillotinado, murió a los treinta y seis años Robespierre. Y Saint-Just a los veintisiete. Hay cuatro casos de longevidad simbólica.

Lunes

Sieyès (ochenta y ocho años), La Fayette (setenta y siete), Grégoire (ochenta y uno) y Talleyrand (ochenta y cinco). Igual que las gaviotas vuelan sobre las galernas, así ellos sobrevolaron los tempestuosos cambios de los tiempos. Fueron genios de la supervivencia.

En la vorágine de hechos, de ideas, de acontecimientos, nos circunscribimos a las que afectaron a la Iglesia de Francia y permiten entender mejor la vida de Juan María de La Mennais.

- La noche del 4 de agosto 1789: En la Asamblea la nobleza renuncia a sus títulos, blasones y derechos feudales. Lo mismo hace el clero. Queda así suprimido un orden de cosas milenario: el fin del Antiguo Régimen.

- El 26 de agosto de 1789, la Asamblea Constituyente vota la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

- El 2 de noviembre de 1789, a propuesta de Talleyrand, obispo de Autun, se ponen todos los bienes de la Iglesia a disposición de la Nación para la extinción de la deuda pública. Es cierto que los bienes eran considerables, lo mismo que la multitud de obras de beneficencia y educación que atendía. Como contrapartida, el Estado asume la obligación de velar por el clero y el culto. Económicamente la venta de estos bienes eclesiásticos y su cambio en papel moneda, los “assignats”, fue un fracaso para el Estado y provocó un período de fuerte inflación.

- 13 de febrero de 1790, se suprimen las Órdenes religiosas de votos solemnes. El Gobierno ofrece primas a los que decidan abandonar la vida religiosa. A los demás se les va concentrando en conventos, mezcladas unas Congregaciones con otras. Se prohíbe la admisión de Novicios, excepto para la enseñanza y la beneficencia.

- 12 de julio de 1790 se proclama la Constitución Civil del Clero. Por ella se determina

. La remodelación de las diócesis. Habría una por cada departamento. Aunque la nueva distribución era más racional que

la antigua, se hizo sin contar con la Santa Sede y sin tener en cuenta los problemas enormes que creaba.

. Los Obispos serán elegidos por los ciudadanos del departamento que paguen impuestos equivalentes al menos a tres jornadas de trabajo, sin tener en cuenta su religión (católicos, protestantes, judíos, ateos...) Y recibirán la investidura no del Papa sino de su metropolitano.

. El cuerpo electoral de cada distrito elegirá a los párrocos...

Se fijó la fecha del cuatro de enero de 1791 para el juramento de esta Constitución. De ciento treinta y siete obispos, sólo la aceptaron siete¹³. Entre los curas el número de Juramentados parece que se acercó a la mitad del total. En general, el pueblo cristiano se negó a aceptarlos y a bastantes les hizo la vida difícil. No todos lo hicieron por cobardía o interés. Muchos no se dieron cuenta del sesgo cismático del documento o pensaron que su aceptación podía ser un mal menor para salvar el rebaño.

Por otra parte Roma tardó ocho meses en pronunciarse sobre la Constitución Civil. La condenó como cismática y herética, mientras excomulgaba a los sacerdotes y obispos elegidos según el nuevo procedimiento si no se retractaban en el plazo de cuatro meses.

A los sacerdotes que no juraron la Constitución Civil del Clero se les llamó refractarios y tendrán que desarrollar su misión pastoral en la clandestinidad.

A medida que la Revolución se iba radicalizando aumentaban las medidas persecutorias.

- 27 de mayo de 1792: se decreta la deportación para todo sacerdote acusado de refractario por veinte ciudadanos.

¹³ Talleyrand de Autun, Brienne de Sens, Jarente de Orleáns y Laford de Savine, de Viviers; tres coadjutores u obispos in partibus, Gobel, obispo Coadjutor de Bâle, Martial de Brienne, coadjutor de Sens, y Dubourg-Miraudet, obispo de Babilón.

Lunes

- Septiembre de 1792. Las hordas se apoderan de los conventos-prisiones de París. En La Force, Conciergerie, Abbaye Saint Germain, el convento de los Carmelitas de la calle Vaugirard¹⁴, San Fermín... por lo menos 1500 sacerdotes, mujeres y soldados cayeron bajo el hacha o el garrote. Los sacerdotes estaban detenidos por no haber prestado juramento.

- El 18 de Febrero de 1793, la Convención votó una compensación de cien libras para quien denunciara a un sacerdote susceptible de deportación o que permaneciera en Francia fuera de la ley.

- El 1 de Marzo: los sacerdotes exiliados fueron sentenciados a destierro perpetuo y sus propiedades confiscadas.

- El 18 de Marzo fue decretado que cualquier sacerdote exiliado o deportado que fuese arrestado en suelo Francés debía ser ejecutado dentro de las 24 horas.

- Durante el período conocido como la época del Terror bastaban dos testigos para enviar a un sacerdote no juramentado a la guillotina.

Un lugar

Estamos en Saint-Malo. Todo está igual, pero poco a poco desde la llegada de la revolución el aire ha ido cargándose, haciéndose más denso para llegar a hacerse irrespirable. Y eso hace que la arena de la playa de Rochebonne no parezca tan cálida y acogedora, que la puerta de San Vicente pierda su encanto de apertura a la ciudad para convertirse en puerta de salida para ir en procesión cívica a recibir a soldados, al nuevo Obispo juramentado de Rennes, a los comisarios revolucionarios, donde toda la población está ciudadanamente invitada a hacerse presente entre un estruendo de músicas, tambores y salvas de cañones.

¹⁴ Este convento de los Carmelitas de la calle Vaugirard tendrá unos ecos menesianos importantes como luego veremos.

Y llega un momento que resulta imposible reconocer a Saint-Malo, ni a sus calles, porque ha muerto para dar lugar a otra ciudad laica, donde los nombres de calles, plazas y puertas han sido “rebautizados” para que no hieran los ojos en las placas o chirríen en los oídos. Ahora es Port-Malo¹⁵ y las calles han sufrido las mismas mutaciones.

La catedral también ha perdido su alma, aunque conserva su flecha dirigida a un cielo opaco y mudo, que contemplaba horrorizadamente en carne viva su paso a “Templo de la Razón” y ve con una curiosidad dolorida cómo el nuevo enviado de la Convención, Le Carpentier, empuja frenéticamente al alcalde Sr. Moulin a desembarazar a sus muros de todos los “atributos del fanatismo” que todavía se encuentran en el edificio, para convertirlo en un almacén que sirva para la recogida de material de demolición.

En estas circunstancias la mirada de Juan María se pobló de imágenes dolorosas, de llamadas urgentes, de íntimas presencias, que marcarían decisivamente su vida.

La familia

Ya no está su madre.

Su padre y su tío son dos fervientes entusiastas iniciales del nuevo sol que nace.

Pedro Luis Robert de la Mennais ha palpado el dolor y las lacras que arrastraba un régimen cuando ejercía sus trabajos de Subdelegado. Liberal en política, por convicción o por oportunismo se adhirió fuertemente a los primeros momentos revolucionarios.

¹⁵ Saint-Malo se convierte en Port-Malo entre octubre de 1793 y 1796 por decisión de la autoridad local. Lo mismo ocurre con el Mont Saint-Michel que pasará a llamarse Mont Libre.

Por ello, el 30 de septiembre de 1789, menos de dos meses después de la famosa noche del 4 de agosto, los Sres. “la Mennais hermanos” contribuyen como “don patriótico” al Gobierno para aliviar las arcas públicas con cuatro mil libras, cantidad más que apreciable, dado que hombres de poder económico reconocido, como el Sr. Blaize de Maisonneuve, cuyo hijo se casará con María José Robert de La Mennais, y que actúa además como secretario del Consejo, firma su contribución de 1500 libras y “declara dejar así a la nación un cuarto de sus ingresos”¹⁶.

Sigue siendo honesto, cristiano con una fe no excesivamente confesante, hombre de principios, de unos principios pragmáticos que se saben plegar a las circunstancias. Un armador adaptado a modas y costumbres que puede hacer armar un barco corsario y llamarlo *El Revolucionario*, llevando en su mascarón de proa la efigie del “*Vengador del Pueblo*” en una mano el puñal y en otra a cabeza de un tirano¹⁷.

Y cuando Le Carpentier, que será en el Terror representante revolucionario en Saint-Malo, está defendiendo Granville del levantamiento antirrevolucionario que allí se ha producido, se lee en una acta de la asamblea local de Saint-Malo: “...sobre el ofrecimiento hecho por el ciudadano Robert la Mennais para procurar a nuestros hermanos de Granville el envío de su barca *La joven Emilia* cargada de vino recogido a diversos propietarios que no conoce, la asamblea ha aceptado este ofrecimiento...”¹⁸.

- *Su tío Dionisio*. Hombre simpático, de una campechanería seductora, es elegido miembro de la asamblea municipal. Si inicialmente la asamblea ha ejercido una posición moderadora, defendiendo al Obispo Mons. de Pressigny, con el tiempo vemos estampada su firma en actas cada vez más radicales y temerarias.

¹⁶ Archivos municipales de Saint-Malo, LL 82n (G 9) reg. p. 18.

¹⁷ *L'Écho de l'Ouest*, 11 de noviembre de 1819.

¹⁸ Archivos departamentales de Ille-et-Vilaine, L1, Z 345.

Juan María de la Mennais

Aparece en la aprobación de medidas muy severas contra 200 sacerdotes no juramentados enviados de Rennes por el departamento y encerrados en el castillo. Es perfectamente legible su firma en la condena a los Hermanos de La Salle “considerando que la ley del 18 de agosto ha suprimido la congregación de los hermanos de la escuela cristiana (sic)... que los miembros de esta congregación que tienen aquí la escuela son generalmente sospechosos de incivismo y connivencia con los enemigos interiores de la república...”

El dos de noviembre de 1792 firma una orden gubernativa que prohíbe a un sacerdote enfermo no juramentado, el sacerdote Lebreton, “permanecer en esta ciudad para restablecerse de una enfermedad testificada por un certificado quirúrgico”, alegando que el Consejo general “no puede aceptar en sus muros a ningún extranjero cuyas ideas políticas sean sospechosas”, y en este caso están a pie de Acta dos firmas, la suya y la de otro consejero municipal.

El 20 de noviembre de 1792 vuelve a ser elegido, pero el 9 de diciembre presenta su dimisión y renuncia a la vida política; ¿es consciente de que ha llegado demasiado lejos? ¿son los ecos de la pastoral de Mons. de Pressigny que desde el destierro le han producido una reflexión y suscitado un cambio?

La tía Félicité Lorin se había hecho cargo de sus sobrinos y fue para ellos la mano, el rostro y el corazón de la madre que le dejó tan niños y tan inermes. Esta tía muere cuando Juan María tiene catorce años y Ángel Blaize de Maisonneuve escribe basándose en las confidencias de su otro tío, Féli: “Mi tío Juan María asistió a su tía en sus últimos momentos. Deshecho en lágrimas la animaba a una santa muerte¹⁹!”

¹⁹ Ange Blaize de Maisonneuve, *Œuvres inédites de F. Lamennais*, p. 11.

La educación

Menos aún que en su primera infancia, Juan María no pudo tener en su adolescencia una educación sistemática. Si adquiere una cultura considerable es más por su inteligencia superior y por su gusto por la aventura intelectual.

Ha recibido, por ejemplo la primera comunión y la confirmación, en octubre de 1790, de manos de Mons. de Pressigny en las vísperas de dejar la diócesis, como uno de los últimos actos pastorales que realiza antes de dejar su rebaño: la confirmación de los adolescentes. Está su tío Dionisio, erudito, cultivado, escritor, poeta, que le abre su vasta biblioteca donde junto a los libros más piadosos, se encuentran las últimas piruetas de los filósofos agnósticos, o las más vitriólicas obras de los últimos anticlericales. Pero nada más. Sin el vigor y la fibra de los valores.

Hay dos sacerdotes que clandestinamente en la época de terror o de una manera discreta en los demás períodos, se ven con él: los sacerdotes Engerran y Vielle. El primero, cura que estaba colocado en la ciudad, va a permanecer oculto en este período; el segundo, cura muy joven que llega a Saint-Malo con la idea de huir a Inglaterra y que se queda en la ciudad, escondido en algunas casas, entre ellas las de los La Mennais.

Y hay otro sacerdote, maluino de nacimiento, perteneciente a la extinguida Compañía de Jesús, sacerdote que fue del pueblo cercano de Paramé y que ahora vive la clandestinidad, y va a educar su sensibilidad: el Padre Picot de Clorivière. Había creado una especie de Congregación religiosa con miembros sacerdotes y laicos. Juan María ha pertenecido a esta congregación en su juventud más crecida.

Una infancia y adolescencia nada fáciles

Pudiera parecer inicialmente lo contrario, porque es cierto que vio la luz en una casa de alta burguesía. Y sin embargo, por encima de las primeras impresiones, infancia difícil. Porque a este cuadro familiar tan pacífico y placentero hay que poner fechas, rostros, calles y episodios que perfilen la real verdad de las cosas.

Todos se hacen - nos hacemos - por mil pequeñas influencias (la familia, la educación, el ambiente...) que van modelando y amasando los perfiles de cada uno. Y si hay algo que desde el principio sobrecoge y anonada de su vida es la capacidad de tomar decisiones firmes, duraderas, aparentemente sin esos apoyos. O mejor, como tomadas contra corriente.

A los siete años, pierde a su madre. Su tía, a los catorce.

Su padre, Pedro Luis, es conocido y reconocido en la ciudad y en toda la zona. Armador, comerciante, hombre práctico y cargado del más puro pragmatismo. Cierto que es hombre bueno y de principios, ciertos principios, pero el más importante es del saber acomodarse a las circunstancias, capear los temporales sabiamente. Por ello, nunca dedicó demasiado tiempo a la educación de sus hijos, absorbido como estaba con salvar los negocios en tan difíciles circunstancias.

Y su tío, que le orienta o, mejor, le permite y estimula la lectura de su biblioteca donde coexisten desde comentarios bíblicos a los últimos libelos anticlericales...

Los dos coquetearon abiertamente con los excesos revolucionarios.

En este contexto se mueve Juan María. Sin el soporte firme y tierno de la madre, sin el apoyo de su padre, sin los valores sólidos de una educación sistemática... Tal vez son las presencias femeninas de su madre y de su tía, por efímeras que fueran, las que le orientan levemente. Lo mismo que la fidelidad vertical, roqueña de cuantos y cuantas seguían alentando vida, debajo de una escoria que parecía asfixiar todo.

En los años más duros del Terror él ayudará al establecimiento de una iglesia clandestina en Saint-Malo y aprenderá a ver gérmenes de vida donde todo era sombra, a sostener la Vida de los otros, del cura ridículamente disfrazado de marino, de su tía moribunda en el Paso hacia la Vida, a dejarse arropar por la VIDA que aletea en todas las encrucijadas.

Tiene veinte años. En la edad de decisiones, cuando haya de dibujar los caminos que va a emprender en su vida, decidirá una singladura más arriesgada que la de los corsarios:

*“Celebramos hoy una fiesta que me resulta muy querida: mi padre no quería que yo entrase en el estado eclesiástico: el día de San Francisco Javier de 1800, insistí de nuevo y me dio su permiso para ir a recibir el subdiaconado a París: atribuí este cambio tanto más imprevisto cuanto más difíciles resultaban las circunstancias, lo atribuyo todavía a la intercesión del apóstol de las Indias...”*²⁰

Su decisión de ser sacerdote no es consecuencia lógica de los hilos que han ido tejiendo su adolescencia, sino que parece navegar contra corriente, nace de una experiencia tan anclada en su fondo, que nada podrá hacerle cambiar. Mirándose a sí mismo podrá decir más tarde:

“Necesitamos espíritus maduros, capaces de tomar una decisión, que saben tomar partido y, que, una vez conocido el buen camino, no se desvían porque experimenten un contratiempo, o porque reciban consejos imprudentes. Necesitamos almas fuertes, que estén por encima de un disgusto, de un obstáculo, de un peligro, o de su propia debilidad. Necesitamos gentes sensatas, que no se rijan por caprichos; si no por las reglas de la fe y que no comiencen a construir para dejar el edificio a medias”.²¹

²⁰ A Bruté de Rémur, 3 de diciembre de 1809

²¹ Sermon aux Frères, t. VII, 2296-97.

Juan María de la Mennais

Como un marino visionario, posó su mirada en el horizonte, tomó una bocanada de aire y de salitre, y se gritó a sí mismo la dirección que marcaban sus cartas marinas:”¡Proa al futuro!”

Luego dejó poblar su mente de todas las imágenes que le habitaban: la muerte, el sufrimiento, los gérmenes de vida por brotar, los niños, Dios proscrito, las gentes de heroica sencillez, y se dio la orden encendida, como los corsarios arriesgados le daban a su tripulación: “ ¡A sembrar de fuego el mar!”

MARTES

Martes

Amanecer

Lo tiene claro. Le ha costado demasiado el arrancar la autorización paterna, después de bastantes peticiones denegadas: *"Mi padre no quería. Pero, por fin, ha dado permiso para ir a París"*. Está incommoviblemente seguro, mientras camina a paso rápido por las calles de París tras ese hombre mucho mayor que él, que no es más que un joven que acaba de acariciar los 21 años.

Ha sido una pura coincidencia. El acaba de aprovechar el permiso paterno y ha llegado a París hace muy poco, con cartas de recomendación para verse con Monseñor de Pressigny que está de paso, recién llegado del destierro y el color de libertad apenas estrenado en su pupila. Está en misa. En esta capilla del Seminario de Misiones Extranjeras, el latín de la liturgia tiene una profundidad solemne y los ecos de las palabras una cadencia y gravedad que sobrecogen.

En la voz del cura que celebra la Misa ha creído reconocer una voz antigua, adormecida casi ya en los recuerdos de la infancia. Pero a medida que avanza la Misa, esa voz ha ido tomando cuerpo

y nombre: es él. Y empieza a bailarle el corazón grande e infantil que siempre tuvo. Es él, sin duda: el Obispo que conoció de niño muchas veces en la casa de su padre, el que le dio la Comunión y Confirmación siendo aún un niño. Le había prometido seguirlo en el camino sacerdotal. Acaba de llegar del destierro y por puro azar han coincidido en esta misa, extraños los dos, recién llegados a esta ciudad que resulta tan grande a la gente que, como ellos dos, es sencilla y provinciana.

Ya han llegado. Es la calle Vaugirard. Y se detienen en el convento de los carmelitas. Aquí, hace ahora 9 años, y en otros conventos-prisión, las hordas revolucionarias establecieron un rito de sangre y muerte. Dicen que murieron asesinados millares de personas, y entre ellos unos trescientos sacerdotes.

Y el obispo, con la libertad recién estrenada tras un largo exilio, le dispara a bocajarro: "Mira bien estas paredes..., ¿insistes en querer ser sacerdote?". Es una de las pocas cosas que Juan María ha acertado a decirle al Obispo cuando se ha dado a conocer, en medio de los saludos: el objeto de su estancia en París es su decisión de ser sacerdote. "¿Insistes...?"

No duda.

Lo tiene claro. Le ha costado demasiado...

Mañana de martes

Creciendo desde dentro

Si se encaminase hoy Juan María al Convento de los Carmelitas de la calle Vaugirard, sentiría por el camino la misma desbocada emoción de juventud, pero vería un convento de Carmelitas diferente al que vio la mañana fría del diciembre de 1801. Ha perdido, en la adaptación a los tiempos y servicios que hoy presta, la robusta solemnidad que lo envolvía. Se han difuminado los muros exteriores sólidos, trabajados en lo alto con una verja en hierro forjado; cuesta identificar la antigua entrada de piedra, con

Martes

su puerta de madera labrada, gruesa, rematada por un tímpano y las dos entradas laterales situadas simétricamente en los extremos del muro.

Y para entrar hoy a la iglesia, debería llamar a un timbre lateral y caminar por un pasillo iluminado por una luz amarilla, seca, que tiñe todo el trayecto de un cierto desaliño. Sólo de lejos, y desde arriba, podría adivinar la misma cruz latina, el tejado abuhardillado, de pizarra, la cúpula con su linterna para acuchillar de haces de luz el interior, el campanario discreto que se había ocupado durante más de un siglo de convocar a la oración.

Pero si Juan María llegase en primavera, podría tener la emoción fresca e imprevista de toparse con un rosal silvestre de flores tiernas, de rojo ensangrentado. Suele florecer con los soles de abril y crece acariciando el pasamano de la balaustrada que asciende del jardín a la iglesia conventual de San José. Es todo un homenaje tenue, discreto, elemental. Crece allí junto a la lápida pequeña de mármol, sedoso y reluciente que grita quedamente: “Hic ceciderunt”, “Aquí los mataron”. Porque aquí, en los peldaños de las escaleras, en el perrón que hoy nos brinda un verde untuoso, en el húmedo césped, y en los pasillos ahora serenos, fue todo un ulular de gritos, de amenazas blasfemas, de golpes secos, de bayonetas, de palos, de piedras, de vidas abatidas.

Para Juan María aquella mañana de diciembre el camino desde el Seminario de Misiones Extranjeras hasta el Convento de los Carmelitas no era un paseo turístico, ni caminaba a paso rápido por la calle Vaugirard por ser la más larga de París, y estar sembrada aquí y allí de plazas, iglesias, jardines y teatros, sino porque aquel hombre de porte distinguido, de rostro huesudo, de andares decididos le llevaba a ser testigo lúcido y estremecido de algo que hoy las placas informativas, puestas por el Ayuntamiento para ilustración de parisinos y foráneos, describen de forma aséptica, silenciosa, casi de puntillas: “Historia de París. Los Carmelitas. El convento de lo Carmelitas Descalzos se funda en 1611...Bajo la Revolución, el Convento de los Carmelitas se convierte en prisión. La cripta contiene todavía los restos de los

114 sacerdotes refractarios masacrados el 2 de septiembre de 1792...”, y sigue la explicación de los avatares recorridos por el edificio.

Monseñor de Pressigny lo ponía a prueba. “Sí, Monseñor, quiero ser sacerdote”, y aquellas palabras resonaban en aquellas paredes con verdad y firmeza. Aquella mañana fría de diciembre, Juan María hizo declaración decidida del futuro que quería darse.

Había que darse prisa, dados los cambios que se habían producido en el mapa religioso de Francia: En julio de 1801 se había redactado un Concordato entre el Papa Pío VII y Napoleón Bonaparte, y para restablecer la libertad y la paz religiosa en Francia, la Iglesia accedía a una nueva redistribución de diócesis que se reducían a sesenta. Todos los obispos, tanto los juramentado como los que se habían negado a firmar la Constitución Civil del Clero habían de renunciar a sus antiguas diócesis.

De hecho, y a petición del Papa, cincuenta y cinco presentaron su renuncia, entre ellos Mons. de Pressigny. Pero treinta y ocho se negaron a hacerlo y el Papa los depuso. En noviembre de 1801 publicó la Bula de supresión de las antiguas diócesis, y dentro de la lista aparecía la de Saint-Malo.

En poco tiempo sería oficial la extinción de la diócesis, y el obispo dejaría de tener poder espiritual sobre sus gentes. Entre los habitantes de la ciudad había habido un movimiento de adhesiones al obispo y la solicitud ante las autoridades del mantenimiento de la diócesis. Monseñor de Pressigny lo conocía, y si hubiese dejado desbordarse la verdad de sus sentimientos, hubiese dicho lo que más tarde escribiría a Juan María:

“Debo mucho al clero y a la ciudad de Saint-Malo. He dicho a menudo sinceramente que no había visto nunca un pueblo en el que hubiese preferido estar como obispo²²”.

²² Carta de Monseñor de Pressigny para Juan María, sin fecha. Cfr. Ropartz pp. 27-28.

Pero eran tiempos en los que había que poner diques a los gustos personales, a los deseos propios y dejar derramar palabras y gestos llenos de la prudencia más delicada. Por ello escribía con una diplomática sinceridad a los hermanos Robert, Pedro Luis y Dionisio:

“Si realmente fuese útil a la ciudad, debería esforzarme en responder a la opinión que tienen de mí, tanto por la estima que me demuestran como por todo lo que se han preocupado en ayudarme en mis necesidades y en adelantarse a ellas. Pero existe un prejuicio positivo: la amistad de algunas personas, y de ustedes especialmente, Señores, les impide juzgar debidamente el tiempo y las circunstancias...De todo esto concluyo que a pesar de la buena voluntad de los maluinos y mi sincero deseo de testimoniarles mi agradecimiento, es mejor que otro ocupe el puesto al que su leal y franca amistad me llaman²³.”

Por ello, había que darse prisa antes de que el obispo dejase de ser oficialmente Obispo de Saint-Malo. Apremiaba el tiempo de cumplir la promesa que permanecía desde hacía años difuminada entre las paredes de la casa de campo “La Amelia” en Saint-Servan. Había sido el día de la Primera Comunión y la Confirmación de Juan María en una reunión posterior con el Obispo. Entonces parecía sólo un deseo encendidamente adolescente: “Quiero ser como usted”. Y la respuesta del obispo, benévola y complaciente: “Yo seré quien te consagre”.

El pasado ahora era más que una evocación, estaba pidiendo su consumación en el presente.

Y así, el 21 de diciembre de 1801, en la capilla de un convento de Ursulinas, Juan María recibía la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado. No hay crónicas del acontecimiento, todo él celebrado sin duda en la más pura sencillez y en el silencio. Sólo tenemos las resonancias que produjo en su corazón en una carta a

²³ Carta escrita por Monseñor de Pressigny el 5 Vendemario X año (27 de septiembre de 1801) y dirigida desde París a los ciudadanos la Mennais Robert, en Saint-Malo. Cfr. Ropartz, pp. 25-26.

Monseñor de Pressigny, la primera que tenemos de las miles que escribiría Juan María a lo largo de su vida.

“Es una gran satisfacción para mí el haber sido consagrado por sus manos, como tanto deseaba. Se lo agradezco a la divina Providencia adorándola, bendiciéndola por la felicidad de la que disfruto. Después de ella, es a usted, Monseñor, a quien se lo debo, nunca lo olvidaré. Voy a intentar prepararme un día para merecer mayores gracias todavía. No deseo otra cosa. Sé que para ello hay que ir de virtud en virtud, sin mirar atrás. A ello me ayudarán todos aquellos a quienes he enviado sus cartas²⁴”.

Otra vez Saint-Malo: Agudizando la sensibilidad

Pocos días después, se encontraba de nuevo en Saint-Malo. Su obispo le había recomendado la preparación rigurosa, sistemática en un Seminario para llegar al sacerdocio con la preparación que sólo la formación en un contexto comunitario es capaz de dar.

“Continúo creyendo que te será útil pasar un año en una comunidad eclesíástica. La ciencia y las reflexiones solitarias no bastan para desarrollar bien las cualidades de los jóvenes como tú. La experiencia, la costumbre de haber dirigido y formado un gran número, de todo tipo de disposiciones y de caracteres, dan necesariamente una aptitud que no tienen los sacerdotes que no han vivido durante tiempo en seminarios²⁵”.

Pero antes de esta fecha, Juan María había tocado una necesidad apremiante, una realidad que la había vivido en su propia carne: la falta de formadores para los jóvenes que quisieran acceder al sacerdocio, ahora que se abrían horizontes nuevos para la paz y libertad de la Iglesia. Los dos sacerdotes que habían influido en su educación adolescente, Engerran y Vielle sentían esa carencia como desafío prioritario y, sin duda, se lo habían hecho sentir

²⁴ *Correspondencia general*, t. I p. 11.

²⁵ S. Ropartz, pp. 27-28.

lacerantemente a Juan María ahora que los tres estaban unidos fuertemente por los vínculos de pertenencia a la misma Sociedad del Corazón de Jesús.

Por eso, aún acogiendo en el corazón los consejos de Monseñor de Pressigny, iba a optar por simultanear su formación para el sacerdocio, mediante reflexiones, estudios, lecturas orientadas a distancia, con el trabajo entre los jóvenes, el empeño por ayudarles a crecer, alentar su maduración y su vida.

Así comenzaba su primera experiencia pastoral, en el Colegio Eclesiástico de Saint-Malo. Una experiencia que marcará decisivamente su vida. Fue ahí donde se le despierta, se le afina y concentra su sensibilidad por el mundo de la educación. Descubre con ojos lúcidos que es en ese campo donde se libran las verdaderas batallas del hombre.

Los inicios

Hablar del Colegio Eclesiástico es situarnos en 1802, pero Juan María ha sido siempre muy receptivo a todo lo relacionado con el tema educativo. Cuando se escribe un “requerimiento para conseguir una escuela secundaria en Saint-Servan”, el texto que se conserva está copiado con el vigor de la letra fuerte y apasionada de Juan María, aunque podría tratarse de una redacción de Pedro Robert de La Mennais, transcrita por su hijo y dirigida a los magistrados de Saint-Malo. Y en su interior podemos ver algunos conceptos y principios que van a ser tan familiares en los escritos de Juan María, porque, más que en la mente, se han ido gestando cálidamente en su corazón:

“¡No ha habido obra más del todo útil que aquella en que la enseñanza de la moral, la instrucción y el trabajo iban al unísono

y se apoyaban mutuamente!... Si la moral y la instrucción son necesarias²⁶ ...”

Antes, en torno a 1800 había escrito este párrafo, como nota entre otras muchas de los libros que leía, que le sugerían reflexiones, que le provocaban comentarios críticos:

"El Sr. de la Chalotais en su Ensayo sobre la Educación quiere que se separe la religión de la moral²⁷".

Es, a sus veinte años, un comentario breve, sólo una ráfaga de orientación presentida de futuro. Quizá todavía no había visto todo el alcance de esa pequeña anotación, pero va a dedicar toda su vida a romper esa separación entre religión y moral. Su predicación, sus escritos y sus fundaciones tienen su origen en esta intuición juvenil.

Pero el Colegio Eclesiástico de Saint-Malo no habría nacido a la vida si no hubiera sido soñado, acunado, alimentado por dos hombres elementales, de fe sobria y probada en los fuegos de la revolución.

El sacerdote Engerran era entonces un sacerdote sexagenario, lisiado, lleno de achaques, que debía multiplicarse para cumplir las mil tareas de coadjutor de la catedral y las de profesor. Poseía una casa amplia cuyas buhardillas había habilitado como clases, para poder reunir a algunos jóvenes y educarles en el camino hacia el estado sacerdotal.

Está también el sacerdote Vielle, de 37 años, prófugo en tiempos revolucionarios y soporte de la Iglesia clandestina de Saint-Malo. A los jóvenes del Señor Engerran, él va a añadir un puñado de alumnos con la misma inquietud vocacional.

Y con ellos está Juan María, joven subdiácono de 22 años, que tiene que simultanear sus tareas de profesor con la preparación al sacerdocio.

²⁶ *Correspondance générale*, t. I, p. 13.

²⁷ *La Chronique* 215, p. 237.

Nada tan diverso, nada tan frágil como este plantel de profesores. Nada tan poco estable, nada tan inseguro económicamente como este colegio rudimentario. Pero aquí, en el contacto vivo y real con los muchachos, en la experiencia diaria de las clases, en el vivir permanente entre y para los jóvenes, Juan María alcanzaría la complacida certeza de que la escuela no es un aula, sino un templo; no una función, sino un ministerio. Y también tendría la posibilidad de experimentar vitalmente algunas claves que luego serán fundamentales en la escuela menesiana que él soñó.

Comunidad educativa y su proyecto

El sacerdote Hay, entonces con órdenes menores, se les junta en 1804. Por estas mismas fechas Juan María logra atraer a un Féli de La Mennais, que sin dejar aparte su pasión por las lenguas muertas, la historia o las corrientes filosóficas, se entrega con ardor a su tarea de profesor de matemáticas. Está también Bachelot²⁸...

Basta ver la lista para ver la policromía del equipo, su diversidad de edades y de procedencias; la variedad de estados, donde un sacerdote maduro, confraterniza con otros jóvenes, e incluso comparten misión codo a codo clérigos con algún laico. Féli, con la Primera Comunión recién recibida a los 22 años...

Es la unión de corazones la que mantiene gozosamente encendida la misión. En estos momentos iniciales de trabajo pastoral se le va instalando la certeza de que la unión es la fuerza,

²⁸ Una nómina no exhaustiva de profesores de la escuela de Saint-Malo pudiera ser: Engerran, Vielle, Juan María de La Mennais, Hay, Féli, Langrez, Bachelot, Doguet, Sauvage, Noël, Roger, Levêque.... Cfr. Carta de Juan María al Prefecto, 29 de diciembre de 1807 y carta de Féli, julio de 1811.

la alegría y el éxito del trabajo educativo. Luego, más tarde, esa convicción vivida cristalizará en paternas orientaciones y directrices:

“Todos, unidos por los lazos indisolubles de la religión, trabajaremos de común acuerdo con todas nuestras fuerzas, hasta la muerte, en la gloria de Aquél que vive en las alturas del Cielo²⁹.”

La comunidad educativa se iba labrando en el día a día, en el seguimiento común de idénticas metodologías, en la contribución de todos a mejorar la calidad. Cuando había que hacer una petición oficial, por ejemplo, para solicitar los libros que les fueron requisados a los Capuchinos en tiempos de la revolución, aparecerán las firmas de todos, no para dar más fuerza argumental, sino como gesto connatural que brota de la vida.

A la hora de buscar definiciones de comunidad y proyecto educativos, en los manuales las encontraremos más precisas y elaboradas, pero no más vivas y sentidas que las que laten en esta carta escrita al Obispo de Rennes para solicitar que no transfiera al sacerdote Bachelot de Saint-Malo:

“En fin, Monseñor, permítame que le haga observar que entre todos los profesores reina la unión más íntima, que se aman unos a otros, se ayudan mutuamente, siguen todos el mismo método, están animados por el mismo espíritu: este acuerdo perfecto es nuestra única riqueza, y no queremos ocultarle, Monseñor, que nada tememos tanto como cualquier cambio que pueda quitárnoslo: no insisto más y, en eso, como en todo lo demás, nos remitimos, sin reserva a su sabiduría y prudencia. Hablándole así, Monseñor, no soy más que el intérprete del Sr.Vielle, y las observaciones que le presento nos son comunes.³⁰”

²⁹ Sermones, 2398 bis.

³⁰ A Mons. Enoch, 7 de enero de 1808.

Los jóvenes, lo primero

Los jóvenes debían ser el corazón de la Escuela Eclesiástica, y lo eran. En la precariedad de los medios, con la escasez de los recursos humanos, en las estrecheces más duras, con las instalaciones más rudimentarias, el colegio acogía a aquellos manojos de alumnos, porque los jóvenes eran descubiertos como la promesa más fuerte de futuro de Francia y de la Iglesia. Por ellos, sin manuales de texto, Juan María aprendió a garabatear mil folios con las preparaciones de las clases, a redoblar sus esfuerzos de alumno y profesor de teología a la vez, a agotarse físicamente a la vez que descubría que la enseñanza era el horizonte más certero para abrir caminos.

Tantos compromisos llegaron a extenuarlo y tuvo que descansar varias temporadas en la Chesnaie.

Para servir a los jóvenes, se trabajó intensamente en mejorar las instalaciones educativas, incapaces como eran para formar adecuadamente. De las buhardillas de la casa del Sr. Engerran se pasaron por diversas casas hasta llegar a la que hoy, pegada a la catedral, sigue albergando el actual Liceo Institución Saint-Malo-La Providence.

Estamos a punto de comprar varias casas ruinosas que están tocando a la casa que nos han dado y también otra vecina, totalmente nueva, donde queremos instalar a los ordenandos³¹”

Y Juan María intentaba implicar a todos en este salir al encuentro de los jóvenes. Para ampliar y renovar las construcciones recurrió a sus bienes personales, a donaciones de familias piadosas, a la diócesis. “*No puedes ni imaginarte cómo nos ha satisfecho el saber que la colecta de nuestro pobre distrito pequeño será entregada para el seminario de Saint-Malo³²”, e*

³¹ A Bruté de Rémur, 2 de febrero de 1808.

³² A Bruté de Rémur, 24 de diciembre de 1808.

incluso a algún corsario que quería dar alguna parte del botín requisado a sus presas.

Por los jóvenes hará miles gestiones frente al Vicario General, frente al Obispo, frente al Prefecto, para recuperar los libros expoliados a los Capuchinos y que andan descuidados y dispersos por los locales de la alcaldía de Saint-Servan. *“Este Centro necesita una biblioteca y las obras que pedimos para iniciarla, al no ser de ninguna utilidad a la alcaldía de Saint-Servan, donde están abandonados, esperamos que el Sr. Prefecto acoja con bondad la petición que le presentamos”*³³.

Este apasionamiento por los jóvenes le lleva a multiplicarse en mil tareas, a romper su corazón en mil compromisos, por ello habrá de pausar su ritmo y retirarse a descansar de tanta debilidad y agotamiento.

Antes de hacerlo, cuando lleve a los seminaristas mayores a la ordenación de Rennes en octubre del 1805, recibirá la más dulce de las gratificaciones en el informe que de ellos hace para el Obispo el Vicario General:

*“Han respondido de forma satisfactoria. Su aplicación y buena conducta son nuestro consuelo; su piedad ha edificado a los fieles. Esperamos que merezcan sus atenciones y su protección”*³⁴.

Los pobres

A pesar del título inicial de Colegio Eclesiástico, más allá de que hubiese recibido el título de Seminario Menor de parte de Monseñor Enoch, obispo de Rennes en 1805, en el centro coexistían los que se preparaban para el sacerdocio y otros procedentes de familias de Saint-Malo. En 1808, la estadística era

³³ Carta al Prefecto de Ille-et-Vilaine, 29 de diciembre de 1807.

³⁴ Nota AFIC.

Martes

ésta: *“Tenemos ahora alrededor de 80 alumnos, de todas clases, en nuestro Seminario Menor de Saint-Malo, de los que podremos contar más de sesenta para el estado eclesiástico. Todos están animados del mejor espíritu, gracias al celo ardiente y a los cuidados infatigables del Sr. Vielle, que está a la cabeza de esta excelente obra³⁵”*.

Y los que procedían de las zonas rurales, del campo abandonado y empobrecido de la Bretaña de la época, vivían en situación de escasez, con recursos muy exiguos. Si los de Saint-Malo vivían como externos al cobijo de sus familias, los de los alrededores vivían como huéspedes en casas particulares.

“Todos los de las zonas rurales vecinas, viven en la ciudad como huéspedes. Sus padres les envían pequeñas provisiones de mantequilla, tocino, etc, por medio de los que vienen al mercado³⁶”.

En el contacto con esta realidad, se le avivó aquella sensibilidad heredada en su familia por los más frágiles, pobres, endebles, por los más desprovistos y pequeños. Y esta sensibilidad estaba tejida de trato personal, de cercanía cordial. Es singularmente llamativo el seguimiento que hacen los dos hermanos la Mennais de algún alumno de salud delicada que siguen durante años con paciente ternura.

Cuando en noviembre de 1811 se promulga el decreto imperial que supone la clausura del Seminario Menor, no pensará en otra cosa que encontrar resguardo y seguro acomodo al grupo de seminaristas mayores que deben trasladarse a Rennes. Con el corazón sobrecogido escribía al sacerdote Millaux, rector del Seminario: *“Ya me doy cuenta en qué aprietos estarás para recibir a todos cuantos se presenten con las manos vacías... Tengo ante mis ojos a treinta que no sólo no tienen dinero que ofrecer, sino que carecen de un trozo de pan... No querría, por nada del mundo,*

³⁵ A Bruté de Rémur, 2 de febrero de 1808.

³⁶ Carta del Sr. Meslé de Grand-Clos, Laveille, p. 49.

*perder ni siquiera a una solo de estas ovejitas que la Providencia me ha confiado*³⁷.”

Al siguiente curso, seguía preocupándose de sus alumnos, después de haberles buscado acogida. Así escribía al Sr. de la Guérétrie, párroco de Vitré que había acogido a cuatro seminaristas:

*“La Providencia les ha dado en usted un padre muy tierno... Otros cuatro están en este momento en Rennes y no sé si habrán conseguido una plaza en el Seminario Menor. Haré todo lo que de mí dependa para ayudarles a pagar su internado y si no pudiese abonárselo todo, aceptaría las ofertas que usted quisiera hacerme*³⁸”.

Las armas en las manos

En el Colegio Eclesiástico de Saint-Malo es también el lugar primero donde se entrenará en las luchas por la libertad, que le habrán de acompañar obstinadamente a lo largo de su vida.

El decreto de 17 de marzo de 1808 precisa que la enseñanza pública, en todo el Imperio, está confiada exclusivamente a la “Universidad”, que ninguna escuela se puede formar fuera de la Universidad imperial y sin la autorización de ésta. Desde este momento empieza una larga, penosa, extenuante carrera para vencer todas las trabas que le van a ser impuestas.

En un principio los Seminarios Menores quedan fuera de este monopolio de la Universidad, siempre que los alumnos se orienten exclusivamente al estado sacerdotal... Juan María pedirá a todos los padres que firmen un documento en que expresan que sus hijos se destinan al sacerdocio

³⁷ Al sacerdote Millaux, 1802, *Correspondencia General*, Carta 100, octubre 1812.

³⁸ Al sacerdote de la Guérétrie, 7 de septiembre de 1813.

El decreto del 9 de abril de 1809 somete los Seminarios Menores al control de la Universidad. Hay una brecha por donde entrar: El ministro de Cultos en una circular autoriza la existencia de centros que se dediquen a la formación de alumnos orientados al sacerdocio, pero tendrán que cambiar el nombre por el de “escuelas secundarias eclesiásticas” y bastará que el Obispo obtenga “*en favor del Director nombrado por él el diploma de miembro de la Universidad*”... Juan María, cargado de realismo pragmático lo aceptará, sabiendo que después de obtener el título de escuela secundaria eclesiástica y de recibir sin distinción a todos los niños de la ciudad, después de sujetarse a los reglamentos de la Universidad, “*no se cambiará en absoluto la naturaleza de nuestro centro; continuará siendo lo que ha sido antes*”³⁹. Las formas externas son irrelevantes cuando se conserva la sustancia de lo más nuclear y vital de la escuela, el proyecto educativo.

Tras sólo una tregua de dos años, la batalla final llega con el decreto del 11 de noviembre de 1811. La supresión de la mayor parte de las escuelas secundarias precipita la agonía de la de Saint-Malo.

Féli con su prosa incisiva, amargamente decepcionado escribe a su hermano: “*Ya ves que el decreto se ejecuta por todas partes; se cierran, se confiscan los Seminarios Menores; se erigen Liceos en los que la infancia será trabajada, cuanto menos trabaje ella. Será maravilloso. Con todo eso nuestra inseguridad se prolonga. Trata de contarnos algo definitivo, porque no me gustan las largas agonías*”⁴⁰.

De nada valieron las gestiones, las idas y venidas, las negociaciones laboriosas. El Colegio Eclesiástico de Saint-Malo se cierra en agosto de 1812. Juan María ha hecho todo, ha perdido jirones de vida y de entusiasmos, y sólo consigue que Querret, el

³⁹ A Bruté de Rémur, *Correspondencia General*, Carta 63.

⁴⁰ Carta a Juan, junio de 1812. *Lamennais, Correspondencia General*, t. I, p. 127.

laico profesor de matemáticas, su amigo íntimo, sea aceptado como rector del nuevo colegio, que sean incorporados cuatro sacerdotes en el servicio de los alumnos y que él mismo redacte una especie de reglamento para uso de los profesores laicos del colegio.

Mediodía

Y ahora, como en la iglesia de los carmelitas de la calle Vaugirard, Juan María se encuentra solo. Y no tiene el mismo coraje temerario de entonces, la misma resolución alegre. Pero está tan solo como en aquella ocasión, radicalmente solo. Solo frente a un futuro que hay que discernir, solo como un muñón sangrante despojado de lazos tanto tiempo cuidados, mimados por dentro. Su amigo Bruté de Remur, hace dos años que está en las misiones, en Estados Unidos. Vielle es reclamado para ser Rector del Seminario Mayor de Saint-Brieuc. Muerto recientemente el párroco de la catedral, Le Saout.

¿Y su familia? Su hermano Féli ve en el cierre del colegio un signo de la Providencia para dedicarse a su vocación de escritor y apologista. El bloqueo de la guerra y la caída del comercio internacional provocan la suspensión de pagos de la empresa Robert, hermanos. Su padre y su tío deben vender cuanto poseen para hacer frente a los acreedores, y es él quien ayuda a gestionar el final de su actividad económica.

Y el cierre del Colegio Eclesiástico. Cerrado, como cerrado parece que está su porvenir.

Está solo. Lejos está el gozo de la comunidad educativa, la satisfacción del fervor de los seminaristas caminando en dos filas ordenadas, perfectas, por el pasillo central de la catedral, muy lejano el calor y la seguridad que prestaba el proyecto, perdida en la distancia la mano amiga de todo el equipo que le llenaba de firmeza.

Martes

Pero, por encima de todo, con la certeza del misterio, siente la misma decisión adolescente de hace 11 años que le incita al perseverante seguimiento, a saberse envuelto en Alguien más grande y entrañablemente cercano.

“La vida es muy dura en estos momentos y estos momentos ocupan mucho espacio en la vida. Menos mal que todo pasa, todo acaba y la Providencia después de una corta prueba, acuna, como una tierna madre, todos nuestros dolores en su seno⁴¹”.

Tarde del martes

Creciendo de nuevo

Vamos a volver al punto de partida de donde arrancamos la “mañana del martes”. Estos 10 años de la vida de Juan María, que sólo hemos sobrevolado en el relato, fueron tan intensos y vivos, tan densos y fecundos, que tenemos que volver para rellenar los huecos...

Acababa Juan María de ser ordenado subdiácono y su obispo Mons. de Pressigny le recomendaba encarecidamente la preparación rigurosa, sistemática, para llegar al sacerdocio con la preparación adecuada. *“Insisto en que te comprometas a pasar un año con el sacerdote Duclaux, en San Sulpicio, y puedes, si consideras necesario tu padre que decida, enseñarle esta carta. Adiós, Señor; cuenta con mi tierna y sincera amistad.⁴²”.*

Pero los compromisos que, sin duda, había contraído con los sacerdotes Engerran et Vielle para poner en pie la escuela eclesiástica de Saint- Malo le impiden el estudio sistematizado, pero no un trabajo personal menos metódico y minucioso. En su adolescencia se había visto ya abocado a una formación autodidacta.

⁴¹ Carta a un amigo, *Correspondencia General*, t. I, Carta 94.

⁴² S. Ropartz, pp. 28 y 29.

Basta ver todos los papeles que de él se conservan y se descubren páginas y páginas escritas por una letra apresurada donde conviven apuntes de teología, comentarios de los Santos Padres, anotaciones de retórica y literatura. Además recurre a la orientación de su antiguo obispo. *“He recibido con gran placer las noticias que me da del viaje de su padre y las cuentas que me da de sus estudios. Veo con satisfacción que no ha perdido el gusto por los buenos libros. Los que me cuenta son de los mejores; uno los lee y los relee siempre con fruto y diría que hasta con placer⁴³.”* Y va haciendo un comentario crítico de los libros que le ha comentado previamente Juan María, haciendo un elogio encendido de la Historia eclesiástica de Fleury.

Así, en la acción educativa entre los jóvenes, en la preparación fatigosa de las clases de teología, en sus propios estudios, iba andando el camino de su vocación sacerdotal. El 24 septiembre de 1803 era ordenado diácono en Rennes. A los pocos días comunica la noticia a su antiguo obispo y éste le responde. No tenemos más ecos de aquella celebración y por esa respuesta podemos intuir cómo Juan María se había sentido: como debilidad invadida del Absoluto, como barro transido de esperanza, como fragilidad llamada a recrear la vida. *“¡Somos tan poca cosa! Tiene razón, amigo mío, en dudar de su propia insuficiencia, pero cuando pensamos que Jesucristo prometió estar todos los días con los que él enviaba... Esperaba que pasase algún tiempo aquí, bajo la dirección del Sr. Duclaux, porque esperaba que se pusiese bajo su guía, o bien para su dirección, o bien para sus estudios. Dios, que no lo permite, lo suplirá de otra manera. Usted está en el camino en que debe estar cuando sigue el que le trazan sus superiores, y se logra mucho más para sí mismo al enseñar a los demás⁴⁴.”*

“Se aprende más al enseñar a los demás”. El programa de todo educador que Juan María ya lo estaba viviendo. Y así, avanzaba hasta el sacerdocio.

⁴³ S. Ropartz, p. 30.

⁴⁴ Carta de Mons. de Pressigny, 12 de octubre de 1803, Ropartz, pp.37-38.

Y antes de cumplir 24 años, la edad requerida canónicamente para acceder al sacerdocio, se le invitó a ser ordenado, inscribiendo su nombre en la lista que luego fue aprobada por el gobierno. De su puño y letra solicitó la dispensa de edad y, junto a la petición, el juicio del Vicario General de la diócesis, Meslé de Grand-Clos que muy sucintamente nos da un retrato espiritual luminoso y certero. “*El solicitante es tan estimable por su piedad, modestia y madurez, como lo es recomendable por los talentos en las ciencias del estado eclesiástico, en el dogma y en la moral, por su sumisión y su apego a las leyes y a las decisiones de la Santa Iglesia Romana*”⁴⁵.

El 25 de febrero de 1804 es ordenado sacerdote en Rennes, por Mons. de Maillé. “*Tranquilo a los pies del crucifijo, para estimular más y más mi agradecimiento, para sustentar mi confianza en Dios, voy a meditar en los compromisos que he contraído y para ser fiel a ellos toda mi vida, voy a escribir las resoluciones*”⁴⁶.

Ya sacerdote, es nombrado coadjutor de la catedral. A todo se entrega con pasión, con alma y cuerpo enteros... Simultaneará su atención al Colegio Eclesiástico con mil y una tareas pastorales: larga horas de confesionario y de acompañamiento espiritual, la predicación de misiones en las parroquias de la zona, y los largos períodos consagrados al estudio y la reflexión. Y la animación de grupos juveniles. Y...

Al año siguiente salta la voz de alarma “*El Sr. de la Mennais tiene que andar con cuidado con su pecho, que se encuentra un poco afectado. Le hemos reducido dos clases; sólo da una*”⁴⁷. Su hermano mayor Luis María, el que habría de hacerse cargo de la empresa familiar, muere de una enfermedad del pecho a los 29 años, el 17 de diciembre. Féli está también agotado y con crisis nerviosas. Él mismo es consciente de que está extenuado y al

⁴⁵ Carta de Meslé de Grand-Clos, *Correspondencia General*, t. I, p. 15.

⁴⁶ Laveille, *Jean-Marie de la Mennais*, t. I, p. 46.

⁴⁷ Notas del Sr. Houet, Archivos AFIC.

límite de sus fuerzas porque años más tarde en un sermón dirá: “*Yo también, durante mucho tiempo, creí oír en mi pecho la voz de la muerte*”⁴⁸.

Hay que parar el ritmo y descansar. Los dos hermanos irán juntos a una propiedad familiar. Empieza así un período de descanso, de calma fecunda, en un lugar que es más que un punto geográfico, pues es nombre de resonancias profundas para la Iglesia de Francia y de ecos cordiales para todos los que se sienten hoy vinculados con los hermanos La Mennais.

La Chesnaie

La Chesnaie fue inicialmente una propiedad formada por varias casas de aparceros y un bosque, en la villa de Saint-Pierre de Plesguen. Los sucesivos dueños de aquellos terrenos tenían nombres conocidos desde siglos: Jacques Leporc en el siglo XV, Gilles Ferron, la familia Kervalo... En 1770 el conde de Vintimilla y su esposa adquirieron la finca y poco más tarde, en 1778, la vendieron al matrimonio Lorin, abuelos de Juan María por línea materna.

Cuando compraron la Chesnaie, la que había sido casa señorial presentaba un lamentable estado de ruina, y, por ello, levantaron una “malouinière” - casa de típica construcción de Saint-Malo - de discretas dimensiones, pero de líneas perfectamente equilibradas. Sin duda, hecha con la discreción, sensibilidad y finura de la familia Lorin, la misma que heredó Graciana, la madre de Juan María.

Planta baja, con amplia cocina, salón, comedor, un pequeño despacho y habitación de la cocinera; primer piso con seis habitaciones y arriba, en un segundo piso, otras seis salas abuhardilladas. Un exterior sereno, de perfectas proporciones, con las blancas fachadas abiertas en seis grandes ventanales y cuatro

⁴⁸ *Sermones*, t. I, p. 224.

ojos de buey, y todo ello coronado con un tejado atravesado de buhardillas y cuatro chimeneas.

La Chesnaie es el marco precioso para reparar fuerzas y abandonar fatigas: las avenidas de robles, el verde húmedo y permanente del bosque, el sol que se resbala entre las hojas, la bruma y el rocío, los paseos a caballo, el estanque...

Y el silencio.

“Féli ha vuelto a la Chesnais (sic). La Chesnais es el único lugar de la tierra en que uno puede vivir, dado que allí no se ven más que árboles, y no se oye otro ruido que el de las ranas que croan en el fondo del estanque⁴⁹”.

Allí fueron los dos hermanos a restablecerse de una salud que alertaba con quebrarse.

Su tío Dionisio los cuidaba, llevándoles prensa y libros, regalándoles a veces con su presencia y conversación campechana, escribiéndoles cordiales y jugosas directivas.

“La salud por encima de todo. Después, el descanso, ese bien tan precioso y tan raro. Dedicaros sólo a eso y cuando estéis restablecidos, reemprended el trabajo, pero comedidamente. No es posible la felicidad sin la moderación⁵⁰”

Y en este descanso Juan María tuvo la posibilidad abierta de escuchar las propias voces interiores, las palpitations de la historia que le había tocado vivir, pudo serenarlas como el agua del estanque para en su calma dejarse alcanzar por nuevas llamadas.

Podía disfrutar de la compañía de Féli que después de una adolescencia y primera juventud convulsas, hacía poco había recibido la primera comunión y vivía unos momentos de apasionada, vehemente búsqueda de Dios y estaba descubriendo

⁴⁹ A Querret, Saint-Brieuc, 16 de febrero de 1815.

⁵⁰ Carta citada por Blaize, *Œuvres inédites*, t. I, p. 25.

Juan María de la Mennais

que sus gustos íntimos por el estudio de las lenguas antiguas podía ser instrumento para defender y proclamar la fe.

Los paseos a pie y a caballo, la quietud junto a estanque, las conversaciones hondas, apacibles ante el hogar, todo era un puro presentimiento de que estaban llamados a sembrar en aquel recinto proyectos de futuro y que germinarían por la acción de un agua muchísimo más eficaz que la niebla gris y húmeda del aquel invierno bretón.

Para tratar mejor las crisis nerviosas de Féli, su padre y su tío, le instan a ir a París para que sea tratado por un especialista de renombre, el profesor Philippe Pinel. Lo acompañará Juan María que podrá seguir su rehabilitación.

San-Sulpicio

Parece todo un conjunto de casualidades: Juan María vuelve a instalarse en el mismo lugar de hace seis años, cuando llegó por vez primera a París, el Seminario de Misiones extranjeras. Puede cumplir el consejo que le había dado su obispo, acercase al Sr. Duclaux. Éste pertenece a la Compañía de Sacerdotes de San Sulpicio, que tiene por misión la formación del clero desde que fue fundada por el sacerdote Olier.

Y en San Sulpicio pasa la mayor parte del día dejándose formar, palpando el latido de la Iglesia de Francia, sumergiéndose en la biblioteca y estableciendo lazos. El Seminario de San Sulpicio es una de las voces más autorizadas de Francia y la lista de formadores recoge las mentes más lúcidas del momento.

Nombres de relevancia religiosa y civil y de importancia en el futuro de Juan María como:

Emery, galicano reconvertido, superior general, consejero de obispos que decía profesarle gran cariño a Juan María.

Duclaux, director espiritual, “oráculo del clero de París”.

Martes

Frayssinous, famoso orador que llenaba las naves de las iglesias. Más tarde obispo y ministro.

Profesores de prestigio intelectual en su momento:

Garnier, concededor de lenguas antiguas y profesor de Sagrada Escritura. Influyó en Féli.

Boyer, primo de Frayssinous, profesor de teología y polemista frente a Féli

Nombres de profunda vinculación y amistad con La Mennais. Eran entonces sólo seminaristas

Bruté de Rémur: Amigo de intimidad profunda con Juan María y luego con Féli. Misionero en los Estados Unidos y obispo.

Teyssyre: Mantuvo una amistad sincera que se continuó en una frecuente correspondencia.

De Quélen: Llegará a ser arzobispo de París y miembro de la Academia Francesa.

En mayo los dos hermanos dejan París. Féli puede volver con conocimientos más profundos de cultura clásica, con un sedimento de lecturas reposando, y el tratamiento para su enfermedad perfectamente determinado: seguir descansando.

Juan ha podido conocer el pulso de la realidad, se ha informado ampliamente, ha intuido los surcos que se han de abrir para esperar cosechas nuevas.

Los dos vuelven con el impulso de trabajar juntos y con un manajo de nombres y lazos en el corazón.

Otra vez La Chesnaie

El Doctor Pinel había dado como medio para restablecer la salud de Féli “ejercicio al aire libre y moderar el trabajo intelectual”. Atendieron la primera parte de la prescripción, pero no la segunda.

Juan María de la Mennais

Cuando Juan María, ya mayor, quiera recrear nostalgias, saborear los paisajes de su juventud feliz, dibujará unos paseos a caballo, unos troncos de leña ardiendo en el hogar, y largas, interminables horas de diálogo y notas, reflexión y lecturas, con la presencia cálida de un Féli lúcido y riguroso, vigoroso y brillante. Y cercano. Entregado a una impetuosa vocación de apologista.

“Torrente de ideas vagas”

Sabemos la fecha exacta. Y hasta las horas precisas. 13 de noviembre de 1807. De cuatro a cinco y media. Está tomando notas para documentarse. Un artículo del diccionario de teología "Jacobitas", produce una reacción imprevisible. La pluma se desliza irrefrenable por las cuartillas. Es como un golpe febril que lo invadiese. *"Reunión de las sectas separadas de la Iglesia católica. Hacer un libro..."*

Y en una escritura apretada y rápida un paseo por todas las urgencias que le han poblado desde la infancia. *"Observaciones sobre la vuelta de todas las religiones a la unidad de Dios"*. Es un sople de fuego que le ha incendiado la memoria: Las escuelas, las Congregaciones, la reforma del clero, el asociacionismo seglar, los primeros ensayos de Universidad, el periodismo católico... todo allí embrionario, como un proyecto para una vida entera.

13 de noviembre de 1807, cinco y media. Pone título a aquellos papeles de caligrafía nerviosa: "Torrente de ideas vagas".

Gastará su vida toda en canalizar ese torrente.

Mirada al presente

Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia en el siglo XVIII y sobre su situación actual (1809)

Los dos hermanos han intentado hacer una pequeña obra analizando los males que aquejaban a la Iglesia, sus orígenes y algunas propuestas para poner remedio. La publicación en la librería del Sr. Ricard en París llega en momentos particularmente delicados. El 17 de mayo las tropas del emperador se han anexionado los Estados Pontificios. El 10 de junio ondea la bandera francesa en el Castillo de Sant'Angelo en Roma. El 12 de junio se produce la excomunión del emperador.

El libro aparece en estas circunstancias. La policía irrumpe en la editorial y se apodera de los 500 ejemplares que encuentra. Los que se han vendido o se pueden ir recuperando se pasan de mano en mano y se venden de forma clandestina. Es una ocasión que permite brotar el humor en Juan María cuando escribe a Bruté: *“El Señor Girard me señala que se han apoderado en su casa de 500 ejemplares de un pequeño folleto que se titula Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en el siglo XVIII, impreso el año pasado: parece que algunos párrafos eran demasiado fuertes para las circunstancias... Sé un hombre discreto y no nos nombres a nadie. Féli, que como ya te he dicho, tiene la parte principal en todo esto, se une a mí para recomendarte el silencio y no quiere de ninguna manera ser reconocido. Déjanos en nuestras queridas tinieblas, y, una vez más, bajo ningún pretexto y en ningún caso, no digas de quién has conseguido este folleto”*⁵¹

Pero las reacciones no tardan en surgir y Juan María será el primero en sufrirlas, comenzando por una carta de su antiguo obispo, Mons. de Pressigny: *“Desaprueban a sus superiores, a sus jueces. ¿Quiénes son ustedes para decir a obispos: “Fueron arrastrados más allá de los límites en los que los verdaderos*

⁵¹ A Bruté, 22 de junio y 17 de octubre de 1809.

principios les prescribían quedarse”? ¿Quién les ha dado el derecho de determinar los principios que debían seguir?⁵²”

La guía espiritual

Traducción de *Speculum religiosorum* de Luis de Blois, místico del siglo XVI y cuyos pensamiento seducían a Féli. La traducción es de ambos hermanos.

Respuesta a las objeciones de los ateos

Trabajo breve que Juan María se lo atribuye a sí mismo en una carta a Bruté. Es un corto trabajo con clara vocación de defensa de la fe para formación de jóvenes.

Vuelta hacia el pasado

Tradicón de la Iglesia sobre la institucón de los obispos

Sólo el pasado, sólo las fuentes originarias nos sirven de espejo para poder analizar el presente. En la *Reflexión* se tomaba buena cuenta de la realidad. Y la Iglesia francesa aparecía fuertemente teñida de intenso galicanismo. Había una cuestión asumida por la mayoría de los obispos según la cual la institucón de los obispos era competencia de los arzobispos franceses y no del Papa. La intromisión del poder civil era mucho más que posible, patente. Así en los “artículos orgánicos”, introducidos de matute en el Concordato firmado con Napoleón se aceptaba que sólo el gobierno decide la creacón de nuevas parroquias, el establecimiento de fiestas religiosas, la organizacón de los seminarios, el número de las ordenaciones...

⁵² Laveille, t. I, p. 78.

Martes

Los dos Lamennais se ponen al trabajo para buscar documentos, interpretar concilios, ordenar los argumentos, redactar una obra que se presenta en tres tomos.

En los textos originales se ve una columna de Féli con escritura puntiaguda, elegante, incisiva, y a la izquierda la de Juan María, apretada, concentrada, con citas en escrituras latinas y griegas.

Es fruto de muchas horas de búsquedas, de diálogos encendidos, de recursos a la opinión de amigos, de amor inflamado por la Iglesia.

Proyecto al futuro

Si en el “Torrente de ideas vagas” ya estaban diseñadas las líneas de futuro, la Chesnaie era en sí misma el futuro, porque había puesto en marcha el proceso de todo porvenir verdadero: afectarse por una realidad que nos invade, ir a las fuentes para ver el boceto original que nos conforma y acompasar el paso al tiempo nuevo.

Frente a la postración cultural y religiosa de la Francia posrevolucionaria, sólo se levantó una voz de alerta y un signo de esperanza: La Chesnaie. Muchos años más tarde en 1845, como respondiendo a la necesidad hondamente presentida por los dos hermanos, se abrió una escuela de altos estudios eclesiásticos que, se erigió, ¡maravillosas casualidades!, en el convento de la calle Vaugirard, donde Juan María prometió, con la misma obstinada fortaleza de los mártires, dar su vida por la Iglesia.

Anochecer

Es un momento tranquilo para dejar que el nombre -La Chesnaie- se derrame en la conciencia. Es un nombre que en Juan María, Féli, en su escuela, en todos sus seguidores, se sitúa como nostalgia y referencia, se convierte en modelo de hogar y forja, un

hogar cálido de vida compartida y una forja para diseñar proyectos de futuro.

La Chesnaie. Es el tiempo para paladear los sabores que se despiertan al recordar el lugar, para dejar que se instale en el corazón e impulse a todos, como a Juan María, a dejarse afectar profundamente por la realidad que los envuelve y diseñar caminos de respuesta.

El hogar

Para pasar los dos hermanos momentos de descanso, de reparación de fuerzas y de una seria y disciplinada aventura intelectual. Pero, sobre todo, para paladear intensamente el sentido de la fraternidad. La Chesnaie es hogar de sentimientos comunes, de proyectos compartidos, de lazos cada vez más estrechos. Quedará impreso en su conciencia como el lugar de la cordial, fraternal cercanía.

“Después de cuatro años de viajes, de emigración, de exilio y de toda esta triste serie de acontecimientos que llamamos vida, un cúmulo de circunstancias felices nos reúne en la Chesnaie, pero durante muy pocos días, como cuando uno se sienta a veces en el borde del campo, en una larga y penosa caminata⁵³”.

Es este hogar donde se comparte el pan crujiente de cada mañana, y el diálogo sereno en la chimenea del atardecer, donde la vida se enriquece con la diversidad de los talentos, donde a la solidez de Juan María se le complementa la intuición y brillantez de Féli; donde la fragilidad de uno, necesita de la ponderación equilibrada del otro. En estos términos, de probada confianza, escribe Féli a Juan María

⁵³ A Bruté de Rémur, La Chesnaie, 22 de julio 1818.

Martes

“Tengo la gran desgracia de estar carente de juicio y de carácter⁵⁴”

“Tengo necesidad de alguien que me dirija, que me sostenga, que me levante, de alguien que me conozca y a quien pueda decir absolutamente todo. Quizá de eso dependa mi salvación. Sopesa esta última consideración⁵⁵”.

Y este proyecto común tiene su reflejo gráfico en unos textos escritos por las dos caligrafías conjuntamente, o también en pensamientos idénticos, surgidos de la misma matriz, y de un común sentir.

En un sermón de inicio de un Retiro, Juan María se dirige así a los Hermanos:

“Que Dios se digne hacer de vosotros hombres según su corazón, entregados a su Iglesia, libres de sí mismos, pobres de espíritu, humildes, celosos, dispuestos a emprenderlo todo y a sufrirlo todo por difundir su palabra, extender su reino y alumbrar en el mundo este fuego divino que Jesucristo vino a traer, este fuego purificador y nutritivo, este amor inmenso, inenarrable, que es la vida celestial

Habéis sido llamados a algo grande: tened continuamente ante la mirada esta alta vocación para que trabajéis en haceros dignos de ella.⁵⁶”

Y Féli, desde Frascati, en el convento de los Teatinos, escribe preocupándose por la salud de sus cohermanos, al conocer que el cólera hace estragos en París

“¡Que Dios vele sobre vosotros, que os conserve, y que os bendiga! Que haga de vosotros hombres según su corazón, entregados a su Iglesia, humildes, celosos, dispuestos a

⁵⁴ *Correspondance générale de Lamennais*, éd Le Guillou, A. Colin, t. I, p. 116.

⁵⁵ *Correspondance générale de Lamennais*, éd Le Guillou, A. Colin, t. I, p. 187.

⁵⁶ *Sermones*, t. II p. 549, 2297.

emprenderlo todo y a sufrirlo todo por difundir su palabra, extender su reino y alumbrar en el mundo este fuego divino que Jesucristo vino a traer, este fuego purificador y nutritivo, este amor inmenso, inenarrable, que es la vida celestial. Habéis sido llamados a algo grande: tened continuamente ante vuestra mirada esta alta vocación para que trabajéis en haceros dignos de ella”⁵⁷

La forja

Pero La Chesnaie es sobre todo lugar donde se forja el futuro, donde se marcan las cartas de navegación de una Iglesia francesa que hay que recrear, dibujar, soñar, bruñir, templar, amar para poder recrearla.

En la soledad de los paseos, en las reflexiones en la habitación, en las investigaciones serenas en la biblioteca, en los diálogos encendidos y cordiales en el salón frente a la chimenea, se realiza un trabajo esmerado y febril para renovar la realidad y establecer las estrategias precisas para lograrlo. Basta ver los folios de notas, los borradores de publicaciones, los libros

“Mi hermano y yo nos hemos retirado a una casa de campo que nos pertenece, situada a una legua y media de Dinan, y allí vivimos, desde hace diez meses, como verdaderos ermitaños, y en una soledad profunda... Hemos prohibido que el aburrimiento se acerque a nosotros y no se ha atrevido ni siquiera una sola vez a acercarse a nuestra puerta”⁵⁸

La Chesnaie es el lugar donde la visión del presente golpea la retina y afecta el corazón; donde se vuelve al pasado para redescubrir los proyectos originales; donde se diseña el futuro arriesgadamente. Porque, si no se hacen proyectos, ¿de qué sirve la memoria?

⁵⁷ *Correspondance générale Lamennais*, A. Colin, t. V, p.119

⁵⁸ Carta a Bruté de Rémur, 16 de agosto de 1807.

Martes

En La Chesnaie se diseccionaba la realidad eclesial francesa, con todas sus lagunas, sus errores y posibilidades. En sus paredes aleteaban los pensamientos de Santos Padres y Concilios en la frescura de su lengua original, con toda la actualidad de un pasado siempre vivo. Y de aquel ámbito salieron los programas, los libros, los periódicos, las predicaciones... y las fundaciones para poner en pie una Iglesia renovada.

MIÉRCOLES

Miércoles

Amanecer

"Deseo de todo corazón que puedas conservar el precioso establecimiento que diriges. Pero si la fuerza de las desgraciadas circunstancias en las que se encuentra la Iglesia te obliga a abandonarlo, esto sería signo inequívoco de que la Providencia te lleva a consagrarte al estudio y la defensa de la religión", le escribía su amigo Teyseyre. Otro amigo le invita a hacerse cargo de una cátedra de teología. Su hermano insiste una y otra vez en la dedicación conjunta al trabajo de investigación y publicaciones...

Se acababa el período anterior con el peso de ausencias y de pérdidas. Juan María sentía en el alma un dolor acerado al recordar a Vielle lejos de Saint-Malo, a Bruté lejos de Francia, a Féli lejos del trabajo compartido. Y un total desvalimiento le ahogaba el corazón cuando arribaban a la playa de sus recuerdos los rostros de Engerran o de Le Sault, que estaban más lejanos aún, en la otra orilla de la vida, de quienes no podría esperar el consuelo de una confidencia o de una carta amiga.

Y estaba la desilusión dolorida por el Colegio Eclesiástico que pudo ser y no fue, que murió o asesinaron. Anoche fue la soledad, la misma sensación de desamparo que sintió cuando se fue su madre Graciana a los siete años.

Pero él quiso siempre estar limpio de heridas, aunque estuviese lleno de cicatrices. Por eso miraba al porvenir que clareaba como un horizonte colmado de promesas.

Saint-Malo. Es el ayer de diez años vividos en el pequeño seminario, donde se le ha ido cultivando la sensibilidad educativa. Con ella le ha ido creciendo su capacidad para ver con el corazón y apasionarse intensamente por los niños y los jóvenes.

Ahora llega a Saint-Brieuc para sentir un baño de realidad, dejarse afectar por ella, sentirla, tocarla en su complejidad, en su dolor y en su gracia. *La Palabra se hizo carne*. Las suyas, escritas con letra nerviosa y apretada, las palabras que se agolpaban en las cuartillas del “Torrente de ideas vagas” requerían la realidad para encarnarse, tomar cuerpo, hacerse de concreción compacta. Y va a ser Saint-Brieuc la realidad que Dios le ofrece de forma inesperada.

Si ayer a última hora, su mirada estaba cargada de dolor y pérdidas, hoy estará bien abierta al encuentro luminoso.

Mañana del miércoles

Un lugar de providenciales coincidencias

La profunda sabiduría de Juan María le permitió, poco a poco, ver la historia no como capa de hechos inconexos, de realidades opacas, sino que aprendió a ir por la vida con los ojos bien abiertos y el corazón alertado para descubrir en los acontecimientos y en los lazos con la gente, la voz amiga de Alguien que señala caminos que libre y gozosamente se pueden seguir.

El verano de 1812 supuso la ruptura de muchos lazos de amigos, de proyectos, que le dejaron con el alma en vilo y, delante, un futuro desdibujado. Finales de 1813. Mientras Juan María estaba ordenando los asuntos de la quiebra de su padre, recibe una carta de Mons. Caffarelli, Obispo de Saint-Brieuc.

Los encuentros que ha tenido con Mons. Caffarelli, han sido, escasos, cortos y fortuitos. El sacerdote Quélen, a quien conoció como seminarista en San Sulpicio los meses que él estuvo en París, iba a ser ordenado y lo invita: *“Hace un momento que he sabido que vas a enviar a dos diáconos de Saint-Malo, para ser ordenados en el tiempo de Pasión... Tengo el propósito de invitarte a que los acompañes y vengas a ser testigo de mi felicidad”*⁵⁹. Fue seguramente la primera vez que pudo estar con el obispo de Saint-Brieuc aquel 14 de marzo de 1807

Al enterarse del cierre del Colegio de Saint-Malo, Caffarelli pide a Vielle que se encargue de su Seminario. Durante el año 1813 Juan María va varias veces a Saint-Brieuc para pasar unas horas con su amigo Vielle. En más de una ocasión visitaría también a Mons. Caffarelli que debió quedar muy bien impresionado por el joven sacerdote.

Caffarelli era de origen corso como Napoleón, aunque había nacido en el Languedoc. Al negarse a firmar la Constitución Civil del Clero se exilió en España, aprendió la lengua y ejerció diversas funciones. Permanecía en Saint-Brieuc desde 1802, nombrado para esta sede tras el Concordato y su mitra se la debía al emperador. Uno de sus hermanos, amigo íntimo de Napoleón, había muerto en la campaña de Egipto y por ello la familia Caffarelli fue cuidada con mimo por Bonaparte.

Al fallecer su secretario, el Obispo piensa enseguida en Juan María. Le escribe suplicándole vivamente que comparta con él sus tareas. *“Viviremos como dos hermanos, ayudándonos y animándonos a llevar la carga del episcopado, que quieres*

⁵⁹ Carta autógrafa. Archivos FIC.

*compartir conmigo. Me la haces menos pesada. Esta esperanza me sostiene, me anima y no deseo otra cosa que tu pronta llegada a esta ciudad*⁶⁰.

Juan vacila. El cargo que se le proponía significaba abandonar su ciudad natal, romper los lazos con sus amigos y hermanos en el sacerdocio, con tantas almas que lo habían escogido como guía y acompañante... y partir hacia lo desconocido, a establecer lazos nuevos. “*¡Qué triste es la vida! Nos conocemos, nos amamos, estamos unidos por lo más profundo del alma y al día siguiente nos separamos, y a uno se le manda a veinte leguas del otro*⁶¹!”

El 18 de marzo de 1814, Juan María está en la ciudad fundada junto al sepulcro de Brioc, un monje que con otros ochenta y cuatro compañeros salió de Inglaterra en el siglo V para evangelizar la Armórica.

En el mes de abril siguiente abdica Napoleón. En mayo, Luis XVIII hermano del decapitado Luis XVI es repuesto en su trono. Va a comenzar el periodo llamado de la Restauración.

Se abren para la Iglesia tiempos nuevos:

Féli sale pronto a París para dinamizar la impresión de la *Tradición de la Iglesia sobre la institución de los obispos*, que podría salir a la luz si se estableciese libertad de prensa y se anulara la censura previa imperial. Trabaja en un modesto piso del barrio latino de París y quiere que Juan siga asociado a su labor de escritor. Le escribe contándole sus proyectos: batalla contra el galicanismo, fundación de un periódico, presentación de la doctrina a la luz de Roma, ciencia, teología, derecho canónico...

A través de sus cartas, la voz de Féli, se hace cada vez más apremiante, como intentando apresar el recuerdo y ensanchar para siempre aquellos meses vividos juntos en la Chesnaie, meses creativos, colmadamente fraternos, cargados de futuro. “*Al Sr.*

⁶⁰ S. Ropartz, p.132.

⁶¹ A Querret, Saint-Brieuc, 21 de marzo de 1814.

Duclaux le he contado la historia de tu afincamiento en Saint-Brieux (sic), y le he detallado tus ocupaciones: su opinión es que tú podrías ser infinitamente más útil aquí...⁶² Y Féli persiste en cuantas cartas le escribe, con insistencia más y más martilleante, para que rompa con los lazos recientes, frágiles aún, que la anudan a Saint-Brieuc, y se le una en París para dar cuerpo a aquel torrente caudaloso de ideas vagas que le desbordó una tarde en la Chesnaie, una tarde de sueños y azules sin frontera.

“Si vinieras seríamos felices... Sin duda que el Obispo de Saint-Brieuc lo sentiría... No veo más que consideraciones de delicadeza personal que te puedan frenar todavía... Si vinieras, no harías sino preferir a los lazos recientes otros mucho más antiguos, que la misma Providencia formó... Tenemos entre nosotros dos derechos y compromisos mucho más antiguos y estrechos que los que hemos podido contraer después... Necesito de alguien que me conozca y a quien pueda decir absolutamente todo. Quizá dependa de ello mi salvación; piénsalo”.

Juan María tiene la interna convicción, que expresa claramente en muchas ocasiones, de que la vida se juega en las relaciones que se inician o se mueren, en las relaciones (“lazos”) que aparecen en un rincón de la existencia, y revelan el proyecto de Dios, y reclaman respuestas arriesgadas, e inspiran caminos, y...

A primeros de agosto de 1814 acompaña a su Obispo a París y visita a sus antiguos amigos y sus consejeros de San Sulpicio. Después de oírlos decide volver a Saint-Brieuc.

Lazos nuevos

El Obispo achacoso, afectado por la suerte de su familia protegida hasta entonces por Napoleón y por la indiferencia del clero, deja prácticamente a Juan María las riendas de la diócesis. El 11 de enero de 1815, al llevarle el correo encuentra a Mons.

⁶² Carta de Féli a Juan, *Correspondance Générale Lamennais*, t. I, p. 181.

Caffarelli agonizando en un sillón. “*He perdido a un hermano! ¡Y qué hermano! Después de saborear las delicias de una amistad como la suya, no me queda nada más que llorar y el pesar que me durará toda la vida. El mismo día de su muerte, su médico le anunció que no podría reponerse antes de la primavera. “Pobre María, dijo a una de sus criadas, va a ser muy largo; pero me da igual, tengo a La Mennais: ¡si supieses cuánto me quiere!” Estas palabras que me han repetido desde hace poco, ponen en carne viva mis heridas, y cuando las escribo, rompo a llorar*”⁶³.

Por la tarde de ese mismo día, los ocho canónigos titulares y el párroco de la catedral proceden a la elección de los Vicarios Capitulares. Hay urgencia en el Cabildo, y una solemnidad convenida. Las votaciones arrojan un resultado previsible y que puede denotar claramente la dinámica rutinaria de la diócesis. Eligen a tres sacerdotes que han tenido responsabilidades anteriores de sesenta, sesenta y cinco y ochenta y dos años de edad. Se ha acabado la votación y hay un canónigo que sugiere un nombre nuevo, el nombre de Juan María, quien tiene entonces treinta y cuatro, y otra baza en contra, la de ser “extranjero”, procedente de otra diócesis. Es elegido por unanimidad. Le llega la comunicación mientras está rezando junto al féretro del Obispo.

Por orden es el cuarto en la elección. De hecho, debido a sus propias cualidades que en menos de diez meses ya se habían hecho patentes al Cabildo, y también a la edad y a los achaques de sus compañeros, él va a ser el alma del trabajo que se desarrollará en la diócesis en los años siguientes: Un trabajo profundo, múltiple y tenaz en el que se van a remansar y concretar las ideas que había expuesto en su *Torrente de ideas vagas* y en la segunda parte de *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia y sobre su situación actual*.

⁶³ Carta al general de Caffarelli, Saint-Brieuc, 6 de febrero de 1815.

Féli acude al entierro de Mons. Caffarelli. Es su último intento para asociar a Juan a sus trabajos de escritor. Sin embargo Juan María ya ha decidido vincularse con esta diócesis nueva, ha creído oír la voz de Dios que le requiere que establezca nuevos lazos. No escribirá nuevos libros, sus proyectos se harán carne palpitante, tendrán el jugo de la sangre viva de las personas, que son la más pura expresión de la gloria de Dios. Por ella va a gastar su vida, como la ha ido gastando, aunque sólo en la víspera del último viaje lo cristalice en esta frase: “*¡Quiero trabajar en su gloria hasta el último momento de mi último día!*”⁶⁴.

En este año de 1815, se publican tres cartas pastorales firmadas por los cuatro Vicarios Capitulares, pero todo el mundo reconoce que sus ideas y su vigor son de Juan María.

En la del trece de enero, rinde homenaje a la figura del Obispo desaparecido y a su devoción a la Sede de Pedro. En efecto, aunque Mons. Caffarelli fue amigo y protegido de Napoleón, no dudó en defender a Pío VII y en oponerse a las pretensiones del Emperador en el Concilio nacional que éste convocó en 1811⁶⁵.

En esa pastoral puede leerse: “*Cuando la Iglesia entera fue atacada en su Jefe, y se la intentaba oprimir con astucia, cuando el orgullo coronado quiso ahogar a la Esposa de Jesucristo entre sus brazos de hierro, el Obispo de Saint-Brieuc no tuvo más que un temor, el de Dios. Apegado a la verdad desde lo más hondo de sí mismo, rechazó sacrificar su conciencia; y, acordándose de que “un fiel ministro de Jesucristo puede ser matado, pero no vencido”,*

⁶⁴ Carta a la Srta. de Cornulier-Lucinière, 24 de enero de 1853.

⁶⁵ En este concilio nacional dio muestras de extraordinaria firmeza. Ante el emperador que le había dicho: “¿Sabe usted que yo le puedo quitar su obispado y meterle en prisión?” “Sir, le había respondido Caffarelli, eso le resultaría a usted mucho más fácil que devolverme a mi hermano a quien le mataron por usted en Egipto”. *Correspondance générale Lamennais*, t. I, p.150, nota.

*después de tener la dicha de defender la verdad, no aspiró más que a la de morir por ella*⁶⁶.

Poco más de dos meses después, Napoleón se evade de la isla de Elba y recupera el trono. Bonapartistas y jacobinos de Saint-Brieuc se vuelven contra el Vicario Capitular. Alguien lo amenaza con enviar la pastoral al Emperador. “No me disgustará que la lea”, responde Juan María, pero mis actos no van a desmentir ahora mis palabras. Puede matarme pero no vencerme”.

En cambio Féli, más comprometido que su hermano por haber escrito un opúsculo contra la Universidad Imperial, se embarca a toda prisa para Londres donde vivirá bajo el seudónimo de Patrick Robertson.

Durante el periodo de los “Cien Días” se desatan en Saint-Brieuc los sentimientos antirreligiosos. Seis días después de Waterloo Juan María escribe: *“Hemos vivido tres meses con los puñales suspendidos sobre nosotros, insultados y amenazados y se han revivido las escenas de 1793. No puedes hacerte a la idea de lo penosa que ha resultado mi posición personal; porque si había que preservar a la diócesis de la rabia de estos monstruos todopoderosos, había que moderar también el ardor indiscreto de algunos eclesiásticos*⁶⁷”. *“Estoy espantado de la revolución que se ha operado en los espíritus durante este tiempo*⁶⁸”

Las otras dos pastorales están fechadas en julio y en setiembre. Su fin es anunciar un *Te Deum* en acción de gracias por los nuevos tiempos que se abren para la Iglesia y ordenar preces en reparación de los excesos cometidos durante los “Cien Días”.

Pero Juan María las utiliza para despertar y avivar la diócesis. Están cargadas de una fuerza apasionada y apasionante. Como él mismo confiesa al hablar de la primera, las escribe " ab irato", en un movimiento de ira incontinida, al ver los efectos perniciosos de

⁶⁶ Pastoral St-Brieuc, 13 de enero de 1815.

⁶⁷ A Querret, St-Brieuc, 22 de julio de 1815.

⁶⁸ A Bruté de Rémur, La Chesnaie, 30 de septiembre de 1815.

esos tres meses en la forma de pensar y obrar de la gente. A Bruté le escribe describiendo algunas de las reacciones más atrevidas de sus enemigos: *“Como hoy todos están sordos, hay que elevar la voz si se quiere ser oído. Las palabras dulces, las frases bonitas, resbalan sin dejar ninguna huella. Los jacobinos no han quedado tan descontentos de mí como yo mismo lo esperaba. Uno de ellos decía ayer: “El Cabildo era bueno, es decir complaciente y débil, pero nos ha llegado una polilla que no se va a dejar manipular. Ese enano no es más alto que mis botas, pero hay que ver cómo habla”. El lenguaje de estos señores es de una exquisita cortesía y yo pensaba que sus críticas iban a ser más amargas*⁶⁹”.

Mediodía

Se le habían deshecho entre las manos muchos lazos, pero no podía vivir tejiendo recuerdos, saboreando pasados, ni desgranando nostalgias.

Se le habían abierto otros muchos.

Su amigo Teyseyre le había invitado a dedicarse al estudio y a la defensa de la religión.

Otro amigo le invita a hacerse cargo de una cátedra de teología.

A su vez, su hermano insiste una y otra vez en la dedicación conjunta al trabajo de investigación y publicaciones.

Saint-Brieuc es una ciudad más anclada en la Bretaña. Allí pudo tocar un pueblo que él no conocía, más cerrado, más hermético, mucho más elemental que la gente familiar de Saint-Malo, abierta a los aires del mar y a los anchos horizontes salados.

¿Por qué se asentó allí en contra de todos los prudentes consejos de amigos, sin atender a las apremiantes solicitudes de su hermano? ¿Qué voces oyó por sus adentros?

⁶⁹ A Bruté de Rémur, Saint-Brieuc, 26 de Julio de 1815.

¿Sería cuando vio al obispo, aquel hombre achacoso de tierna acogida, avejentado por los años difíciles pasados y por la vida desvivida, que presidía la diócesis frente a la indiferencia de casi todos? ¿Eran los sacerdotes y los fieles en quienes había intuido un abandono negligente? ¿O los niños y jóvenes dejados a su suerte? Quizás en aquel paisaje humano de páramo y descuido presentía el largo camino de humilde paciencia, de siembra callada que espera el dulce verdear de las gavillas.

Y optó por lo más difícil, lo de menos brillo y menos deslumbrante. Y amó a Saint-Brieuc con una intensidad adolescente. Sentirá una nostalgia honda cuando ya no esté allí. *“No sueño más que en Bretaña... Mi corazón está allí. Ya he pedido unas vacaciones para volver a Saint-Brieuc”*⁷⁰

En esta época, de 1815 a 1819, como Vicario de la diócesis palpará con sus manos todas las necesidades, marcará prioridades, se dejará bañar por la realidad y afinará sus intuiciones fundamentales.

Con el clero despliega un infatigable empeño en renovarlo. Asegura siempre su presencia y su palabra en una tanda de ejercicios, la de septiembre. Está cercano, disponible. Se desplaza a todas las parroquias, acompaña, sostiene. Y si debe corregir los errores galicanos que se han difundido en las mentes y los corazones, lo hará sin miedo, pero a la vez con un cuidado exquisito y un delicado cariño. "No hay que romper la caña doblada, ni apagar la mecha humeante".

Se desborda con el pueblo sencillo. No hay aldea de la diócesis que no haya escuchado su palabra encendida en las misiones populares. Se corre la voz entre la gente de que el Vicario tiene una predicación sugestiva, una voz electrizante, y que sabe despertar las profundas raíces de la honda fe bretona.

Pero sobre todo, este baño de realidad le hace descubrir que hay un campo decisivo, donde se juegan las grandes batallas del

⁷⁰ A Querret, Paris, 26 de octubre de 1822.

hombre y del futuro; un campo que los enemigos de la fe se apresuran en preparar ante los ojos adormecidos de muchos hombres de Iglesia: El campo de la educación integral de los niños y jóvenes.

Tarde de miércoles

Juan María está a cargo de la administración de la diócesis de Saint-Brieuc desde 1814 a 1819, exactamente cuatro años y diez meses, primero como secretario y consejero del obispo y ejecutando sus directivas, pero, con el fallecimiento de éste, como Vicario Capitular. En la espera de nuevas disposiciones concordatarias, la sede queda vacante durante cuatro años. Además de llevar los asuntos ordinarios de la administración diocesana, desarrolla una portentosa actividad apostólica. Esta actividad discurre impetuosa y ardiente y se aplica a dar respuesta urgente a las necesidades que le han perforado su visión en los primeros meses.

En la administración general diocesana, si hay algo que agota al Vicario General es la lentitud de la máquina administrativa, recargada por el control de la autoridad civil: para cualquier menudencia, hay que informar, proporcionando la correspondiente documentación a los prefectos, rectores de la Academia, ministerio de cultos, y solicitar su aprobación. La administración por su parte, calcula, da largas: no llegan los sueldos prometidos, quiere dejar a los curas párrocos a dos velas. Otra preocupación constante: la exención del servicios de armas para los clérigos; como se ve en el momento de los “Cien Días”. *“Se les ha retenido en Lannion diciendo que el Emperador tenía más necesidad de soldados que de curas”⁷¹*.

⁷¹ Al Prefecto de Côtes-du-Nord, Saint-Brieuc, 15 junio de 1815.

Con el clero

Desde la Revolución los sacerdotes habían quedado abandonados a sí mismos. ¿Qué quedaba después de la formidable tormenta? Un conglomerado heterogéneo, de perfiles variados, una mezcla de mediocridades, y un puñado de personalidades de aristas cortantes. Los que habían sido siempre fieles, los de pasado poco glorioso, los que seguían prácticamente aceptando el cisma, los que vivían una vida desconcertada y rutinaria, los ex-religiosos incardinados en la diócesis. En total, un conjunto muy dispar que había que ensamblar y lanzar a la aventura apostólica. Los púlpitos mudos, las iglesias semidesiertas.

Juan María se impuso como primera tarea la de reanimar a los sacerdotes y mostrarles la grandeza de su vocación.

En *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia en el siglo XVIII y sobre su situación actual*, había subrayado la importancia de los Retiros eclesiásticos para mantener la tensión espiritual del clero. En Saint-Brieuc el último había tenido lugar veinticinco años antes.

Juan María los organiza a partir de 1816 en dos tandas, en julio y septiembre. En el primero, un famoso misionero y los curas más prestigiosos de la diócesis aseguran los sermones y están en los confesionarios. El segundo lo dirige personalmente el Vicario Capitular

Para aquellos sacerdotes que desde hacía tanto tiempo no se reunían con sus cohermanos, estos dos Retiros fueron una sorpresa, el reconocimiento de una necesidad callada, pero sentida, y un acontecimiento de gracia.

No obstante, Juan María entiende que el trabajo pastoral con sus sacerdotes no se agota en la oportunidad de estos encuentros. Los visita a menudo en sus Parroquias y su despacho está siempre abierto para recibirlos, sostenerlos, animarlos y también, cuando las circunstancias se imponen, para exhortarlos firme y, si es preciso con severidad, al cumplimiento de sus obligaciones.

Alguno puede considerar excesivo el tono conminatorio en algunas cartas, como duro y destemplado ; y a alguno más laxo y fuera del contexto de tiempo y lugar, le pueden parecer banales las razones que provocarían la intervención del Vicario, como “uso inmoderado de licores fuertes”, o la carta al que “bebe también en exceso y pasa las noches jugando”, o el escrito al otro que después del “exceso de bebida, maltrata a sus parroquianos y los golpea”...

Y otras situaciones con ribetes políticos que quiere cortar de raíz: el sacerdote que juró la constitución Civil del Clero, se casó civilmente, y, al borde de la muerte, lo invita a retractarse; o al cura Le Cornec que continúa haciendo panfletos para defender la constitución Civil del Clero entre sus sacerdotes, que durante el gobierno de los Cien Días, se mostró absolutamente partidario del usurpador y, abusando de su ministerio, negaba la absolución a aquellos en quienes adivinaba alguna inclinación monárquica.

Misiones

Juan María vio siempre en ellas un instrumento muy adecuado para renovar la fe del pueblo cristiano. Él mismo tuvo vocación de misionero popular y siempre que pudo aceptó, a lo largo de su vida, cuantas invitaciones le hicieron para dirigir las.

En Saint-Brieuc empieza por la capital donde organiza una gran misión con la ayuda de ocho jesuitas de la residencia de Laval. “*El éxito fue tan grande*, escribe el P. de Clorivière, *que apenas se puede creer*”. Termina la misión con la erección de un calvario en la plaza de San Pedro, y Juan María aprovecha la ocasión para pronunciar ante una inmensa muchedumbre un sermón apasionado y vibrante.

Tras la misión de Saint-Brieuc les fue llegando el turno a los pueblos de la diócesis:

“Misiones ordenadas, presididas, animadas por el infatigable Vicario Capitular; que removían hasta en sus profundidades esta vieja tierra donde las raíces de la fe son tan tenaces, y hacían

reflorece las vigorosas costumbres de los tiempos antiguos que sólo aguardaban para volver a vivir; como los huesos secos vistos por Ezequiel, el soplo de Dios y la palabra de un profeta.

Los viejos todavía refieren los prodigios de aquella voz y repiten sus sermones llenos de savia, cuya misma brevedad hacía resaltar la autoridad de la palabra y cuya impetuosa elocuencia no era otra cosa sino el eco de la fe. Nunca orador alguno estuvo tan seguro de encontrarse siempre con auditorios inmensos. Bastaba que se anunciara su presencia para que el éxito de una misión quedara asegurado⁷².”

En Saint-Brieuc, en Guingamp, tuvo que predicar en la plaza porque la gente no cabía en la iglesia, cuenta alguno de sus biógrafos serios.

Asociaciones de seglares

Juan María funda, después de cada misión, asociaciones para proseguir viviendo la fe cristiana. “*¿También vosotros vais a tener una misión? Tratad de aprovecharla y después organizad una congregación de jóvenes (lo que hoy sería un movimiento juvenil); es el mejor, y puede ser que el único medio para mantener en ellos la piedad⁷³”*

En St-Brieuc organiza una de chicas, otra de hombres y una tercera de jóvenes. No son meras asociaciones para prácticas piadosas, sino que tratan de ayudarse mutuamente en todos los aspectos.

La de las chicas, que tomó el nombre de Inmaculada Concepción, llamada también Congregación de las Señoritas, adquirirá gradualmente una dimensión social, y de ahí surgirá el núcleo fundacional de la Hijas la Providencia.

⁷² Mons. de Lezéleuc, citado por S. Ropartz, p. 209.

⁷³ Al Sr. Langrez, Saint-Brieuc, 20 de julio de 1817.

Con la asociación de chicos, que él mismo dirigía, pudo sanear moralmente el colegio municipal de Saint-Brieuc que gozaba de pésima reputación.

Pastoral vocacional

Fue otra de las grandes preocupaciones de Juan María. La Revolución había producido muchos huecos en el clero y la política de Napoleón no había permitido llenarlos. En 1816, el Vicario Capitular estima que faltan en la diócesis de doscientos a trescientos sacerdotes, quedando vacantes veintiséis parroquias.

El reclutamiento se ha modificado sensiblemente en relación al Antiguo Régimen. *“Ya no se encuentran vocaciones al estado eclesiástico más que en gente sin fortuna⁷⁴”*. Como situación muy preocupante, *“la diócesis de Saint-Brieuc está dividida en dos lenguas, el francés y el céltico, y los pueblos que las hablan están separados también por mentalidades, costumbres que nacen de la diferencia del idioma⁷⁵”*.

Y Juan María pinta un cuadro muy negro en la parte de habla bretona. *“Nuestros curas juramentados han echado a perder nuestra Baja-Bretaña, y el espíritu revolucionario que extendieron subsiste todavía con toda su fuerza⁷⁶”*. Faltan sacerdotes que hablen bretón porque esta parte de la diócesis no tiene un Colegio eclesiástico y serán precisos muchos esfuerzos para conseguirlo.

Los liceos y colegios de la época le inquietan por su indisciplina e inmoralidad y así se lo dice al ministro en una memoria del año 1815. Alfredo de Musset, poco sospechoso de clericalismo los llamaba "focos de libertinaje y de corrupción". No se podía, pues, contar con ellos para una pastoral vocacional.

⁷⁴ Al Ministro del Interior, Saint-Brieuc, 31 de julio de 1816.

⁷⁵ Al Ministro del Interior y de Cultos, Saint-Brieuc, 2 de junio de 1814.

⁷⁶ *Correspondance Générale J-M de la Mennais*, t. I, p.513.

Como Colegio eclesiástico o Seminario menor cuenta sólo con el de Dinan.

El veinticuatro de enero de 1816 logra reabrir el de Tréguier. El ala derecha del antiguo Seminario Mayor, estaba ocupado por sólo cinco gendarmes y el ala izquierda, tras la ley de expoliación de los bienes de la Iglesia, había sido vendida como propiedad nacional. El propietario quiere deshacerse de ella, el Cabildo decide comprarla. El Vicario capitular obtuvo respuesta positiva del Ministerio de la Guerra. Para el ala izquierda, tuvo que negociar muchas veces el precio de venta. Si el obispo puede estampar la firma de compra definitiva el 8 de mayo de 1821, todos saben que Juan María ha tenido un papel decisivo en las gestiones difíciles, laboriosas.

Se rescata también el Seminario Menor de Plouguernevel.

Según la legislación vigente, ninguno de estos tres Seminarios menores podía admitir a otros alumnos que los que se preparasen para el sacerdocio. Tras tenaces gestiones Juan María logra del Ministro un régimen de tolerancia para que puedan recibir también alumnos externos.

El Seminario mayor está en las buenas manos de su amigo y antiguo colega de enseñanza en Saint-Malo, Vielle. Pero desde París urgen para que los profesores envíen la promesa escrita de explicar en las cátedras de teología los cuatro artículos galicanos. Juan María no se arredra, está curtido por la pólvora de otras batallas más arriesgadas.

“A nosotros, Vicarios Capitulares en sede vacante, nos corresponde ordenar cuanto se refiera a la enseñanza de la diócesis. Los Profesores de nuestro Seminario interpretarán los artículos galicanos de forma que no se menoscaben los derechos del Soberano Pontífice ni los del vigente Concordato de 1801. Disimular, por miedo, lo que se piensa es hoy cosa corriente, pero

*nosotros no podemos estar de acuerdo con semejante costumbre*⁷⁷”.

Enseñanza

Su cercanía a las parroquias, las misiones que lo han conducido a los pueblos, los ojos volcados a la realidad que le afecta profundamente, lo han llevado al mundo conocido en Saint-Malo, el mundo de los niños y jóvenes.

*“Desde hace mucho tiempo, uno gime al ver la corrupción de los niños de las ciudades, uno se angustia por su inmoralidad precoz: los mismos tribunales se quedan asustados al tener que castigar en una edad tan tierna, crímenes calculados y desórdenes que suponen el arte de ahondar en el mal y una perversidad cuyos ejemplos eran antes tan raros*⁷⁸”.

“Como restos de un naufragio”. Así, con esta expresión definió Juan María a aquellos niños y jóvenes abandonados, dejados a su destino, vomitados por la revolución y el abandono. “Restos de un naufragio”, arrumbados en una playa desierta; bosquejos de seres humanos, inquilinos de la soledad, sombras en tránsito hacia la nada.

Y esto ponía en ascuas su corazón, y le hacía sentir un puro temblor estremecido. Por ello, se preocupa de reunir a las comunidades femeninas dispersas por la revolución y logra reinstalar a las religiosas Ursulinas en sus antiguos conventos de Lamballe, Dinan y Lannion, para dedicarse a la instrucción y la atención solícita de las niñas. *“Nos hemos ocupado, desde que la sede quedó vacante, en multiplicar los centros en que las niñas, ya fuesen de la clase popular, ya perteneciesen a familias ricas,*

⁷⁷ Al Ministro del Interior, 13 de febrero y 8 de marzo de 1818.

⁷⁸ *Correspondance Générale J-M de la Mennais*, t. I, p. 434.

*podiesen encontrar un asilo contra los peligros que las rodean por todas partes y una instrucción sólida y verdaderamente cristiana*⁷⁹”.

Después de insistir repetidamente al Superior General, consigue tres Hermanos de las Escuelas Cristianas de La Salle para plantear la guerra a la escuela mutua que ha sido instaurada en la ciudad: *“Espero un cuarto Hermano que he pedido sobre el terreno y que me lo ha prometido el Superior General. Aunque no estemos, como lo ves, más que en la primera carga, ya está ganada la batalla*⁸⁰

Y quisiera verlos inundando los pueblos, floreciendo en todas las aldeas de su diócesis y como esto no es posible, decide fundar él mismo una sociedad, adaptada a su Bretaña, destinada a luchar contra la ignorancia y a ayudar a los niños a crecer según el Evangelio.

Durante el verano de 1819, ha recibido a los tres primeros candidatos en su casa de la calle Notre-Dame, Son tres jóvenes bretones que habrán de aprender el francés antes de iniciarse en otros cometidos. El método es la conversación animada, salpimentada de humor y cariño de Juan María.

Pero esto nos ocupará un día entero... lo mismo que la gestación del grupo de las Hijas de Providencia.

⁷⁹ *Correspondance Générale J-M de la Mennais*, t. I, p. 434.

⁸⁰ A Querret, Saint-Brieuc, 20 de diciembre de 1818.

Anochecer

“En estos tiempos difíciles, ¿se puede renunciar a combatir los combates del Señor? Los tiempos son difíciles, pero no nos desanimemos: Dios vela sobre nosotros, trabajemos con gran celo por su gloria. Morir con las armas en la mano, en el campo de batalla ¿no es un lote suficientemente hermoso?”.

Ya había templado su sensibilidad y había tocado la realidad. Juan María estaba preparado para los grandes combates. Incluso había tenido ya las primeras escaramuzas, las duras, las que ponen en tensión los músculos, y provocan un sudor frío, casi congelado. “Me podrán matar, pero no me podrán vencer”.

Todos conocían su intrepidez obstinada, hasta sus enemigos, como aquel compañero de Cabildo, un tal Lesage, que capaz y despechado porque nunca ocupó puestos de responsabilidad diocesana, afilaba la pluma para la crítica más inmisericorde: *“Es de espíritu vivo, penetrante y sagaz, dotado de facilidad suma para tratar cualquier problema que lo resuelve, cuando no ve otra solución, un poco a lo Bonaparte, es decir marchando hacia adelante con una seguridad y una decisión que desconciertan a sus adversarios.*

No sabe lo que es retroceder y, si encuentra un obstáculo infranqueable, se detiene justo el tiempo preciso para cambiar de camino y termina llegando siempre a su objetivo⁸¹”.

Ya sabe las estrategias de la lucha, pero le falta conocer dónde está situado el campo de batalla.

Como todos los atardeceres, de nuevo está Juan María de pie, oteando el horizonte para descubrir el camino nuevo por el que Dios lo llama. Otra vez en el aire, con la libertad desnuda de los pájaros.

⁸¹ Laveille, t. I, p.181, nota.

Ha habido un nuevo Concordato en 1817 y los ministros han elaborado una lista con los nombres de los nuevos obispos que ocuparán las sedes vacantes. Féli le ha escrito comentando rumores de pasillos, ecos de gabinete: “*Mons. de Pressigny te había propuesto: el Gran Capellán ha respondido que eras demasiado joven*”⁸².

Y en Saint-Brieuc, ha sido nombrado Mons. Le Groing de la Romagère para presidir la diócesis.

Cuando el nuevo Obispo tome el poder, él dejará de ser vicario capitular, o podrá asociarse a la nueva administración. ¿No sería mejor dejar los cargos por su calidad de sacerdote extranjero en la diócesis? ¿Podría reconsiderar aquellas propuestas que le habían hecho hace seis años? ¿Podría...?

Estos años en Saint-Brieuc lo han acercado a la realidad. Y ha tocado la frialdad necesaria de la administración diocesana, la cercanía de las mil y una tareas pastorales, la pasión reverdecida por los colegios eclesiásticos, las horas quedas de confesionario, el caminar acompasado del acompañamiento espiritual... Y oye en este atardecer tranquilo las voces que le reclaman sin cesar para predicar las misiones en las parroquias de la zona, para animar los grupos juveniles.

Ha aprendido - sigue aprendiendo - que las respuestas no pueden ser puntuales, que deben estar inteligentemente articuladas. Y en el corazón de toda la realidad, los niños y jóvenes.

“No sé si tendré el valor, porque hay que tenerlo, de vincularme a alguno (obispo); me gustaría mucho más el retirarme a mis bosques, o quedarme en Saint-Brieuc sin título o juntarme a Féli y vivir como él con el Sr. Carron; esas son las únicas posibilidades por las que me siento atraído; la administración me aburre, me cansa, me agobia; es como estar condenado a galeras. En cuanto

⁸² Laveille, t. I, p. 223.

*a lo demás, no he tomado ninguna resolución; Dios decidirá mi porvenir, Él es el dueño*⁸³.

No sabe, espera. Sabe el qué, no sabe el dónde.

Se encuentra como tantas veces, con la vida por delante, esperando una señal en forma de nuevo “lazo” que le muestre las sendas para transitar sin miedo. Pero ahora no es una espera impaciente, agitada o ansiosa, va aprendiendo que será Dios quien decidirá su porvenir, porque sólo Él es el dueño.

Lo nuestro es colocarnos tranquilos en el seno de la Providencia, sentir su calor primero, dejarnos arropar por la seguridad de su ternura... y dormir. ¡Buenas noches!

⁸³ A Querret, 1 de septiembre de 1817.

JUEVES

Jueves

Amanecer

Acaba de despuntar la mañana. El sol entra seguro por la hendidura entre los dos postigos de las ventanas. Sus rayos acuchillan la sombra de la alcoba y la van llenando de una claridad que incita a ponerse en pie, a emprender, a no detenerse, a dar cuerpo definitivo a muchas ideas que fueron ardientes presentimientos una tarde encendida en La Chesnaie.

La luz tiene color de plenitud. Como el mismo día de la semana, jueves, con sabor de cumbre y de remate. O como la misma edad de Juan María, la jugosa cuarentena. Su corazón, sus manos laboriosas, sus pies... están recién amanecidos. Pero el sol, rotundo y claro, parece convocar a la redonda plenitud de la vida.

Atrás están los inolvidables días de infancia y juventud, convulsos y ajetreados, en donde su mirada se fue poblando de heroicidad y soledades, de despojos y riquezas, de voluntad vertical en medio de insidias y naufragios... Su sensibilidad se afinó en aquel torbellino.

Pasados están los tiempos de cura joven, dinámico, llamado a formar y formarse, donde por vez primera gustó la maravilla de acercarse entusiasmado al mundo de los jóvenes en el Colegio de Saint Malo y paladeó deleitosamente el gozo de una comunidad educativa. Su sensibilidad se iba haciendo cada vez más afinada hasta llegar a la sacudida arrebatada del *Torrente de ideas vagas*.

Y fresco está su tiempo de permanencia en Saint-Brieuc, donde ha tenido este baño reciente de realidad, donde ha tomado el pulso a una diócesis verdadera de carne y sangre, con un clero concreto, donde la objetividad de los problemas le aguijoneaba el espíritu y le incitaba sin cesar a buscar respuestas, a generar recursos...

Y en este amanecer el sol está cada vez más encendido, más cálido. Su anaranjada redondez es llamada a plenitud y acabamiento.

Es el momento de focalizar definitivamente la vida. Porque ha estado y sigue estando reclamando por mil voces que le requieren en mil direcciones: escritor, organizador de diócesis, predicador, investigador y polemista,... Ha llegado el momento de centrar serenamente su futuro. Sólo hay que hacer “lo que Dios quiere, cuando él lo quiere y como él lo quiere”. Y Dios no suele ser como este sol que ha irrumpido en la habitación avasallador y dominante. Dios aparece en la vida sutil y discreto, tras acontecimientos sencillos, detrás de personas de voz tenue y gestos frágiles...

Es jueves, mitad del día, momento de la culminación de la semana.

Es verano, mitad del año, tiempo de cosechas y de recogida de frutos.

Es la edad de Juan María en torno a los cuarenta, edad donde cristalizan definitivamente los proyectos, amasados ya de fuerza y de realismo

... Y el sol, con su brillo cada vez más cegador, está más y más empeñado en impedir el duermevela. Si el día está recién amanecido, se siente que la vida está en su cénit.

Mañana del jueves

Unas jóvenes sencillas, discretas.

Se necesitan unos gramos de imaginación para ir hacia atrás en el tiempo. O un esfuerzo de voluntad para ir difuminando el presente y dejar que emerja la vida pasada. Vamos camino de la cita que hubo aquí en Saint-Brieuc hace casi dos siglos. Lo que resulta igual es esa cuestecita que a algunas horas y con algunos soles, llega a hacerse cansina, hasta llegar a la calle Notre Dame. El título que rotula la fachada, “Montbareil, Casa de Retiro” conserva algo de aquel “Refugio de Nuestra Señora de Montbareil” que servía para acoger a niñas y jóvenes en riesgo.

Hay que olvidar la cerradura electrónica codificada que abre hoy la puerta y cambiarla por un portalón de madera recia, donde había que pedir entrada con los golpes rotundos de una aldaba. Y moverse con andar tranquilo por pasillos, donde los ojos curiosos, vivaces -algunos sombríos y apagados- de unas docenas de adolescentes escrutan nuestra presencia. Así era, hoy no es. Los ojos que hoy examinan nuestro paso, son los ojos cansados por trabajos y quebrantos de unas docenas de ancianos.

Y apresuramos el paso hacia la capilla, donde entornamos los ojos para que se nos vayan perfilando los contornos. Dejamos el primer plano, moderno, brillante. Y nos detenemos en el fondo. Es el mismo. Fue aquí frente a ese fondo, encalado, en forma de ábside. Tal vez frente a esa misma imagen de María, que abre de par en par los ojos, sostiene a un niño Jesús con cetro, dueño del mundo, y viste el corpiño de las mujeres aldeanas, con el vestido profusamente decorado de los armiños bretones. Nuestra Señora de la Caridad.

Es la noche de Navidad de 1818, y hay tres mujeres arrodilladas. Todo sucede en la más absoluta discreción. Podría parecer una reunión clandestina. Pero las tres hacen resuelta y secretamente un acto de donación de sí mismas. Es el primer hito de la Congregación de las Hijas de la Providencia. Y el nombre de las tres: María Ana Cartel, María Conan y Fanny Chaplain.

Así de elemental, así de profundo.

Así comenzaron

María Ana Cartel, nacida el 4 de junio de 1773, era la decimotercera hija del doctor Cartel. De mirada cargada de sensibilidad por los más débiles, se dedicó con otra amiga a los más pobres, al cuidado de los presos, a las lecciones de catecismo a los niños y niñas.

María Conan, nacida el 25 de marzo de 1778, era hija de un notario de Saint-Brieuc. Deseosa de hacerse religiosa, como lo habían sido tres de sus hermanas, cuando llegó una calma relativa tras los excesos revolucionarios, entró en la Sociedad del Santo Corazón de María.

Fanny Chaplain, nacida el 20 de febrero de 1792, era hija de Pedro-Julián Chaplain, abogado y juez del Tribunal de Comercio de Saint-Brieuc. Después de los matrimonios de sus cuatro hermanas, tuvo que estar permanentemente atada a su padre.

Las tres, de familias acomodadas de la ciudad; las tres con una sensibilidad aguda por las niñas y jóvenes más desprovistas de futuro; las tres de una disponibilidad generosa.

Juan María de la Mennais había convocado en 1816 a los padres Jesuitas a Saint-Brieuc para predicar una misión. Las misiones no podían quedarse en actividades puntuales, sino que habrían de ser seguidas y reforzadas por un conjunto de medidas pastorales. Con esta intención de buscar soluciones globales, organizó diversas

“congregaciones” para chicos, chicas y adultos, donde profundizar la fe y comprometerse a una acción social de ayuda solidaria.

La asociación de las jóvenes se establece en la capilla de Nuestra Señora del Refugio. Las primeras asociadas son María Ana Cartel y Fanny Chaplain que sienten la misma preocupación por hacer algo por las chicas que vagabundeaban por las calles, víctimas de la ignorancia, expuestas a mil y un peligros, desconocedoras de su propia dignidad...

Para empezar, proyectan ocuparse de las huérfanas. El Vicario Capitular les proporciona parte del dinero necesario para ocupar una modesta vivienda en la calle Grenouillère. A Cartel y Chaplain se les unen María Conan y Julia Bagot, hija de un antiguo alcalde de Saint-Brieuc, que por haber perdido a sus padres a muy tierna edad, se siente particularmente llamada a dedicarse con un cuidado intenso a esa misión. Estamos a primeros de octubre de 1817.

Poco después, y además de ocuparse de las huérfanas, establecen cursos de catecismo para niños y niñas. La experiencia dura un año y no resulta satisfactoria: la asistencia es muy irregular. Con el apoyo de Juan María, María Ana Cartel se da cuenta de que el mejor medio de atraer con regularidad a toda esa “ruidosa clientela” es añadir cursos de lectura, escritura, cálculo, trabajos manuales. Gracias a ello aumenta el número de alumnos y se reduce el absentismo. A las cuatro iniciadoras se les añade una docena de muchachas sencillas, sensibles, para llevar adelante entre todas las actividades que van creciendo.

Pero al convertirse la obra en una especie de escuela, donde aumenta el número de externas, Julia Bagot siente honestamente que se va perdiendo algo del espíritu inicial, y que lo mejor es dedicarse a las chicas huérfanas. María Cartel no quiere separarse de las otras. Para dirimir el pleito recurren a Juan María quien contesta: tenemos que llevar adelante las dos obras.

Se produce así la separación amistosa. Julia Bagot instala a sus huérfanas en los locales del antiguo obispado mientras que María Ana Cartel sigue en la calle Grenouillère.

Aconsejadas por el Vicario Capitular, las señoritas Cartel, Conan y Chaplain, se consagran la noche de Navidad de 1818 con votos privados en la Capilla de Nuestra Señora del Refugio. Ocho días más tarde se les agrega Esther Beauchemin haciendo el mismo acto de donación.

Camino de nueva Congregación

Tras ocho meses de prueba Juan María la Mennais recibe sus votos públicos. Pero no se trata todavía de una nueva fundación, pues él no había pensado en fundar congregaciones. Está abierto a las llamadas de las personas, de los acontecimientos, de la historia, y la perspectiva se le abrirá paso en su vida de forma insospechada. Había recibido sus votos como asociadas a la Sociedad de Hijas del Corazón de María que había fundado el P. de Clorivière en tiempos de la revolución y de cuya Sociedad del Sagrado Corazón él mismo había formado parte. Era sin duda lo más conveniente para estas mujeres pues tanto María Ana Cartel como Fanny Chaplain debían ocuparse del cuidado de su hermana y de su padre, respectivamente. Por otra parte, el señor Chaplain, era ardiente defensor del método de enseñanza mutua y por ello enemigo encarnizado de Juan María. Podría ser mejor pertenecer a una sociedad así, sin una comunidad rígida, como “religiosas en el mundo”.

Escribía a la Superiora general de la Sociedad, la señora Saisseval: *Conocedor de cuánto bien hacen las Hijas de María en los lugares en que están, he querido formar algunas en Saint-Brieuc y felizmente lo he conseguido. Desde hace tiempo me proponía el informarte de mis gestiones pero diversas circunstancias me lo han impedido... Tres señoritas de gran mérito y probada virtud, Conan, Cartel y Chaplain han pronunciado sus*

votos el 15 de agosto; habían hecho la consagración el 8 de septiembre de 1818⁸⁴»

Mientras tanto ha ido aumentando el número de alumnas y sucesivamente ha habido que ir buscando nuevos locales, alquilados, amueblados y arreglados por Juan María que cuenta con la generosidad de un bienhechor, el señor Sébert. Y a los sucesivos locales los llama “Providencia”, con el sabor a cuidado tierno, a protección envolvente, a calidez, a confianza despreocupada...

Cuando pasaron a un palacete de la Porte-Taron, la escuela se abrió el 19 de marzo de 1819 y 10 días más tarde eran doscientas las alumnas que iban a la misa solemne. Tres meses más tarde son 400. Y no es sólo el número lo que se amplía, sino las ofertas educativas:

«En este momento tenemos siete clases: tres de lectura, dos de escritura, una de bordado y otros trabajos manuales, una de costura; las obreras de esta última clase se ganan el sustento porque se les entrega el producto de su trabajo; en total, tenemos cuatrocientas alumnas externas que reciben gratuitamente una educación cristiana. No les pedimos absolutamente nada. Un laico excelente ha puesto a mi disposición fondos suficientes para que las cosas vayan así. La casa que hemos alquilado es amplia y cómoda, en ella he montado una pequeña capilla interior en la que se reúne dos veces al mes la Congregación de chicas que se formó a partir de nuestra misión y de la que yo soy director⁸⁵».

Este alojamiento resulta insuficiente al poco tiempo, se le rompen las costuras por la demanda de nuevas alumnas. Se impone una solución definitiva. El 19 de junio de 1820, Juan María adquiere parte del convento de Ursulinas. Son el Sr. Sébert

⁸⁴ A Mme de Saisseval, Saint-Brieuc, 9 de septiembre de 1819.

⁸⁵ *Id.*

y su hermana Antonieta los que procuran al Fundador la suma necesaria para la compra.

Más tarde nuevas adquisiciones iban a completar la obra hasta configurar lo que actualmente se llama en Saint-Brieuc La Providencia. Cuando hoy se llega a allí, en el tímpano de la entrada aparece una escena familiar, con un fresco sabor tierno a Evangelio: Un Jesús que acoge, abraza y arropa a unas niñas y jóvenes.

Las Hijas de la Providencia

Por las fechas de la adquisición de esos terrenos, las relaciones del nuevo obispo de Saint-Brieuc, Mons. de la Romagère con su Vicario General, Juan María, se hacen tensas, hasta llegar a su destitución el 31 de enero de 1821.

El Obispo le confirma en “el cuidado y administración de las escuelitas de las que se había dedicado hasta la fecha muy útilmente”. Pero cesa de ser responsable de las comunidades religiosas, y, por tanto, ya no es superior de esas mujeres discretas, abnegadas, sencillamente buenas de la Providencia.

Le duelen las intrigas que quieren desposeerle de la propiedad misma de la casa, pero más le aflige el ver el grupo de mujeres solas, sacudidas hasta la amenaza. Por eso escribe a la Superiora general de la Sociedad de Hijas del Corazón de María:

«Encargo a mi hermano que va a París el informarte de la posición en que me encuentro desde la llegada del Obispo de Saint-Brieuc a su diócesis; es tal que no puedo fiarme de mantenerme en ella más de un mes o dos. Las señoritas que dirigen la Casa de la Providencia, al saber que se exponían a perderme, y queriendo dar más solidez a su centro, han creído que había que transformarlo sin dilación en comunidad religiosa y tomar medidas para que se apruebe legalmente; esto no se puede

armonizar con los reglamentos de la Sociedad, y cambia enteramente mis primeros proyectos; pero creo ver en los acontecimientos extraños que se oponen a su ejecución, un designio particular de la providencia, y me dejo conducir por ella⁸⁶ »

Aquí siente la llamada recia de Dios que le pide hasta cambiar totalmente los caminos previstos, los horizontes de futuro que personalmente se había diseñado. En la vida, en la voz de las personas, en los acontecimientos opacos, Dios le llama y lo dirige, se revela y traza nuevas sendas. Por sus dificultades con el Obispo, Juan María de la Mennais decide constituir a sus Hijas en Congregación autónoma. Así se convertirá en Fundador con autoridad y poderes propios, no vinculados a su condición de Vicario General.

Así, el 25 de marzo de 1821, las “señoritas” Cartel, Conan, Chaplain y Beauchemin reciben unas nuevas Reglas y de acuerdo con ellas pronuncian sus votos. Nace así, de forma súbita, con las urgencias del Espíritu, en una capilla interna de la Providencia, una nueva Congregación: las Hijas de la Providencia.

Sencillo, elemental y, al mismo tiempo, hondo, trascendente. Un gesto que inicia la historia de una nueva Congregación, llamada a correr los tiempos y los espacios del mundo.

El 21 de noviembre de 1822, las cuatro pioneras reciben de las manos del Fundador un hábito religioso. Y a los dos días Juan María sale hacia París como Vicario General de la Gran Capellanía de Francia.

Las deja solas, recién nacidas. ¿Abandonadas? Se quedan haciendo carne el nombre que han recibido, siempre van a ser “hijas de la Providencia”. Nunca mejor cuidadas.

⁸⁶ A Mme de Saisseval, La Chesnais, 29 de enero de 1821.

Un vigoroso y temerario hombre rural

Pocos puntos de contacto tiene este hombre con Juan María. Visto desde fuera.

Es alto, vigoroso, decidido y, a la vez, sus ojos y su sonrisa desenmascaran un interior bonachón, plácido.

Es hombre de tierra adentro, nacido en Beignon, en el interior de la Bretaña. No ha sentido el embrujo, las ensoñaciones y los proyectos que el mar produce, como Juan María.

No ha conocido las comodidades de un palacete, ni una infancia cómoda. Vive en la casita de los rudos campesinos bretones, de una habitación y un pequeño alto, impregnada por el olor y el color del humo del hogar familiar.

No ha podido gustar el sabor mágico de los libros. Pero aventaja a Juan María en el conocimiento de la textura de la tierra, la hostilidad de los terrones, la maravillosa rectitud de los surcos...

Los dos han sentido el mismo dolorido vacío infantil, la muerte de su madre. Uno a los seis años, el otro a los siete.

Frente a la empresa familiar de barcos y transportes de Juan María, él ha ejercido ya el oficio familiar, pastor de rebaños durante algún tiempo.

Y a pesar de estas diferencias, este hombre va a anudar con Juan María la amistad más leal, fraterna y confiada. Es Gabriel Deshayes.

En el año 1782 el adolescente Gabriel, de quince años, entra en el Seminario de Saint-Servan, que dirigen los paúles (lazaristas), el seminario que estaba muy cerca de la casa familiar de la Amelia, donde pasaba temporadas el niño La Mennais. En 1788 está en Saint-Méen, el seminario mayor, que será más tarde lugar de referencia de una Congregación sacerdotal dirigida por Juan María.

Cuando llega la Revolución está en las puertas de la carrera sacerdotal. En septiembre de 1790 es ordenado diácono. Y luego,

bajo el nombre clandestino de “Grand’Pierre” se encubre un Gabriel Deshayes, arriesgado hasta la temeridad que va haciendo de correo entre los sacerdotes no juramentados, transmitiendo consignas, haciendo llegar breves del Papa, tejiendo una red pastoral entre los campesinos y obreros.

Y un día llega hasta Saint-Malo, a la espera de poderse embarcar rumbo a Jersey, donde culminar su carrera sacerdotal. En las mismas murallas en que jugaba Juan María, o contemplaba un horizonte iluminado, o inspeccionaba a los hombres extraños, de mirada huidiza, buscando un sacerdote camuflado, Gabriel esperaba una voz. Sólo una voz. Y sonó firme un día de brumas y salitre: “¿Quién quiere embarcar ?”

Así navegó hasta Jersey donde el 4 de marzo de 1792 es ordenado sacerdote por Mons. Le Mintier, obispo exiliado. Regresa a Francia 8 días después de su ordenación. Le queda la aventura audaz de sacerdote proscrito. Será molinero, campesino, capitán... cualquier apariencia le sirve para mantener la fe y cultivar la esperanza de la gente como él, sencilla, recia, arriesgada.

Firmado el concordato de 1801, el P. Deshayes puede ejercer su ministerio a la luz del día. Primero en Paimpont, y luego en su pueblo natal, Beignon. Pero hay un fuego vibrante en ese hombre robusto, de manos rudas y ásperas, de sonrisa y mirada cálidamente arropadora, que hace que el Obispo le confie la predicación en la misma catedral de Vannes e informe de ello elogiosamente al mismísimo Portalis, ministro de Cultos:

“El Sr. Deshayes predica en este momento el tiempo cuaresmal en mi catedral y lo está haciendo a gusto de todos”⁸⁷.”

El Obispo le coloca como párroco de Auray, pequeña ciudad que cuenta con 3000 habitantes en la época, centro de peregrinación de toda la región bretona que venera allí a Santa Ana

⁸⁷ Archivos del Obispado de Vannes. *Correspondencia Pancemont*, Carta del 29 de Ventoso del año XII (20 de marzo de 1804).

con una devoción sobria y muy enraizada. Para justificar y autorizar su nombramiento razona al Ministro así: *“Este sacerdote merece ocupar este puesto por sus cualidades y por el buen espíritu que lo anima”*⁸⁸.

Gabriel es el tipo de cura bueno y campechano, mucho más dado a las cosas prácticas que a las altas elucubraciones intelectuales, hombre de una sensibilidad social fuera de lo habitual.

Comienza por restaurar el hospicio, donde están reunidos los más desvalidos: ancianos, niños abandonados, minusválidos. Ya nunca más se sentirán desamparados por la certeza de la solicitud de aquel sacerdote.

Y en época de escasez y de penurias, organiza medios diversificados para paliar el paro y la mendicidad crónica. Abre aquí un taller de hilatura, monta allá cuadrillas para el arreglo de carreteras, en cualquier lugar donde ve necesidad, le hierve la sangre; y prefiere derramarla, antes que aquietarla en la rutina o el letargo.

Asiste discretamente a los pobres vergonzantes, los que perdieron su riqueza en los avatares de la vida... Y se vuelca sin medida en la cárcel, porque allí el dolor, el vacío es más abrasador y desesperanzado, porque allí el hacinamiento, la miseria moral, la ociosidad hacen que las horas de cada día sean sólo un espejismo de vida. Allí está él con dos señoras, integrando la ayuda material, la presencia, la amistad, la catequesis.

El gobernador civil, prefecto Jullien, deberá escribir desconcertado al Ministro del Interior: *“Esta ciudad pequeña tiene más centros caritativos que casi todas las demás del departamento”*⁸⁹.

⁸⁸ *Id.*

⁸⁹ Archivos Nacionales, F10 III Morbihan.

En el encuentro decisivo con los niños

Pero donde siente el fuego más hondo, la trepidación interior más animosa es cuando se encuentra con los niños. En las lecciones de catecismo, en el trato asiduo con ellos. Cuando llega a Auray no hay una enseñanza primaria organizada y en conversaciones con la Sra. Molé, fundadora de las Hermanas de la Caridad de San Luis, consigue asegurar una enseñanza sistematizada para las niñas. En el convento llamado de « El Padre Eterno », va a funcionar así desde 1807 una escuela gratuita para las niñas de Auray.

Para los chicos, piensa en los Hermanos de La Salle y se dirige al que en aquel momento era la autoridad máxima de la Congregación. Si en 1790, los Hnos. de las Escuelas Cristianas eran 920 y dirigían 123 centros, en 1805, después de los vendavales revolucionarios, no son más que 60 y 15 escuelas. La respuesta del Vicario General de los Hnos. de La Salle es escueta: «*Habrà mucho tiempo que esperar, antes de que le pueda mandar Hermanos*⁹⁰.»

Pero Deshayes es un hombre habitado por un fervor inmune al desaliento. A su insistencia, añadirá la del Obispo a quien ha recurrido. Y espera. En 1810 es elegido el Hno. Gerbaud como Superior General, y dos meses después de su elección, accederá a la petición de Gabriel, enviando a tres Hermanos: Geroncio, Bonifacio y Mateo.

Ha resuelto el problema, « su » problema, pero hay una herida abierta en toda la piel de Bretaña, los pueblos pequeños a los que nadie va, a los que no pueden ir por exigencias de unas Reglas que reclaman la presencia de tres religiosos para poder formar comunidad. Para llegar hasta el extremo, Gabriel Deshayes piensa entonces en organizar unos maestros que puedan ir a donde los Hermanos de la Escuelas Cristianas no pueden llegar, a las

⁹⁰ Archivos de los FEC, Roma, NC 399, dossier n° 2.

fronteras remotas, minúsculas, pero evangélicamente fascinantes, las aldeas bretonas más perdidas.

En su casa sacerdotal de Auray recibe a un grupo variable de jóvenes para prepararles a esa misión. El número oscila, sujeto a las fluctuaciones de las llegadas y salidas de los tiempos pioneros. Sabemos el nombre del primero que permaneció junto a él, Maturin Provost.

El grupo es sencillo, elemental. Un manojo de buenas voluntades, torpes en palabras, algunos analfabetos, varios sin conocer una sola palabra de francés..., pero ricos en fe y en entusiasmo.

En estos inicios llegamos hasta familiarizarnos con un vocabulario de marcado tono religioso: noviciado de Auray, hábito, hermanos... pero no fue tan claro el pensamiento de Gabriel.

Al principio pensó sólo en un grupo de profesores sin votos, sometidos al celibato, y bajo la dirección de un Hermano. Luego proyecta la solución de una orden tercera, afiliada a la de los Hermanos de La Salle, bajo su dirección y responsabilidad. Pero el Capítulo General de éstos rechaza la propuesta, aunque, mientras Deshayes espera la fórmula jurídica definitiva, obtiene del Superior General el permiso de figurar, frente a las autoridades académicas, como «agregados, asociados y alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas »

La fórmula llegará más tarde, después de haberse encontrado, una mañana de 1817 en Saint-Brieuc, con Juan María de La Mennais, que está incendiado de las mismas intuiciones. Allí, Gabriel Deshayes reconocerá, por la fuerza afectuosa de la palabra de Juan María, que el camino mejor, el único destino, es hacer una Congregación religiosa.

Más tarde anudarán para siempre los dos grupos de hombres sencillos, elementales, recios, verticales que cada uno atesoraba.

Si Gabriel Deshayes llevaba consigo, por raíces vitales, la textura de la tierra, la hostilidad de los terrones, la maravillosa rectitud de los surcos... dio a la Congregación de la Instrucción

Cristiana (Hermanos Menesianos) la nota del camino hacia los últimos, el ir a donde y a los que los demás no van:

“La Providencia me había inspirado el pensamiento de crear una Congregación de Hermanos para los pueblos pequeños y las aldeas que no pueden tener a Hermanos de las escuelas Cristianas⁹¹”.

Un lugar: Auray

Es septiembre y hace un tiempo extraño para esta época. El sol cae fuerte. Se nos hace el trayecto fatigoso. Y nos protegemos con la escasa sombra que nos dan los aleros de las casas. Todo parece colgar inmóvil, el aire, las flores de los parterres, la emoción del encuentro. Sería como entonces, suponemos.

Habrían venido, como nosotros, más emocionados sin duda a esta iglesia a la que habían sido convocados.

Leemos la guía turística: «Iglesia del Padre Eterno: Las Hermanas franciscanas llegaron a Auray en el siglo XVII para dirigir una escuela de niñas. El 1 de octubre de 1792 son expulsadas. Durante 15 años capilla y convento están abandonados. En 1807, a instancias del sacerdote Gabriel Deshayes, la Sra. Molé adquiere el convento e instala en él a las Hermanas de la Caridad de San Luis. »

Ha sido un alivio el cruzar el umbral de la iglesia. Las paredes albergan un oasis de sombra fresca, con olor a cera y silencio, como debió de ser en 1820. Aquí pasaron muchas horas, sentados, los ojos sorprendidos, mirando, escuchando, bebiendo las palabras encendidas de aquellos dos hombres que se iban turnando en conferencias y sermones.

Escuchándoles, tenían la luminosa certidumbre de que tenían un hogar, y Alguien que siempre les estaba esperando, y que por más

⁹¹ Al R.P Lamarche, Dominicó en Roma.

dificultades y muertes que tragaran, estaban llamados a vivir, que tenían la Vida a la vuelta de la esquina y que bastaba buscarla para que ella les encontrara.

Luego se quedaban aquellos 40 corazones, alborotadamente jóvenes, mirando al coro, en cuya parte central estaba el altar con el sagrario, rodeado de flores y volutas negras de los cirios...

Sigue el folleto: Se pueden apreciar las hermosas sillas del coro esculpidas en el siglo XVII, llevadas en 1835 desde la Cartuja de Brec'h.

Pero por encima de las sutilezas del arte, los 40 están embelesados por los peldaños que suben hacia el altar y que ahora sirven de asiento a Féli que sigue todas las intervenciones de su hermano y de Gabriel con gesto de atención reconcentrada, y por los techos, bajos, encalados que parece una lona blanca que cobija y protege a todos, y por la atmósfera que se parece a ese aire electrizado de los campos bretones antes de la descarga de la tormenta pero que en este caso está rebosante de buenos presagios.

Cuando miramos ahora esta iglesia, nos resulta inexpresiva para dar cuenta de lo que sucedió aquella mañana de septiembre de 1820.

Habían llegado hacía cinco días en dos grupos diferentes, algunos sin conocerse, de horizontes diversos, con historias que no se habían cruzado... Y aquella mañana iluminada recibieron un nombre común, y unos estatutos - Regla- que unificarían sus vidas, y una levita particular que les daría externamente una marca de familia común, y un lema - Dios Solo- que sería como la fuente de todos, donde abreviar espíritu y entusiasmos.

Entraron muchos, salieron uno. Entraron llamándose Jean, Pierre, Charles y salieron con un nombre común « Hermanos ». Entraron con los ojos inundados del azul brillante de las olas marinas, de los amarillentos de una playa transparente, o los ocreos de una larga franja de tierra, o del verde maizal, y al salir se cargaron sus pupilas de dos letras nada más, D S Dios solo, para ver el mundo a través de ellas.

Aquí fue el definitivo alumbramiento de la Congregación de la Instrucción Cristiana (Hermanos Menesianos).

Cuando salimos, el sol sigue encendido, pero más manso, y hasta sopla una brizna de viento que acaricia la cara y refresca los pasos. ¿Será así el soplo del Espíritu?

Tarde del jueves

Preparando una respuesta

Juan María siempre anduvo por la vida: mirándola con los ojos permanentemente bien abiertos en cada esquina a la sorpresa de Dios, que llama y requiere, invita y gozosamente compromete.

Pero hay una realidad que más que vocación se constituye frente a él en pro-vocación interpelante. Nunca pensó en fundar congregaciones religiosas, pero las urgencias se lo han requerido. Lo dirá años más tarde con una ironía veteada de modestia:

“Carnot es el verdadero fundador de los Hermanos; hay que dar a cada uno lo suyo. ¿Os extraña? Durante los Cien Días, Carnot presentó a Napoleón un informe sobre la organización de la enseñanza primaria. Esta obra cayó en mis manos en 1816. Durante el retiro del clero de Saint-Brieuc subí al púlpito y atraje la atención del clero sobre este punto negro apenas perceptible en el horizonte que me presagiaba una gran tormenta⁹².”

Carnot, viejo político y militar, había escrito ya en tiempos de la Revolución, en la que ocupó la presidencia del Comité de Salvación Pública, una circular que firmaba también Robespierre. Se leía entre otras cosas:

"Llebad a todos los espíritus a la razón, iluminadles, calentadles, persuadidles, no desarrolléis otro poder que el de la

⁹² Louis de Kergorlay en la *Revue provinciale*, mediados de abril de 1849.

instrucción... y en seguida las tempestades y las nubes del fanatismo desaparecerán ante el sol de la razón".

Ahora con Napoleón, asume el Ministerio del Interior, y publica el "Informe Carnot", que no es sino una reedición de las mismas ideas de entonces, ahora reverdecidas, un poco maquilladas, pero respondiendo al mismo principio: "*La moral camina al paso de la instrucción para que la instrucción sin moral no despierte necesidades más peligrosas que la ignorancia*". Todos estos principios orientarán el establecimiento de la "Enseñanza mutua", que va a inundar la geografía francesa con aires de modernidad y progreso.

El arranque de la « escuela mutua » se debe a Andrew Bell en la India y se aplicó en Gran Bretaña por Joseph Lancaster que fundó una escuela en Southwark. Se difundió por Europa a comienzos del siglo XIX.

En Francia estaba en vigor el « método simultáneo » puesto en marcha desde 1684 por S. Juan Bautista de La Salle para sus Hermanos de las Escuelas Cristianas: la escuela se divide por niveles, los alumnos tienen un profesor que controla el aprendizaje. Para que el sistema se sostenga y sea funcional, se necesita un personal importante y local adaptado.

En el sistema de la « enseñanza mutua », un maestro controla el proceso de enseñanza que es dado por otros alumnos de nivel superior que ejercen como monitores. Esto supone, sin duda un ahorro en personal y una enseñanza más económica. Pero si la enseñanza mutua como proceso pedagógico era moralmente indiferente, los promotores en Francia del método querían utilizarlo para secularizar la enseñanza.

En este momento las congregaciones religiosas, que habían sido autorizadas de nuevo a organizar la enseñanza, empiezan a tener un rápido auge que inquieta a los medios liberales y anticlericales. Para establecer una alternativa y con una manifiesta voluntad de una enseñanza laica, se organiza una pujante asociación, la

“Sociedad” (Sociedad para la enseñanza elemental) que va cuajando en la mayor parte de las provincias.

El programa de creación de escuelas por parte de la “Sociedad” se enfrentaba con una gran penuria de maestros y para paliar esta dificultad se recurre a la enseñanza mutua. Por eso bajo la capa de términos asépticos se encierran ideologías que van mucho más allá de las puras palabras.

El « hombre entero »

Juan María de la Mennais ve el peligro de una educación desprovista de valores cristianos y él quiere una educación del "hombre entero", atenta a la educación de la inteligencia, pero también del corazón, de la memoria y de los sentimientos, de los valores, de las actitudes. Una educación en la que los educadores no reduzcan al hombre a un mero stock de cifras y datos, sino en la que vivan, acompañen, compartan las alegrías y los desencuentros de los jóvenes, cargando de sentido sus palabras y presencias. Y sobre todo, una educación que posibilite al joven descubrir en Jesús el prototipo de ser humano al que seguir. Proponer a los alumnos llegar a ser « discípulos de Jesucristo ».

El gobierno favorece por todos los medios a su alcance las escuelas mutuas frente a las que no lo son. No hay verdadera libertad de enseñanza.

Aunque recitan algunas oraciones en clase y se aprende de memoria la letra del catecismo como se aprende una lista de nombres geográficos, la clase en sí es neutra y en manos de los maestros que van siendo educados por la Sociedad, de un confesado secularismo, sin intentar la profunda integración entre instrucción, educación, y anuncio de Jesucristo, tal como soñaba la escuela Juan María.

“Nos hacéis observar, que está escrito en los reglamentos de vuestras escuelas que la oración será recitada por las mañanas y

*las tardes, el catecismo se enseña, el Evangelio se aprende de memoria, y que los niños irán todos los domingos a misa. Que esto esté escrito no lo niego, pero que no haya más que hacer para que una escuela sea verdaderamente cristiana, lo niego*⁹³”.

A Saint-Brieuc ha llegado la notificación oficial de que pronto llegará el maestro de la escuela mutua. Juan María quiere dar respuesta inmediata llamando a los Hermanos de La Salle y consigue del Ayuntamiento que vote los créditos precisos para la dotación de la nueva escuela.

Es el día 10 de mayo de 1817. Hace tiempo que Juan María ha leído en « El amigo de la Religión » un artículo sobre el Padre Deshayes y sus obras. Por si el Superior de los Hnos. de La Salle no atiende su petición, había escrito al Padre Deshayes para que con sus jóvenes se hiciera cargo de la escuela. Y éste, más dado a la conversación tranquila que a los informes escritos, va a Saint-Brieuc a encontrarse con el Vicario General, el Sr. de La Mennais. Y aunque no se creyó capaz de aceptar la proposición de Juan María, nace en ese día una relación profunda, fraterna, de comunión de corazón y de intereses.

Escribe ese mismo día una carta al Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el Hno. Gerbaud, con acentos desesperados

“Le ruego con las súplicas más vivas, que acoja nuestra petición; si se niega, me quedaría desconsolado, porque preveo que más pronto o más tarde, se creará aquí como por todas partes, una escuela lancasteriana y entonces no tendríamos ya ninguna esperanza de tener en esta ciudad una escuela cristiana”.⁹⁴

En la carta hay unas líneas de recomendación firmadas por Gabriel Deshayes por la cercanía personal con los Hermanos de la

⁹³ Folleto 1819.

⁹⁴ Al Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, 10 de mayo de 1817.

Salle, ya que había conseguido la presencia de tres de ellos en Auray.

“El Sr. de la Mennais me pide que me una a él para que usted conceda a la ciudad de Saint-Brieuc un centro de Hermanos suyos. Yo me rindo a su invitación. No encontrará un sacerdote más celoso y respetable a quien complacer y espero que usted no tendrá más que razones para felicitarse por haber accedido a su petición”.

La respuesta es muy clara: *"Le puedo mandar tres Hermanos a Saint-Brieuc como me pide, pero a condición de que Vd. por su parte me envíe tres novicios y pague sus gastos en el noviciado."* Juan María obtendrá esos tres postulantes de tres jóvenes buscados por Gabriel Deshayes. Él se encargará de los gastos.

Ha sido capaz, con la ayuda del cura de Auray de sortear una dificultad. Pero las urgencias aparecen cada día con nuevo rostro y va sintiendo que hay que ser creativo, que algo o Alguien le pide respuestas nuevas. El caso de Pordic es otro aldabonazo.

Pordic es un pueblo pequeño de la diócesis de Saint-Brieuc. Ha estado predicando una misión y ha percibido una gente sencilla, dispuesta y generosa. Para dar continuidad a la tarea evangelizadora que ha empezado, para estructurar una respuesta mucho más articulada, nada mejor que una escuela. Pordic sólo necesita un maestro. No puede recurrir a los Hermanos de La Salle, pues su Regla no les permite ser menos de tres. Recurre al Padre Deshayes. Éste le proporciona el maestro. La escuela se abre en los primeros meses de 1818.

Ha cerrado un problema, pero se le abierto una brecha en el alma. ¿No estará él urgido para llegar donde todavía otros no llegan? ¿La experiencia de Pordic no será posible en cientos de aldeas bretonas?... Hay una frase del libro de las Lamentaciones que le despierta y hiere todos los días el alma, dejándosela en pura carne viva: "Los niños piden pan y no hay nadie que se lo reparta".

La respuesta definitiva

La enseñanza mutua se va extendiendo por Francia. Con todo, algunos pintan el cuadro con tintes un poco exagerados. "Su triunfo crece todos los días, marcha con pasos de gigante; recorre Europa, da la vuelta al mundo, la tierra le pertenece".

Cierto que no faltan los impulsos y los alientos del Ministerio, cierto que la "Sociedad" fundada por Carnot como organización de reflexión es omnipresente en los centros de consulta y decisión educativa del país.

Juan María se multiplica en mil acciones para contrarrestar esos efectos. Sensibiliza al clero en retiros y reuniones sobre los peligros de ese tipo de enseñanza. Predica a las familias sobre la importancia de la educación. Les organiza para que abran escuelas para sus hijos. El 20 de septiembre de 1818 escribe un opúsculo contra la enseñanza mutua...

Pero el detonante ha sido el 20 de marzo de 1819.

En Saint-Brieuc llevan ya tiempo en una batalla escolar entre la escuela dirigida por los Hermanos de La Salle y la escuela mutua que dirige el Sr. Remond, formado en París. Si éste cuenta con los apoyos oficiales, los primeros gozan del calor del pueblo. Pero el 20 de marzo, el Sr. Remond lanza una circular. "*Como tenemos aquí la escuela modelo, varios maestros y maestras han venido a ponerse al corriente del método para establecerlo en seguida en sus ciudades respectivas, de modo que en poco tiempo, tendremos varias escuelas en el departamento*".

Fundador, de improviso

Juan María responde de inmediato. Es hombre de respuestas rápidas. De golpe, todo lo que hasta entonces eran puras intuiciones, se le aparecen como una evidencia largo tiempo presentida. Ha sido la última abertura para dar paso a la definitiva iluminación interior. El mismo día escribe al cura de Roche-Derrien pidiéndole que le busque "sujetos para la próxima sociedad de maestros que piensa fundar lo antes posible".

El sacerdote se pone a la búsqueda y podrá presentarle a tres sujetos. Uno de ellos, el que va a continuar, es Yves Le Fichant, joven de 18 años que morirá a los 21 en el colegio de Guingamp. Nada más pequeño, silencioso, y frágil. Un comienzo de pobre sementera, pero enriquecida por el rocío silencioso, humilde y tesonero, de fundamentales certezas: en las manos de Dios estamos.

El gestor eficaz, el organizador competente que es Juan María se ve siempre sorprendido por el acoso de Dios, que le marca caminos desconocidos e imprevistos.

“He comenzado mi obra en mi habitación de Saint-Brieuc con dos jóvenes de la baja Bretaña, que no hablaban casi el francés y que no sabían, más que yo, lo que íbamos a hacer. Sabíamos solamente que queríamos, con la ayuda de Dios, establecer escuelas cristianas en nuestras aldeas campesinas, o donde temíamos que se iban a establecer, a pesar nuestro, las malas. Poco a poco, el grano de mostaza, se ha transformado en un gran árbol, bajo el que vienen a cobijarse gran cantidad de niños. A Domino factum est istud. Es el Señor quien lo ha hecho⁹⁵.”

Por la mañana acuden a la escuela de los Hermanos de La Salle y por la tarde perfeccionan su francés con la conversación con Juan María; y en su trato acogedor, familiar se les va a ir transfundiendo, por lenta impregnación, su espíritu y su tono. A

⁹⁵ Al sacerdote Boucarut, 12 de enero de 1844.

este primer acompañamiento se dedica gustosa y tenazmente. Por eso escribirá desde la Chesnaie su hermano Féli a la Srta. de Lucinière:

*“Saldremos a finales de agosto para París. Desgraciadamente mi hermano no estará de viaje: un noviciado de **hermanitos** que ha fundado en Saint-Brieuc, en su misma casa, no le permitirá ausentarse⁹⁶.”*

Dos meses y medio más tarde, el 6 de junio de 1819, se reúnen Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes y después de 8 días de estar juntos, rezando, reflexionando, firman el "tratado de unión", por el que unen sus ideas y sus recursos humanos. Por medio de él, conjuntaban sus esfuerzos para "procurar a los niños de las clases populares, especialmente los de las zonas rurales de Bretaña, maestros sólidamente piadosos."

Así se gestaba la Congregación de Hermanos Menesianos. Con la firma de un documento por el que dos hombres de Dios ponían en común sus intuiciones, sus esfuerzos, arrobas de fe y un puñado menguado de hombres para educar, acompañar, sostener a los jóvenes... y esperar con ellos.

Juan María convencerá a Gabriel para que lo que inicialmente éste soñaba como una organización de maestros se convierta en una sociedad religiosa.

“Digámoslo claramente: la educación, para ser buena, debe ser religiosa; lo mismo que para ser religiosa, debe ser confiada a hombres religiosos⁹⁷.”

Y en septiembre de 1820, en Auray, un grupo de 40 a 45 jóvenes están en Retiro. Son los discípulos de Gabriel Deshayes y de Juan María que por vez primera se reúnen para un acto decisivo. Van a recibir el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana, que les define ya como una autónoma congregación nueva, germen aún, débil, inerme, pero cargada de futuro.

⁹⁶ Archivos de los FICP, carton 80.

⁹⁷ Sermón sobre la Educación religiosa, 1833.

- la Regla que leída por Juan María y copiada al dictado por los directores de las escuelas daba al momento un nervio y un tono que transportaba a los tiempos de la Alianza antigua pues ésta también fue recibida « como un verdadero regalo del cielo »

-el lema: « Dios Solo » para recordar la centralidad de Él, único fundamento de su vida y su misión,

- el hábito: los Hermanos ya tenían su hábito, una levita normal, que se cerraba por la cintura y las dos partes se cruzaban en el pecho. Pero en este caso, los Fundadores tomaron prestados textos y ritos de la liturgia para solemnizar el ceremonial

- el voto de obediencia: lo hicieron unos veinte que fueron juzgados dignos y capaces, en los escalones del altar frente a los dos Fundadores que permanecían de pie. Los dos asentían levemente a cada fórmula, con una ligera inclinación de cabeza y un esbozo de sonrisa acogedora, asumiendo el sentido de las palabras y las personas que las pronunciaban.

Juan María estaba ya encontrando el eje medular de todos sus proyectos. Ese día había nacido la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, los Hermanos Menesianos, y de repente, Juan María descubría el sabor nuevo, jugoso y denso de la palabra « Fundador »

Al año siguiente, cuando de nuevo se reúnan para el retiro, hay una noticia familiar importante, el Padre Gabriel Deshayes ha sido nombrado Superior General de los Montfortianos, que en esos momentos cuentan sólo con siete miembros. Deberá despedirse de los Hermanos, para encaminarse à Saint-Laurent-sur-Sèvre, a dos centenares de kilómetros de Auray.

De nuevo se han reunido todos los Hermanos, y antes de que se produzca el alejamiento, se hace un reparto de novicios. Once seguirán a Deshayes a su nuevo destino y diez se quedarán en Bretaña. Por un acuerdo nuevo entre los dos Fundadores, Gabriel Deshayes será superior de los Hermanos que lo siguen y Juan María quedará como Superior de todos los Hermanos de Bretaña.

En adelante, Juan María de la Mennais va a llevar todo el peso de organización y animación de la nueva Congregación, pero el Acta de 1819 sigue en vigor. El Padre Deshayes tendrá rango y poder de Superior General del Instituto, y hasta su muerte, ocurrida veinte años más tarde, acudirá muchas veces al Retiro de los Hermanos. En su testamento dejará ordenado que el pulgar de su mano derecha se coloque en la misma tumba en que sea enterrado su fiel amigo Juan María.

Anochecer

Más que un atardecer, parece un esperado amanecer, un retorno liberador a la realidad, después de una noche cargada de sueños densos, con tintes de pesadilla.

Porque ahora, parece que hubiera estado dos años en un sueño pesado y sin sentido. El golpe punzante de la realidad, con sus quehaceres apremiantes, sus responsabilidades ineludibles, le servían a Juan María para poner orden y luz en todos los interrogantes que no había podido despejar en aquel largo año y medio de estancia en la ciudad que le seguía pareciendo un cuadro abigarrado, una babel confusa. Lo que para otros podría ser un dulce sueño, él lo vivía como en un duermevela resignado y cada mañana, al lavar su cara con agua fría, le venía con fuerza el despertar a la evidencia: no estaba entre los suyos, en la Bretaña del alma, sino en París, en la Gran Capellanía de Francia.

Apenas instalado en la gran Capellanía, el Obispo de Estrasburgo, príncipe de Croÿ-Solre, proponía al Rey como Vicario General a Juan María de La Mennais. El 9 de noviembre de 1822 el rey Luis XVIII estampaba su firma en el nombramiento, y a Juan María le llegaba la notificación el 16 de noviembre de 1822.

Se había hecho de rogar. No le tentaba la corte y creía que su puesto estaba en Bretaña, donde estaban sus dos Congregaciones recién fundadas, como dos recién nacidos que reclaman cuidados, ternuras, desvelos.

Sólo la insistencia del Rey- ¿necesitó realmente enviarle tres cartas de su puño y letra para vencer sus resistencias? - y su sentido de obediencia le hicieron aceptar el puesto.

Todas las tardes, con la frescura de la brisa parisina, se le agolpaba en la conciencia un rosario de preguntas que constantemente respondía para tener despierta el alma, sin el sopor que podía producirle el vértigo de París, la vorágine de la corte, que otros muchos anhelaban.

Y allí empezaba el largo rosario de preguntas:

En la Gran Capellanía

¿Había medido con justeza lo que significaba la Gran Capellanía de Francia?

Ahora se daba cuenta de todo lo que de ella dependía: los maestros de ceremonias, sacristanes y músicos de la Capilla del Rey, los capellanes de diversos castillos pertenecientes a la Corona, los capellanes de la Casa de los Príncipes, de la casa militar del Rey, de los regimientos de la guardia y del ejército, de la escuela militar de Saint-Cyr y también el Capítulo real de Saint-Denis. Una especie de diócesis dispersa dentro de otras, salpicando la geografía de toda Francia, aunque lo más aparente estuviera en París.

Le resultaban grandes y exigentes las atribuciones del gran Capellán: liberar a los presos en ciertas circunstancias memorables para la Corona, ir a la derecha del Rey en las procesiones, disponer de los fondos destinados por el Rey para limosnas, y sobre todo,... proponer los nombramientos de Obispos

Lejos de los suyos

¿Para qué un nuevo camino, lejos de sus raíces y sus paisajes?

Al final, se había sentido cómodo en Saint-Brieuc, sin oficio ni beneficio. Dos días después de su entrada en la diócesis, el nuevo obispo, Mons. Le Groing de la Romagère, le mantuvo en su cargo de Vicario General. Pero desde el principio, las relaciones entre los dos hombres fueron deteriorándose hasta que la atmósfera se hizo irrespirable. Mons. de la Romagère durante la Revolución había llevado la vida heroica y accidentada de los sacerdotes no juramentados. En la época del Terror fue encerrado en los siniestros pontones de Rochefort y llevaba hasta en sus carnes las huellas de los sufrimientos de aquellos días.

Todos admitían de buena gana que el Obispo era un hombre piadoso y sacrificado pero sin las cualidades requeridas para llevar adelante la diócesis. De corta cultura, y larga vanagloria.

Mientras esperaba las Bulas de nombramiento desde Roma, pasó por París, y fue a saludar a Féli, que escribe a su hermano:

“Temo el momento en que entre en la diócesis. No es que le falten, a su manera, la piedad y el celo. Pero qué pobre hombre. ¡Qué pesado!... Frayssinous⁹⁸, que no es sospechoso, le tiene por original sin curación, ¡ah! y el Obispo me ha dicho de ti cosas muy halagadoras.”

El nuevo obispo es rudo y tan expeditivo como torpe en la administración: decide sin consultar, en las sesiones del Consejo episcopal se muestra distraído, lento en concebir, consagrado a minuciosas discusiones interminables. Quiere que el pueblo sepa que las cosas se hacen gracias a él. Sus sermones son incontinentes y plumbíferos y tiene detalles como el de interrumpir un día su oración fúnebre sobre el duque de Berry para recordar a su

⁹⁸ Sacerdote, gran predicador, de la escuela de San Sulpicio, y que en este momento es Director General de Universidades.

auditorio que santificar las fiestas es incompatible con la pesca de ostras.

Acostumbrado a su antiguo Vicario Capitular, joven, culto, eficaz y dinámico, el pueblo pierde pronto el respeto a su prelado y las autoridades de Saint-Brieuc solicitan de París que abandone la diócesis.

Jamás se ha visto un lío semejante, escribe Juan María que ve, apenado, que su presencia junto al Prelado no tiene ya sentido y presenta su dimisión, que no es aceptada por el Obispo, visto el gran ascendiente de Juan María en la diócesis. Después de cuatro meses, le escribe exponiendo con respeto y obediencia, pero con lúcida claridad, la situación en que se encuentra la diócesis. El Obispo nombra a otro Vicario General, y Juan María recibe la noticia de su destitución el 3 de enero de 1821.

Para evitar reacciones de adhesiones que empiezan a insinuarse, para no permitir ser utilizado como bandera contra el Obispo, se retira un par de meses a París para que los nervios se enfríen en Saint-Brieuc. A su vuelta, se dedica a predicar en los pueblos y visitar sus fundaciones.

Por eso a Juan María en el París de todas las maravillas, mientras despachaba la correspondencia, mientras trataba de resoluciones de altos vuelos, mientras oraba... o mientras dirigía los ojos a la luna que era la misma que bañaba de luz a los hijos e hijas que había dejado huérfanos, se le empañaba la mirada y sólo acertaba a decir, a decirse:

“Amemos a la Iglesia. El amor es fuerte como la muerte y por consiguiente ningún sacrificio nos parecerá excesivo cuando se trate de servirla. Le sacrificaremos nuestra fortuna, nuestra familia y nuestra vida. Haremos más todavía, le sacrificaremos nuestra voluntad y lo más íntimo que podamos tener.”

La corte

¿Qué hace un rudo bretón en la corte?

Le hubiera bastado ver la lista de los anteriores Grandes Capellanes después del paréntesis de la Revolución, para sentir un sobresalto de sorpresa y miedo.

1805-1814: Joseph Fesch, tío de Napoleón, cardenal, arzobispo de Lyon y primado de las Galias

1814-1821: Alexandre Angélique de Talleyrand-Périgord, noble, se negó a firmar la Constitución civil del clero, muy vinculado con Luis XVIII, cardenal y arzobispo de París.

Cierto que él era sólo el Vicario General, pero el anterior Vicario, el sacerdote De Quélen, el amigo de Saint-Brieuc, ha sido ahora arrastrado por Mons. Talleyrand y era flamante obispo auxiliar de París.

Mientras pasea por los pasillos, recuerda el primer agobio, el primer sonrojo, cuando, llegado a París, pudo ver su sotana raída, no excesivamente pulcra y las botas recias, firmes, de trotacaminos.

Mientras preparaban sus aposentos, tuvo la suerte de estar unas semanas hospedado en casa de las “Feuillantines”, una pequeña comunidad fundada por el sacerdote Carron. El centro cobijaba a una cincuentena de huérfanas pertenecientes a familias nobles, arruinadas por la revolución. Féli encontró al grupo en Londres, en su autoexilio, durante los “Cien Días”. Y con una de las “señoritas” que dirigían el centro, la srta. Lucinière, los dos La Mennais, tuvieron una larga e intensa correspondencia. Lucinière escribía a Féli:

“El 28 de noviembre del año de los prodigios de 1822, nuestro buen hermano llegaba a las 9; a las diez, todo estaba en actividad para ataviarle, sastres, sombrereros, zapatero, vendedores de medias. Por fin, a las 2, la metamorfosis ha sido completa y el sacerdote Juan se nos ha aparecido peripuesto, vivaracho,

elegante y riéndose a carcajadas, lo mismo que nosotras. Será realmente divertido verle vestido con tejidos delicados, con dobles de seda, “a la francesa”, es decir, en traje cortesano⁹⁹”

A pesar de las delicadezas, de las artes en la costura, de los arreglos premurosos en casa de las “Feuillantines”, Juan María se verá obligado a escribir al canónigo de Vallongue, en vísperas de su toma de posesión como Vicario General:

“No tengo traje, y me será indispensable para la ceremonia. Le ruego tenga a bien el pedir a uno cualquiera de esos señores que me preste uno¹⁰⁰.”

Físicamente no vivió en la corte, sino en dos sucesivos palacetes, donde estaban los despachos de Vicario General, el “Hôtel d'Etampes”, en la calle Saint-Honoré y otro palacete situado en la calle Bourbon número dos. Pero tuvo que establecer relaciones personales o epistolares con figuras relevantes de la política de Francia.

Y sus obligaciones administrativas no le impedían su acción pastoral: predica regularmente a los ciegos de un hospicio que dependía de la gran Capellanía, dirige una asociación de hombres, es Superior de las Religiosas encargadas de las huérfanas de la Legión de Honor...

En el corazón de la Iglesia francesa

¿Cómo servir mejor a la Iglesia?

El servir a la Iglesia había sido su única preocupación casi obsesiva. Restituir a la Iglesia su valor perdido le había incendiado la conciencia en aquellos atardeceres en la Chesnaie, junto a las llamas crepitantes del hogar. Tal vez por esto, sólo por esto había llegado hasta aquí, a estos despachos llenos de legajos, a estas

⁹⁹ Ropartz, p. 316.

¹⁰⁰ Al sacerdote Vallongue, 21 de diciembre de 1822.

ceremonias suntuosas, muy lejanas de las elementales procesiones bretonas.

“El nombramiento de mi hermano, no lo deseaba ni él ni yo... Pero aceptando por fin la oferta que se le ha hecho, ha creído obedecer a una voluntad muy clara de la Providencia. Espero que lo proteja en su nueva posición y que haga en ella el bien. Es su única mira y será también su único consuelo de la pena que siente al abandonar su país en el que es tremendamente amado y los que deja tras de sí...”¹⁰¹ ”

Servir a la Iglesia desde el corazón de Francia donde se tomaban las decisiones con voluntad de futuro. ¿Cómo servir a la Iglesia aquí entre estos pasillos con olor a rezos y salterios, y con el indefinible tufillo a maquinaciones sutiles, a pugna por poderes? ¿Cómo servir mejor a esta Iglesia?, era su cantinela obstinada en aquellos amaneceres cuando su habitación se inundaba de luz dorada, envolvente y mágica.

El primer problema al que tuvo que enfrentarse era un problema de jurisdicción. Desde que dejó el cargo el cardenal Fesch, el Gran Capellán era a la vez arzobispo de París, pero ahora Mons. Croÿ no lo era y el titular Mons. de Quélen, amigo de Juan María y antiguo Vicario General de la Gran Capellanía como él, sostenía que su consentimiento era necesario para dar validez a los actos del Gran Capellán. Consultado el Rey, contestó escuetamente: “Señores, la gracia de Dios les debe bastar para resolver este problema”

Juan María estudia todas las implicaciones del litigio y, finalmente, presenta un reglamento que no disgusta ni a su Superior inmediato ni al arzobispo de París.

Servir a la Iglesia, a donde el Espíritu le llevara, por eso estaba allí en un ambiente distinto, distante. Frente a él se abría la posibilidad de influir en el nombramiento de obispos y cuando se ve la lista de obispos nombrados, se ve la mano de Juan María, que

¹⁰¹ Carta de Féli a la baronesa Cottu, del 29 de noviembre 1822.

nombra entre otros a tres bretones, pero con una mano llena de discreción y de tacto, capaz de nombrar a un obispo moderadamente galicano, para no provocar viscerales reacciones de rechazo.

Aparece el nombramiento de Monseñor de Lesquen, nombrado obispo de Beauvais y que será luego Obispo de Rennes, su amigo leal, cuya amistad él nunca negará, aún en los momentos de fidelidad más inclemente.

Bretaña otra vez en el horizonte

El veinticuatro de diciembre de 1823 el ministro Villèle disuelve la Cámara de diputados y convoca elecciones para el veintiséis de febrero de 1824. Cuando Juan María se entera de los candidatos que el Gobierno presenta en Saint-Brieuc, contrarios a la Iglesia y a la libertad de enseñanza, considera que su deber es dejar París y batirse contra el Prefecto e impedir que los candidatos ministeriales sean elegidos. La batalla parecía ganada, pero los fraudes electorales dan la victoria a sus adversarios.

Entonces, por orden del Ministro del Interior es destituido de su puesto de Vicario General de la Gran Capellanía de Francia por haberse opuesto abiertamente a los candidatos oficiales. Le dan otros nombramientos, pero la situación dura sólo unos meses. El veintiséis de agosto se constituye el Ministerio de Asuntos Eclesiásticos, y la Gran Capellanía continúa, pero con poderes restringidos.

Juan María vuelve definitivamente a su Bretaña, y aunque el puerto de amarre sea Ploërmel, mañana llegará a Saint-Brieuc y en primera escala visitará a la comunidad de sus Hijas de la Providencia. Nada más silabear este nombre se le refresca la memoria, se le aquieta el corazón y hasta el aire denso de París parece que se suaviza y aligera.

Y se deja envolver por un dulce sopor al hilvanar las palabras de arranque de su sermón. *“Providencia de mi Dios, oh Madre que*

Juan María de la Mennais

tantas veces he invocado....siempre tan buena, tan sabia, tan llena de piedad y de amor » Los mismos términos lo ciñen de una arropadora paz, mientras van asomando las frases y se despuntan las ideas.

La oscuridad se ha ido adueñando de las calles. Y la certeza de estar en buenas manos se ha apoderado de su conciencia. Mañana, un seguro amanecer. “*Providencia*”... Serenidad. “*Provid...*”

VIERNES

Viernes

Amanecer

Este clarear de la mañana es una continuación presentida de la noche serena de ayer. Ha amanecido un cielo impecablemente azul, que parece más imaginado que real, en su firme nitidez.

Como otras veces, aquellos puntos blancos que están colgados muy tenues en el horizonte, podrán engordar hasta formar un paisaje algodonoso de nubes, cada vez más nimbado de amenazas. Y el cielo podrá entoldarse de un negro inquietante para descargar en un torbellino de ruidos y de luces.

Así es la vida. Despunta hoy serena, pero puede cargarse de presagios oscuros.

Ayer fue una jornada plena en la que Juan María, llevado por la fuerza de los acontecimientos, había adquirido la certeza de que los niños y jóvenes serían el centro de su vida. Y sigue esperando nuevas y luminosas revelaciones. No deslumbrantes, sino sobriamente sencillas, pero siempre plenificadoras. Cuando entorna los ojos y recuerda la cascada vertiginosa que se precipitó por su conciencia la tarde del 13 de noviembre de 1807, en la

Chesnaie, continúa estando maravillado de la fuerza, del ímpetu, de la amplitud de aquella mirada. Y presente que la vida – no la que él se ha escogido, sino la que lo ha escogido a él- le está afinando las llamadas. Las “ideas vagas” se le están condensando, concretando cada día.

Fue ayer la certeza del papel central que los niños, las escuelas, el mundo educativo van a tener para él. Y sigue abierto a los acontecimientos, a la vida que se anuncia en cada instante, a las relaciones con las personas, que le seguirán día tras día indicando las rutas que habrá de seguir, descifrando su destino.

Ahora las nubes que se insinuaban en el horizonte empiezan a ribetearse de un gris ceniciento. Dentro de unas horas, posiblemente, empezará un retumbar de fondo, y luego más de cerca, como un pesado ejército que avanza, el fragor envolvente de los truenos, las sacudidas luminosas de los rayos... y, por fin, el monótono, insistente golpear de las gotas, unas gotas gruesas, tediosas, que dibujan círculos en el suelo, levantando circunferencias de polvo en su contorno. Es posible que dentro de unas horas estemos bañados por la tormenta.

Juan María sabe bien que la plenitud de la firmeza se logra después de la sacudida seca del dolor, de la soledad, de la angustia, de la cruz no buscada, sino llegada a nuestras riberas desde otras costas: acontecimientos, personas, encuentros y desencuentros, quejas y silencios... Él mismo había predicado a los Hermanos en el Retiro de 1823 una exhortación patética sobre la cruz que tenían que llevar visiblemente en el pecho.

Sea ahora, en esta mañana azul, y acogedora, sea más tarde, en la tormenta que puede avecinarse, sabe bien que está en buenas manos, las de Alguien que le cuida con ternura desbordante.

Primeros pasos de los Hermanos de la Instrucción Cristiana

La acción de Juan María limitada hasta mayo de 1821 a su puñado de Hermanos y Novicios, recluida en las fronteras de Saint-Brieuc o cercanías - una acción doméstica, cercana y directa - se va a ver sacudida por la partida de Gabriel Deshayes a su nueva misión. Juan María queda constituido en Superior de los dos grupos y habrá de ensanchar su perspectiva, salir de los confines de su diócesis y ampliar el campo de sus batallas, ya no restringido al cuerpo a cuerpo contra la enseñanza mutua. Ahora aparece un horizonte más espacioso, empieza un camino que le llevará a destinos nuevos, insospechados: la organización de esa criatura frágil y transparente que son los “Hermanitos”¹⁰², las gestiones para su reconocimiento civil, su preocupación paternal para mantener su vida y mimar su crecimiento.

No hay duda de que Juan María compartía absolutamente los criterios de su hermano Féli que se oponía frontal y obstinadamente al monopolio de la Universidad, que por medio de la Academia, organismo encargado de los permisos requeridos en la enseñanza, controlaba escuelas y profesores. Si su hermano aceraba la pluma para emplear toda la violencia contra ella, Juan María caminaba en la serena tozudez de los hechos consumados y ponía, por ejemplo, a ejercer la enseñanza en Dinan a tres Hermanos, procedentes del grupo de Auray, sin permiso alguno. De esta ilegalidad se quejaba el Rector de la Academia al Ministro: “Tres Hermanos de Auray, que han sido colocados por el señor de la Mennais en Dinan, acaban, después de 18 meses de ejercer, de pedirme los diplomas de capacitación y las autorizaciones”.

¹⁰² “Hermanitos” “Petits Frères” es el nombre genérico que dieron en Francia a todas las Congregaciones de Hermanos que surgen en estos momentos, en contraposición a los “Grands Frères”, que se utiliza para denominar a los Hnos. de La Salle.

Pero Juan María era ya consciente de sus nuevas responsabilidades, y había aprendido desde la infancia a virar, a cambiar de bordada, a aprovechar los malos vientos para jugar con ellos, engañarlos en las lonas de las velas para caminar más ligero hacia el futuro. Y va a aceptar de hecho la Universidad. Los meses de julio y agosto de 1821 los pasa en París. De acuerdo con el Padre Deshayes, se ocupa de las primeras diligencias para obtener la autorización legal para la Congregación, entra en comunicación con instancias gubernamentales, recurre a contactos oficiales como el caso del Jefe de la Policía.

“Sólo puedo achacar a su recomendación la desmedida benevolencia con la que su Excelencia el Ministro del Interior ha acogido la petición que le presenté el mes de agosto último para obtener ayudas en favor de los centros de instrucción primaria que he fundado en Bretaña¹⁰³”.

Al volver de París se dedica en cuerpo y alma a sus escuelas, liberado de las tareas diocesanas por su destitución por el Obispo como Vicario; con una total autonomía por el alejamiento del P. Deshayes.

Trabajos administrativos

Ya estaba acostumbrado a escribir a los Ministerios. Hasta ahora había sido el del Interior al que en más ocasiones se había dirigido: con el número y los nombres de los que solicitaban recibir las órdenes sacerdotales y debían ser autorizados por los Gobiernos o el Emperador, para informar de vacantes o pedir los traslados de sacerdotes de una parroquia a otra, para resolver situaciones irregulares... Ahora, el contenido es distinto, pero el objetivo es el mismo: “la obra de Dios”.

Escribe al Ministro en agosto de 1821 para presentarle la historia de la Congregación, sus planes con la obra naciente y

¹⁰³ Al Barón Mounier, 1 de noviembre de 1821.

exponerle sus necesidades. Solicita subvención para ampliación y creación de “noviciados”. El día 31 del mismo mes, vuelve a escribir al Ministro con acentos de profundo agradecimiento *“Estoy infinitamente agradecido de la bondad con la que su Excelencia se digna preguntarme qué suma de dinero necesitaríamos para los centro de instrucción primaria que estoy formando con el Señor Deshayes en los departamentos de Bretaña¹⁰⁴”*.

El 14 de noviembre de 1821, se dirige al Sr. Cuvier, Presidente del Consejo Real de Instrucción Pública para hacerle, como en el caso del Ministro, una presentación del reciente pasado, del presente y del futuro. A la exposición por carta de los planes y necesidades, adjunta una copia del reglamento de los Hermanos. En ella se expresa con absoluta confianza y franqueza: *“Para dar estabilidad a esta obra naciente, tendremos que comprar más tarde una casa que sirva de central y organizar la Congregación de forma que pueda ser dirigida por los mismos Hermanos; entonces pedirán la autorización legal¹⁰⁵”*.

Comienza así desde mediados del año 1821 la actividad desbordante, los proyectos, las visitas, las tramitaciones. Así ha empezado este movimiento que sólo se detendrá cuarenta años más tarde.

Establece relaciones estrechas con el sacerdote Le Priol, que es el Rector de la Academia en Rennes. Antes las relaciones habían sido hasta hostiles, pues si el sacerdote-Rector temía por la desaparición de la obra de Auray, al desaparecer de la escena el Padre Deshayes, Juan María veía en él, como cabeza visible de la Academia, el enemigo contra el que enfrentarse:

“... combatir con éxito las pretensiones del Sr. Le Priol y forzarle incluso a que renuncie¹⁰⁶”.

¹⁰⁴ Al Ministro de Instrucción Pública, 31 de agosto de 1821.

¹⁰⁵ Saint-Brieuc, le 14 novembre 1821.

¹⁰⁶ 8 de febrero de 1819.

Ahora, en el trato confiado, Juan María ha encontrado en él un sólido aliado, que le presenta y patrocina:

“El sacerdote de la Mennais me escribe de Saint-Brieuc, con fecha 12 de este mes, lo que sigue: “En lugar de una docena de Novicios que tenía conmigo, tengo treinta: estamos todos apelotonados, y tengo que retrasar la entrada de varios que se presentan, porque no sé dónde meterlos. Estoy impaciente por tener a mi disposición los edificios del Colegio de Tréguier”. Por carta del 9 de agosto último, le he pedido a su Excelencia que conceda esos edificios a la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana en las mismas condiciones en que fueron cedidos a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Permítame que renueve aquí mis instancias y que suplique a su Excelencia que a la mayor brevedad tome una decisión en el sentido del de mis cartas, que le acabo de recordar¹⁰⁷.”

En este laborioso camino de contactos y gestiones oficiales hay una fecha importante: 1 de mayo de 1822. Algunos calendarios hablan de la Aprobación de la Sociedad de Hermanos de la Instrucción Cristiana, por parte de Luis XVIII. No fue así exactamente. Con una legislación y una opinión pública abiertamente hostiles a las Congregaciones Religiosas, no se autorizaban tales congregaciones, sino entidades de utilidad pública, exactamente igual que las sociedades de enseñanza mutua. La Ordenanza del 1 de mayo de 1822 no fue una autorización de la Congregación en cuanto tal, sino que: autorizó a enseñar a la Congregación, a título de asociación de caridad en todos los departamentos de Bretaña. No poseía personalidad jurídica civil y, como menor de edad, estaba bajo la tutela de la Universidad para todas las cuestiones de propiedad. Permitía gozar a los Hermanos del privilegio de las cartas de obediencia, cuya posesión bastaría para obtener del Rector de la Academia el diploma y la autorización para dar clase.

¹⁰⁷ Carta de M. Le Priol, Rector de la Academia de Rennes, al Ministro.

En crecimiento

Este reconocimiento civil es un sello de garantía y da impulsos a Juan María para avanzar en el establecimiento de la obra, joven, frágil que, con Gabriel Deshayes, acaban de alumbrar.

Desde 1821 había soñado en abrir otras casas de formación (“noviciados secundarios”, los llama) donde pueda acoger a los jóvenes bretones que se le acerquen, deseosos de adherírsele. Será una formación corta, de un año, como paso previo al Noviciado. La urgencia de la misión, las voces de los niños dejados a su suerte en los caminos de Bretaña que lo reclaman con urgencia, le sugieren los ritmos y le dan las claves para ver la duración, la profundidad, los contenidos de la formación.

En el departamento de Côtes-du-Nord, Juan María había establecido tres “noviciados auxiliares”, situados en los lugares en los que los Hermanos tenían casas propias: Quintin, Tréguier y Dinan. El Consejo General del departamento había votado una subvención “*para que se aplicaran a las tres casas de noviciado existentes en la provincia*”. Por otra parte, había una ventaja añadida, estos noviciados eran puntos de apoyo para las escuelas de los contornos: “*Estos tres centros, situados a quince leguas de Saint-Brieuc, no serán únicamente útiles como noviciados, sino también servirán como puntos de apoyo a todas las escuelas agrupadas en torno a ellos. Las comunicaciones, las supervisiones, las sustituciones, serán más fáciles*¹⁰⁸”.

Si el noviciado de Quintin no tiene más que una existencia simbólica, el de Tréguier se alargará tres años y el de Dinan perdurará cinco años y en ambos se formarán más de sesenta aspirantes. Si desaparecen es debido a la compra y adecentamiento de la casa de Ploërmel. Para cumplir el segundo objetivo,

¹⁰⁸ A Mons. Mannay, obispo de Rennes, 21 de octubre de 1822. Nota autógrafa.

mantenerse como estructuras de apoyo, serán sustituidos por los centros más grandes que han ido constituyéndose.

También el Consejo General del departamento de Morbihan había concedido subvenciones que fueron aplicadas a reparar y acondicionar dos casas que Gabriel Deshayes y Juan María habían comprado en Josselin para disponer en aquel lugar la “casa principal de la Congregación”. Las dos casas, separadas por una calle, eran pequeñas, con un cierto aire de desolación, que añadido al muro negro que abrazaba los dos edificios y el jardín, prestaba al conjunto un tono lóbrego, de aires carcelarios.

Pero tenían la ventaja de encontrarse cerca de la casa de ejercicios, dirigida por las Hermanas de la Sabiduría, y podría servir para el Retiro anual de los Hermanos, sin necesidad de tener que utilizar mucho mobiliario ni grandes edificios.

Una de las dos casas fue el noviciado de la Congregación durante quince meses, y allí acababan su formación los que procedían de los “noviciados auxiliares”.

La vida nueva que se anuncia

En Josselin se gestaron las ideas más decisivas para Juan María y la naciente Congregación:

- 1 En Josselin culmina la intuición germinal de Juan María de que “los jóvenes, lo primero”, que ante las necesidades de los jóvenes todo es trivial y nimio, que sus urgencias toman la preeminencia sobre organizaciones, horarios, estructuras. Hasta 1823, el Retiro de los Hermanos se intentaba realizar el mes de septiembre, mes de vacaciones. Pero los niños y los jóvenes son reclamados por sus padres en el mes de las cosechas y por ello y desde entonces, el Retiro cambia de fecha, pasará al mes de agosto.

- 2 Para dar estabilidad a esta obra naciente, tendremos que comprar más tarde una casa que sirva de central, había escrito Juan María a Cuvier, Presidente del Consejo Real de Instrucción Pública. Josselin era aquella casa central soñada, y gozaba del estatuto de residencia principal por entonces, aún en medio de las estrecheces impuestas por la escasez de recursos.

Pero también en Josselin iba a ser donde se iba a iniciar el proceso de autogobierno por parte de los Hermanos. La ausencia de Juan María de Breña en 1822, para ocupar el puesto de Vicario General de la Capellanía de Francia en París urgía a poner en pie las estructuras de gobierno de la Congregación. En el Retiro de 1823, nombra dos Asistentes, los Hnos. Ignacio, de 22 años y el Hno. Luis, de 34. El primero se ocupará del Noviciado y de la administración general, mientras que la contabilidad y gestión económica dependerán del segundo.

Eran sólo juveniles balbuceos, pero si la historia hubiera seguido su ritmo natural, hubiera habido un Superior General más tarde, en el tiempo en que la situación hubiese estado más consolidada: *“Siendo la mayoría todavía jóvenes y sin experiencia, sería de temer que la sociedad no pudiera afirmarse, si dejamos de dirigirla demasiado pronto”*¹⁰⁹.

Y en Josselin, los papeles sencillos, escritos a mano en una mañana de septiembre de 1820 en la capilla del Padre Eterno de Auray, escritos con trazos de nervios emocionados, y que fueron la primera Regla, se convierten ahora en un librito impreso de mínimas dimensiones que Juan María ha trabajado durante los últimos meses. Ha sido una medida dictada por su prudencia, por si su estancia en París se prolongase sin fin. Son artículos concisos, apretados, donde se exponen los deberes de los Hermanos, y se añaden unos artículos que enumeran las condiciones en que los maestros eran cedidos a las parroquias, o

¹⁰⁹ 14 de noviembre del 1821.

unos números sobre el ritual de la toma de hábito o la primera profesión. Como consecuencia de la mentalidad de la época, ninguna consideración sobre los votos, aunque la mención a la obediencia aparezca expresamente en la fórmula de profesión.

Con los Hermanos, como los Hermanos

En 1824 se celebró el último Retiro en Josselin en la que era hasta entonces la casa central de la Congregación.

El nombramiento de un sustituto de Juan María como Vicario General de la Gran Capellanía de Francia, le deja en marzo, de nuevo en el aire, con un futuro abierto. Y de nuevo también, este desvalimiento es oportunidad para intuir su definitivo horizonte. En mayo, escribía con el corazón iluminado hablando de los Hermanos y de las escuelas: *“Yo que veo con mis propios ojos y toco con mis manos el bien que hacen, estoy cada vez más encantado. La única pena que siento es no poder vivir junto a ellos, o mejor, con ellos y como ellos; sin duda, sería demasiado feliz¹¹⁰”*

En el retiro de 1824, ese deseo de cercanía física, de estilo de vida, de corazón, podrá hacerse realidad, les anuncia que va a vivir con ellos y como ellos. La casa central se va a transferir a Ploërmel: *“Veis que este retiro es más numeroso que el anterior. La casa de Ploërmel, donde vamos a establecer nuestro noviciado principal es infinitamente más amplio y más cómodo que la de Josselin. Los ánimos y los recursos que nos vienen de fuera también han aumentado¹¹¹”*.

El traslado del noviciado se hace definitivamente el 3 de noviembre de 1824. Atrás quedan los días de París, en una lejana

¹¹⁰ A Bruté de Rémur, Paris, 23 de mayo de 1824.

¹¹¹ Sermón del 29 de agosto de 1824.

niebla de oropeles, en un rumor vaporoso de títulos y nombramientos. Ahora está la gozosa vecindad de los pequeños. Entre ellos y como ellos, será otra vez el “petit Jean”, el Juanito de antes, como había escrito a su amigo íntimo Querret.

Este es un punto decisivo en la vida de Juan María. Ya ha encontrado el lugar definitivo de anclaje. Lo que aparezca en el futuro, las nuevas empresas, las perspectivas venideras, se verán discernidas con esta opción determinada: los Hermanos y sus escuelas.

Ágil al servicio de la Iglesia.

La Congregación de Saint-Méen

Es Pascua de 1825 y pasa Juan María unos días en La Chesnaie con su hermano Féli. En aquella casa, la juventud con sus paisajes felices se le hacen más vivos y cercanos. Recuerda, a sus cuarenta y cuatro años, con las mismas pasión febril de hace diecisiete años, la fuerza de sus ilusiones primeras. Quedan cosas por poner en pie. Una, sin duda importante, es la vida de los sacerdotes. Ha acariciado largamente la idea de establecer entre el clero una congregación destinada a la enseñanza en los seminarios, al estudio riguroso de las ciencias y de las letras para dar razón seria de la fe, al apostolado de las misiones populares.

Y en estos días de vacaciones reciben los dos hermanos la visita del sacerdote Dubreil. Y otra vez aparecen coincidencias que leídas en la fe, dirigen los acontecimientos de manera providencial.

El sacerdote se limita a dar unas informaciones cortas y preciosas: Hay un grupo de profesores del seminario de Saint-Méen, pueblo cercano a Ploërmel, que han soñado en establecer unos vínculos comunitarios entre sí, un esbozo de congregación

religiosa de sacerdotes. Es algo en ciernes, pero necesitan su consejo.

Parece que el pasado se renueva, y obligase su mirada a volverse a la finca familiar de la Chesnaie de unos años atrás. Como si este paisaje estuviese indisolublemente unido al despertar de los grandes deseos, Juan María siente el mismo pulso acelerado, el mismo golpe febril que lo invadió todo en aquel otoño. Allí el 13 de noviembre de 1807 – de cuatro a cinco de la tarde- sintió esta misma llamada que siente este grupo de sacerdotes, que recurren a ellos en busca de apoyo, de aliento y de soporte: la idea de una sociedad sacerdotal que renovase la ciencia profana y religiosa de una Francia languideciente. Es un soplo de fuego que le ha incendiado la memoria. Y se pone al trabajo

El obispo nombrado para la diócesis es Mons. de Lesquen, amigo personal de Juan María, es uno de los que él había propuesto al episcopado al final del período que había pasado en París en la Gran Capellanía. A él, le escribe para pedirle que bendiga esa idea.

A finales de junio de 1825, Mons. de Lesquen toma posesión de la sede episcopal de Rennes. Pocos días más tarde envía a Juan María las cartas de nombramiento de vicario general.

Algunos días después, con ocasión de una visita al seminario de Saint-Méen, el obispo firma la siguiente Acta:

“Nosotros, Claudio Luis de Lesquen, por la misericordia divina y la gracia de la Santa Sede Apostólica obispo de Rennes, después de haber leído y examinado los estatutos y las reglas de la Congregación de los Sacerdotes de Saint-Méen, las hemos aprobado y aprobamos, queremos que sean guardados en su forma y contenido: pero dado que la Congregación no está todavía regularmente formada y ella no puede, por consiguiente, hacer por sí misma las elecciones marcadas en sus estatutos, nosotros hemos nombrado Superior general de dicha Congregación al sacerdote Juan María de La Mennais, nuestro vicario general, dándole el poder de establecerla en nuestra diócesis, de elegir

Viernes

asistentes y de tomar como colaboradores a Joseph Tanguy Dubreil, Jean-Baptiste Bouteloup, Alexandre Nogues.”

Dado en Saint-Méen, en nuestro Seminario Menor, el 8 de julio, del año de Nuestro Señor de 1825

Firmado: Claudio Luis de Lesquen, Obispo de Rennes.

Todos los pasos se han desarrollado con una velocidad inusitada. Ha sido un vértigo de conversaciones, un torbellino de gestiones y de escritos. El mismo Juan María confesará que en esa vorágine, ha intuido la voz y el aliento de Dios. Como siempre, una voz sutil que llama y requiere, invita y gozosamente compromete.

“Siempre había tenido el propósito de contribuir a fundar una congregación semejante a ésta; había reflexionado desde hacía más de seis años en lo que ella debiera ser y sobre las reglas que había que darle para que se asentase y fuese enormemente útil a la Iglesia; pero, yo no pensaba formar parte de ella; cansado de la administración y de gestiones, yo aspiraba, no a un total descanso (un sacerdote no puede gozar de él más que en la eternidad), pero en fin, hubiese querido limitarme a cuidar a los centros que había fundado, sin proponerme ninguna otra cosa: creía que ya tenía bastante. Si pues, os lo juro, me consagro a esta obra, es únicamente porque he creído reconocer en la voz de mi santo amigo, de nuestro digno obispo, la voz de Dios¹¹².”

El 8 de septiembre de 1825 se reúnen en retiro. Se les añade también el superior de una Sociedad de misioneros diocesanos establecidos en la capital, el Sr. Coëdro. Al acabar el retiro, éste propone a todos sus compañeros misioneros adherirse a la nueva Congregación. De siete, cuatro aceptan la idea.

Nace así la Sociedad de Saint-Méen, sociedad que irá configurándose como Congregación religiosa en la que sus miembros tendrán sus bienes en común y harán el voto de obediencia. El Superior General, Juan María, les expone en un

¹¹² Sermón a los sacerdotes de Saint-Méen, t. VIII, 2434.

sermón del retiro de 1825, los objetivos de la nueva obra: "*Se trata de construir un vasto edificio del que nosotros seremos piedras vivas,.. de una obra que abarque a todas las demás: educación de la infancia, misiones, dirección de Seminarios, estudio de esa Antigüedad tan poco conocida y que tanto merece serlo, estudio de la alta ciencia que va hoy por caminos extraviados y hostiles a la religión desde que la religión no la cultiva ni se pone a su cabeza*¹¹³."

Lo que parecía un sueño en aquella tarde fría de la Chesnaie hacía años, poco a poco se convierte en una imagen tangible, en una figuración cercana.

La Congregación de San Pedro

Por estos años Féli de La Mennais, que ha sido ordenado sacerdote a los 34 años en 1816, se ha rodeado de un grupo de sacerdotes y laicos, ricos en talentos intelectuales, con el fin de defender la religión y el papado. Es el primer núcleo de la «Escuela Menesiana» Son una decena de sacerdotes y una docena de jóvenes seglares que han acudido a la llamada del maestro. Cada uno trabaja en su cuarto. Al caer de la tarde se hace la puesta en común. Féli corrige, orienta, se entrega a fulgurantes improvisaciones, resume el trabajo del día y señala el del siguiente.

Féli, siempre admirador y apegado cariñosamente a su hermano dos años mayor, le había propuesto su colaboración en las publicaciones que pensaba dar a la luz. Su mente, cuando quiere recrear nostalgias, saborear los paisajes de su juventud feliz, dibuja unos paseos a caballo, unos troncos de leña ardiendo en el hogar, y largas, interminables horas de diálogo y notas, con la presencia cálida de un Juan María encendido y sereno, tenaz y piadoso. Y

¹¹³ Retiro a los sacerdotes de Saint-Méen, 1825.

cercano. Apasionado por restaurar tanta ruina y tanto vacío. Juntos habían producido varios libros en colaboración.

Ha querido asociar a su hermano Juan en sus trabajos. «Desearía extremadamente que pudiéramos reunirnos los dos», le ha escrito.

Pero Juan no puede establecerse en la Chesnaie. Le requieren su presencia los Hermanos, las Hermanas, los sacerdotes de Saint-Méen, las gestiones y trabajos pastorales de Vicario General de Rennes. Pero ha insinuado muchas veces a su hermano que sería útil, y provechoso para la Iglesia y fantástico para todos, que el grupo menesiano de la Chesnaie se adhiriera a la Sociedad de Saint-Méen. Féli nunca mostró entusiasmo por la idea.

Féli soñaba con un cuerpo ágil y diversificado, de sacerdotes y laicos, con una regla que asegurase a la vez la máxima libertad para la misión y un marco que alentase un espíritu común y coordinase los trabajos individuales.

Hay un acontecimiento que le provoca violentamente. El 16 de junio de 1828, aparece un decreto del gobierno que expulsa a los jesuitas de sus centros de enseñanza. Si bien Féli no tiene especial cariño a la Compañía, siente como en sus propias carnes la injusticia. «Sentiríamos una pena profunda, si se nos escapase una sola palabra que pudiese dañar a estos hombres venerables, en el momento en el que el fanatismo de la impiedad persigue bajo su nombre a la Iglesia católica entera ».

Ante esta medida ahora, fustiga sin piedad el decreto como exponente "de los progresos de la revolución y de la guerra contra la Iglesia" y... piensa que hay que obrar. Hay que reemplazar en Francia a la Compañía, estableciendo una Orden a la vez móvil y fuerte, que pueda dedicarse a cualquier tipo de apostolado sin depender de ninguno.

Acepta por fin la propuesta que le había hecho repetidas veces Juan María y, en septiembre de 1828 nace la Congregación de San Pedro, que procede de la transformación de la Sociedad de Saint-Méen a la que se le ha unido la escuela menesiana de La Chesnaie.

El primer borrador de estatutos, escrito de puño y letra de Juan María, comienza con la cita bíblica en latín, que es toda una confesión de esencial fidelidad al Papa “*Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.*» « *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no podrán contra ella*”. Se ven las correcciones y tachaduras que suprimen el término Congregación, sustituyéndolo por el de Sociedad. Y sigue:

Capítulo primero: objeto de la Congregación.

1- Los miembros de la Congregación se dedican a todas las obras útiles a la religión y a la salvación de las almas, a formar a la infancia en los colegios o escuelas eclesiásticas o la juventud en los seminarios, a las misiones, a la dirección de las congregaciones dedicadas a la enseñanza, a la defensa de la Iglesia y del cristianismo, por medio de escritos de todo tipo, o, en fin, a todo lo que el celo puede sugerir como bueno y útil según Dios, según los tiempos, los lugares o las circunstancias.

2- Las doctrinas de la Santa Sede constituyen la regla invariable de la Sociedad: el primer deber...

Los estatutos definitivos son redactados por los dos hermanos y se lee que la Congregación de San Pedro asume como objetivos:

. La defensa de la Iglesia y del cristianismo y la propagación de las verdaderas doctrinas mediante escritos de todo género.

. La educación laical o clerical, en Colegios y Seminarios, perfeccionando sin cesar los métodos de enseñanza e inculcando a los alumnos una sólida piedad y unas doctrinas que les confirmen inquebrantablemente en su fe.

. Se llama de San Pedro, por su adhesión al Papa. Sea cual fuere el género de ministerio de los Asociados, las doctrinas romanas serán la regla invariable de la Orden. El primer deber de todos será no apartarse de ellas en ningún punto y bajo ningún pretexto.

Uno de los fines de la Congregación de San Pedro es también el de purificar la ciencia, corrompida hoy por la impiedad, por medio del estudio no sólo de la teología, de la historia y de la filosofía y

Viernes

de las lenguas necesarias para remontarse la origen de los pueblos, sino también de las ciencias matemáticas y físicas y de las que de ellas dependen

Así nació la Congregación de San Pedro, como avanzadilla, como fuerza de choque. Se aprueban los estatutos en setiembre de 1828. Féli de la Mennais es elegido Superior General y coloca a su lado a su hermano Juan, como Vicario General.

La nueva Institución necesita una casa para su Noviciado. Juan María la encuentra en Malestroit, pueblecito de calles tortuosas y sombrías perdido entre las landas de Bretaña. En él hay un antiguo convento de Ursulinas que se adquiere por trece mil francos. El pueblo está en la diócesis de Vannes, pero su Obispo consiente que el de Rennes, Mons. de Lesquen, ejerza jurisdicción espiritual sobre esta Casa de formación.

Féli no tiene el tiempo preciso, ni el talante, ni tal vez el gusto para hacerse presente en el Noviciado de la nueva Orden. Trabaja en La Chesnaie, horas y horas, hasta adquirir la palidez de encierro, acompañado por el sacerdote Gerbert y un grupo de jóvenes que se alojan allí un tiempo más o menos prolongado. Luego se trasladará a París, donde está más cerca de los centros de pensamiento y de debate. De la formación de los novicios se encargará más el Vicario General.

En seis años, Féli sólo la visita dos veces. De vez en cuando, Gerbert se escapa de La Chesnaie para dar conferencias. Desde su residencia de Ploërmel, a cuatro leguas de Malestroit, Juan María multiplica sus apariciones y dirige espiritualmente a los formandos.

De 1828 a 1834 acuden por lo menos cincuenta y siete alumnos de todas las regiones de Francia. La mayoría de ellos ocupará luego posiciones importantes en el clero o en la vida civil.

En Malestroit se estudia a Santo Tomás, a San Alfonso de Ligorio y las doctrinas filosóficas de Féli. Pero como en La Chesnaie, el método no es el habitual en otros centros de estudio. Los alumnos componen en francés sus temas filosóficos o

teológicos y luego toda la Comunidad, con sus maestros al frente, los comenta y los critica.

“Estudian teología, filosofía, griego, hebreo, árabe y la mayor parte de las lenguas vivas; se les forma con esmero en hablar, en escribir... de forma que cuando acaba el curso se encuentren capacitados en la medida de lo posible”¹¹⁴.”

En el mes de agosto de 1830, el sacerdote Salinis, Director ahora de un Colegio a las puertas de París se lo ofrece como base a Féli. Este aprecia las ventajas que la capital puede ofrecer al estudioso y, a finales de setiembre, se traslada allí con sus discípulos de La Chesnaie. Al año siguiente alquila también un local en la calle Vaugirard, cerca de las grandes escuelas parisienses, para facilitar la especialización de algunos religiosos.

El estudio ocupaba la mayor parte del horario de Malestroit. Juan María, hombre de fe y de vida interior, no deja de recordar a los alumnos que la Iglesia espera de ellos también otra cosa.

“¿Estáis aquí para adquirir mejor que en otro lugar la ciencia eclesiástica, para conocer el estado de las controversias actuales, para progresar en las lenguas y en las letras humanas? ¿Habéis venido para relacionaros con hombres cuya reputación, cuyos eminentes servicios aportados a la Iglesia, cuyo talento os inspiran una estima muy justa? Estáis aquí para progresar en el camino de la perfección cristiana, sacerdotal y religiosa”¹¹⁵.”

Y Féli se lo recordará a sus discípulos, en momentos difíciles, ellos en París entonces, el maestro cerca de Roma, con la necesidad todos de la calidez de las palabras mutuas, de la seguridad del afecto, en tiempos de zozobra.

“Os invito a que sigáis con constancia vuestros estudios pero, sobre todo, a que trabajéis en ser hombres de virtud y de oración,

¹¹⁴ Carta al sacerdote, 20 de abril de 1830.

¹¹⁵ A. Dargis, *La Congrégation de Saint Pierre*, Annexe, p. 114, Louvain, 1971.

*hombres de Dios. ¿De qué os servirán, si no, todos los conocimientos del mundo? Inútiles para vosotros, lo serán también para los demás porque toda ciencia no animada por el espíritu de celo y de piedad, será siempre estéril.*¹¹⁶.”

Así empezaron unas páginas particularmente luminosas de la historia religiosa de Francia. Cuando se quiere mirar un ejemplo de diálogo fe-cultura, o se pretende diseñar un proyecto ambicioso de compromiso creyente, o sencillamente se intenta vivir encarnadamente la fe, muchos ojos siguen mirando a la Congregación de San Pedro. Recuerdan dos lugares: Malestroit y la Chesnaie. Dicen un nombre La Mennais. Evocan dos rostros. Profetas los dos, los dos hermanos.

Un lugar: Malestroit

Los periódicos regionales lo acaban de anunciar: “En veinticuatro horas, el río Oust ha subido un metro bajo el Puente Nuevo”. No es novedad en Malestroit, cuando las lluvias se muestran obstinadas. Pasó en tiempos de la Revolución. Las agustinas habían sido expulsadas y sus bienes muebles dispersados. El coro de la iglesia de “Nuestra Señora de toda alegría” y una parte de las construcciones del convento se hundían ante la invasión de las aguas desbordadas.

Llegaron nuevas crecidas algún invierno, más tarde, cuando el edificio era seminario de la Congregación de San Pedro y el agua lograba anegar mansamente, sin estrépito, el jardín, y los jóvenes clérigos chapoteaban para recuperar un bolo en el momento de descanso después de la comida.

Pero hoy es primavera y en el actual convento de las Agustinas de la Misericordia de Jesús brilla un sol tenue y sopla una tierna brisa, acariciante, que sosiega el tiempo y pacifica los recuerdos.

¹¹⁶ *Lamennais, Correspondance générale*, Carta 1851.

Juan María de la Mennais

En estas piedras está la memoria de muchas esperanzas condensadas. Los boletines históricos de los municipios despachan la vida en dos renglones asépticos, sin sangre y sin espíritu. “En 1828, los hermanos la Mennais fundan un noviciado en el cual van a desarrollarse, durante algunos años, las ideas liberales del catolicismo social”.

Pero franqueando la puerta de entrada, saliendo al claustro, vemos una ventana con barrotes, todo de un blanco luminoso. Es la habitación que fue de Juan María. Aquí se aposentaba después de venir de Ploërmel en su carro de caballos. Como Vicario General aseguraba momentos de charlas formativas, de diálogo con cada uno, de animación en las tareas comunes... y en esa habitación comenzaban las conversaciones que se seguían después de la comida. Conversaciones profundas, pero siempre salpimentadas con la dulce socarronería de Juan María. Los muros conservan los ecos de su finura, de su alegría contagiosa y de su paz.

Y cuando entramos en la actual sacristía, parece que sintiéramos el aroma húmedo de libros manoseados, poseídos por la mente y degustados por el corazón, porque aquí tuvo Juan María su despacho y biblioteca.

Más allá está la sala que fue biblioteca de la Congregación. No es especialmente espaciosa, pero cuidada. Una joya. Un desafío. Ponderaban los estudiantes que allí no había cabida para lo malo o lo mediocre. Amplia, libre, abierta, con obras de los considerados “enemigos” de la fe, para poder conocer sus ideas y refutarlas. No hay puertas. A lo largo de la sala había sólo unas estanterías despejadas, a la altura de la mano para solicitar la atención y el apetito. Autores latinos y griegos, manuales de hebreo y sánscrito, conviviendo fraternalmente con las más recientes novedades en inglés, alemán, italiano, español... y todas las lenguas vivas.

Y pasamos al claustro y al jardín, que en este momento luce un verde brillante, con la cruz blanca en medio. En este entorno parece que está cuajado el ritmo acompasado del andar parsimonioso y el rumor de los diálogos, en la hora de descanso

Viernes

después de la comida. Era un ir y venir relajado en compañía de los autores clásicos, o un reciente artículo del periódico, o la última exposición teológica que se había escuchado a la mañana. Pero también, un poco más allá, se escuchaban las exclamaciones de los que ponían toda su vida en los avatares de una partida de bolos.

Luego estaba el refectorio. Sobrio. Como la comida. Sencilla y sazónada con una lectura interesante que se alargaba hasta el postre. Versaba de ordinario sobre la historia de la Iglesia, pero también podría leerse un folleto interesante, o incluso un artículo importante del periódico. Todo servía para encender un diálogo sereno al llegar el momento del postre. Estas paredes guardan el eco de las perspectivas más lúcidas, de los más arriesgados proyectos, del amor más iluminado por la Iglesia y por las gentes.

Al pasar junto a la escalera, hay un saliente de hierro donde descansaba la campana. La que ritmaba la bella rutina de cada día: las cinco para levantarse, las seis de la Eucaristía, la mañana dedicada toda ella a la teología y filosofía, las once menos cuarto para reunirse y escuchar los temas de estudio con la oportuna bibliografía, la hora de la comida, los descansos, las tardes consagradas en exclusiva a las lenguas modernas y la literatura, los momentos de oración, y... No está la campana. Porque queda el recuerdo de la vida, pero no el latido. Quizás la campana se quebró de alegría por lo que fue aquel lugar y de desazón por lo que no volvería a ser nunca más.

Saliendo hacia el camino, nos encontramos con una piedra, como estela conmemorativa, cincelada con caracteres en griego, latín y hebreo. Vestigio de un tiempo prodigioso, donde la cultura quiso abrazarse con la fe, y el nombre de Dios tenía el sabor de presentido futuro y anhelada libertad.

Al dejar la casa de las Agustinas - el antiguo Seminario de la Congregación de San Pedro- no desaparece el hechizo del pasado. Están los campos de brezos, y el encanto del río, la colina vecina desde donde se divisaban las ruinas de la antigua Camáldula. Por allí caminaban de paseo semanal, provistos de libros, con la

obligación a veces de olvidar el francés y ejercitarse en una lengua nueva en el camino, respirando el aire libre de los campos y sintiendo en el ambiente la presencia de Alguien que estaba en el viento, en la tierra, en el agua y el lodo de las sendas. Y sobre todo en los rostros de la gente. Merecía la pena dar la vida por abrazar la Fe y la Ciencia, por vivir lo que ellos habían bebido en Ireneo de Lyon, que “la gloria de Dios es el hombre viviente”.

Tarde del viernes

Un largo camino de dolor

Resulta difícil hacer la historia del largo sufrimiento de Juan María unida al nacimiento, desarrollo y fin de la Congregación de San Pedro. Problemático entender las complejidades de las discusiones ideológicas, el fuego de las reacciones que se produjeron, las heridas en las personas y en el tejido eclesial... Arduo el evaluar las consecuencias que algunas situaciones produjeron.

Quizás se impone el esquematizar los hechos, dejar hablar a los actores principales, y hacer un esfuerzo por dejarse envolver por el contexto. Sentirse, en carne propia, sacudido por el vendaval de sucesos, declaraciones, desgarros de aquellos momentos.

Inicios delicados

La Congregación de San Pedro nació como una gran esperanza, pero no gozó de una aceptación unánime entre los Obispos. Entre éstos había algunos reticentes, cuando no dolidos, por aquellos dos hermanos que habían tenido la osadía de denunciar el galicanismo

que profesaban no pocos obispos de Francia. Las posiciones de defensa absoluta de las amplias facultades del Papa (“ultramontanismo”) de los La Mennais, contrastaban con el galicanismo que supeditaba el poder del Papa a la Iglesia francesa y postulaba la subordinación de la Iglesia al Estado.

Primavera de 1829: Mons. Arbaud, obispo de Gap, publica un escrito criticando la enseñanza de Malestroit. “*Acabo de saber con dolorosa sorpresa, Monseñor, que ha denunciado, en un escrito impreso mi casa de Malestroit*”¹¹⁷, le escribe Juan María.

Y unos días más tarde continúa la respuesta cargada de calma y profunda ironía: “*Los sentimientos que el Obispo de los obispos, el doctor de todos los cristianos ha testimoniado varias veces a mi hermano*¹¹⁸ *son totalmente compartidas por el obispo de Rennes, y no creo que a él le resulte más fácil que a mí el entender que uno pueda ser acusado de turbar la paz de la Iglesia, únicamente porque defiende las doctrinas de su jefe*¹¹⁹.”

Julio de 1830. “La revolución de Julio”. Ante el intento de un golpe de mano constitucional del rey Carlos X, el pueblo de París se subleva, levanta barricadas en las calles, y se enfrenta a las fuerzas armadas. Hay unos 200 soldados muertos y cerca de 800 en el campo de los insurgentes. A Malestroit llegan noticias confusas. Hay rumores que anuncian una capital bañada en sangre, hordas deseosas de saciar su sed anticlerical, amenazas, muerte... El rey Carlos X es destronado, y en su lugar se nombra a Luis Felipe. Se producen las primeras discusiones y diferencias insalvables en el grupo de discípulos de Féli. Mientras unos sostienen las tesis del maestro de “separar el porvenir de la religión y de la Iglesia de la suerte de la dinastía que ocupase el

¹¹⁷ A Mons. Arbaud, évêque de GAP, Rennes, 9 de mayo de 1829.

¹¹⁸ Hace referencia al Papa León XII, que tenía estima y veneración a Féli de la Mennais por su defensa apasionada del papado. Murió en 1829.

¹¹⁹ 13 de junio de 1829.

trono”, otros se sentían vinculados a la familia real exiliada. En la Congregación se producen los primeros abandonos.

L'Avenir

1830. Aparece el periódico *L'Avenir*¹²⁰. El 16 de octubre sale a la calle el primer número y en la cabecera flamea el programa del periódico: "Dios y libertad". Féli de la Mennais es su fundador y director. Está en circulación de octubre de 1830 a noviembre de 1831. Féli reclama la libertad de religión y de conciencia, la separación de la Iglesia y del Estado, la ampliación del sistema electoral. ¡Todo un vasto programa!

Para muchos católicos franceses de 1830, libertad se identificaba con anticlericalismo, sectarismo y persecución. Hacía falta un proceso de maduración y de purificación de esta palabra para que los católicos comprendieran que era hija del evangelio. Féli inició este proceso y sus discípulos lo fueron acercando en la Iglesia de Francia. Pero había demasiada vehemencia en su palabra, demasiada velocidad en sus pisadas. Tal vez, no supo esperar. Quizás, no supo dar al tiempo lo que el tiempo pedía y perdió la ocasión de encontrarse a la cabeza de la escuela liberal francesa como jefe indiscutido y venerado.

1831. El que parecía un profeta inspirado, pidiendo a obispos y sacerdotes la vuelta a un cristianismo más auténtico, más caritativo, más pobre y más libre, encabeza abiertamente un movimiento que toma el cariz más político que religioso. El periódico divide a la gente. Donde unos quieren ver al profeta, otros ven al revolucionario, al exaltado, al agitador.

¹²⁰ Nombre (“*El Porvenir*”, “*El Futuro*”) que anuncia el objetivo último de los redactores.

Los sacerdotes Salinis y Scorbiac que habían llamado a la Congregación de San Pedro a hacerse cargo del Colegio Real de Juilly rompen los lazos y Féli deberá dejar el lugar que había sido su residencia, centro menesiano de pensamiento y formación.

Si dividía al mundo católico, tampoco convencía a los izquierdistas y revolucionarios que calificaban los artículos del *L'Avenir* como cantos, mezcla de salmos y de la Marsellesa y, a sus redactores, de gazmoños disfrazados, que pretendían tocarse con el gorro frigio cuando lo único que enseñaban era el solideo de los Obispos, de hipócritas que se atrevían a emparejar a Robespierre con Jesucristo.

El mapa eclesial de Francia presenta una fractura profunda de adhesiones y discrepancias. En la misma Congregación de San Pedro se empiezan a sentir hondas divisiones.

La situación del periódico se va haciendo crítica y la tirada disminuye. Se habla también de que Roma va a intervenir.

Los peregrinos de la libertad

Féli suspende la publicación del *L'Avenir* y con Lacordaire y Montalembert decide presentarse ante el Papa. Son los “peregrinos de la libertad”. “No estamos cansados ni desesperanzados”, escribe. “Nosotros vamos a Roma, como antiguamente los soldados de Israel, a consultar al Señor en Silo”.

El 21 de noviembre de 1831 salen por Lyon y Marsella hacia la Ciudad Eterna. A su paso, hay ciudades en que se producen alteraciones de orden público entre partidarios y enemigos de sus doctrinas.

La acogida en Roma es correcta, pero nada más. No son los tiempos de León XII en los que a Féli se le ofrecía una habitación en el mismo Vaticano. Gregorio XVI, antiguo monje camaldulense que ocupaba desde hacía pocos meses el trono pontificio, había tenido que reprimir ya diversas insurrecciones en sus Estados. El

momento de exponer al pontífice sus doctrinas era para los tres peregrinos quizá psicológicamente el peor.

Antes de recibirles en audiencia, Gregorio XVI quiere una memoria de sus doctrinas. La entregan a Pacca, cardenal decano. Es una requisitoria contra la alianza entre el trono y el altar, que ellos conocen dolorosamente en la Francia galicana, un alegato a favor de la separación de la Iglesia y del Estado, una justificación de las doctrinas del *L'Avenir* y una serie de protestas de sumisión anticipada. La firman: “los hijos más dóciles y más humildes del Padre común: Féli, Lacordaire y Montalembert”.

Pacca responde que el Papa reconoce sus méritos en el servicio y en la defensa de la Iglesia, pero que no le agrada que se esté discutiendo públicamente de ciertos asuntos. Que se estudiará todo detenidamente y que, por lo tanto, no habrá contestación inmediata.

El tres de marzo de 1832 Gregorio XVI les recibe. La audiencia dura poco tiempo y en ella se habla de todo y de nada. El Papa se muestra afable, pregunta a Féli por su hermano Juan María y sus escuelas, y a Montalembert por su madre, gran cristiana. Les ofrece al final unos rosarios de recuerdo. Ningún comentario doctrinal.

Algunos han reprochado a Gregorio XVI este comportamiento. Si hubiera hablado a Féli como se habla a un hijo lleno de méritos... si hubiera recordado la frase de León XII, “a este hombre hay que llevarlo con la mano en el corazón”...

Después de la audiencia Féli queda unos meses en Frascati. Finalmente vuelve a Francia por Venecia y Munich donde tenía amigos y discípulos. Mientras asiste en esta última ciudad a un banquete que ofrece en su honor la crema de la inteligencia bávara, le avisan que alguien quiere verle. Es un mensajero de la Nunciatura y trae consigo una encíclica, la “*Mirari Vos*”, firmada por el Papa el quince de agosto, y una carta para Féli del cardenal Pacca. Era el 30 de agosto de 1832.

Viernes

Féli echa un vistazo a los documentos y comprende enseguida la situación. Sin embargo, vuelve impasible a la reunión que terminaba con un concierto y no dice una palabra. Sólo al final de la fiesta susurra a Lacordaire: me ha llegado una encíclica del Papa que nos condena, no tenemos más remedio que someternos. Por la noche, los tres hombres estudian minuciosamente el documento papal.

Féli murmura: la libertad condenada, la nación polaca abandonada... y tras unos momentos de silencio exclama: Dios ha hablado, hágase tu voluntad, *fiat voluntas tua*. Su Vicario en la tierra me impide servir la causa de la libertad, sólo me queda la oración.

El cardenal Pacca le escribía que, por consideración a su persona y a los servicios que había prestado a la Iglesia, no se mencionaba su nombre en la encíclica, le recordaba sus promesas de sumisión y le manifestaba su confianza de que sería fiel a ellas.

Féli lo recuerda sin duda y ante sus dos compañeros mudos de sorpresa y admiración, allí mismo comienza a escribir una carta de sumisión dirigida al cardenal Pacca, que luego, el once de setiembre, se publicaría en la Tribuna Católica. Y más tarde se publicará en París, firmada por los redactores del Avenir. Sumisión total, cierre definitivo del periódico.

El once de setiembre de 1832 aparece, pues, la primera sumisión pública de Féli y sus compañeros:

“Los abajo firmantes, convencidos por la carta encíclica del Soberano Pontífice Gregorio XVI, de fecha quince de agosto de 1832, de que no podrían continuar sus trabajos sin oponerse a la voluntad formal de aquel a quien Dios ha encargado gobernar la Iglesia, estiman como deber de católicos declarar, que respetuosamente sometidos a la voluntad del Vicario de Cristo abandonan la batalla que desde hace dos años han combatido con toda lealtad. Piden insistentemente a todos sus amigos que den el mismo ejemplo de sumisión cristiana.

En consecuencia,

Juan María de la Mennais

1- *El Avenir*, suspendido provisionalmente desde el 15 de noviembre de 1831, ya no reaparecerá.

2- *La Agencia General para la defensa de la libertad religiosa* (encargada de defender en el terreno práctico las doctrinas del periódico), queda disuelta a partir de hoy.

París, 10 de septiembre de 1832.

F. de La Mennais, Ph Gerbert, C. de Coux, Conde de Montalembert, H, Lacordaire . "

El cardenal Benetti, Secretario de Estado, encargó al Nuncio en París que transmitiera a Féli la satisfacción que le había causado al Papa su escrito y que estaba plenamente satisfecho de su sumisión.

Se cerraba así el primer acto del drama.

Un penoso Via-Crucis

Las primeras reacciones

Viene ahora el sucederse de hechos, de celos, de condenas, de humillaciones innecesarias.

En Francia la aparición de la encíclica produjo una especie de frenesí revanchista en los ambientes galicanos y legitimistas que Féli tan duramente había atacado. Por otra parte, algunos sacerdotes de Rennes que no habían visto con buenos ojos que el Obispo confiara puestos importantes de la diócesis a los de la Congregación de San Pedro, se sumaron a la campaña antimenesiana.

Se duda de la sumisión de Féli, se dicen y se escriben palabras de desconfianza y, como el mismo Féli afirmaría más tarde en su libro "*Affaires de Rome*": se urdieron intrigas, se sembraron calumnias, luego vinieron las provocaciones, los insultos, los ultrajes públicos...

La línea de conducta de Juan María es clara: estar junto a Féli con más afecto que nunca y al mismo tiempo comprender el

verdadero alcance de la encíclica. Hace una memoria para iluminar el sentido pleno de la encíclica y para unificar los criterios en el seno de la Congregación de San Pedro. Lo hace con lucidez, por honestidad intelectual y por fidelidad al Papa: “No basta decir: ”Yo pienso como el papa”, porque, al decir eso no se dice nada si no se tiene una idea cabal de lo que el papa piensa y decide”¹²¹.

Analiza con rigor las cuatro cuestiones discutidas: la libertad de prensa, la libertad de conciencia; el derecho de resistencia activa al poder tiránico; la separación de la Iglesia y el Estado. Concluye no viendo colisión entre la encíclica y los puntos que constituyen como los artículos de fe del *L’Avenir*, y manteniendo una “*disposición sincera de abandonar las mismas interpretaciones que nos parezcan más satisfactorias y más claras, si no están de acuerdo con las que el mismo papa dé en su juicio*”.¹²²

El alud incontrolable

Pero hay una cascada de hechos y acontecimientos que provocan reacciones incontroladas

El arzobispo de Toulouse, Mons. d'Astros, de un galicanismo notorio, había preparado una “censura” a cincuenta y seis proposiciones entresacadas de la obra de Féli, de sus colaboradores más íntimos, o del *L’Avenir*. A los trece obispos del Sur de Francia que habían dado su firma, hay que añadir otros dieciséis que lo hacen después de la publicación de la encíclica. Esta “censura” la hace llegar a Roma. El Papa le responde con un documento en el que, aparte de insinuar que se ha pasado en su celo al meterse en cuestiones de la exclusiva competencia de la Santa Sede, deja escapar su inquietud...Pero que hoy se difunde entre la gente nos llena de nuevo de dolor”

¹²¹ Hno. Symphorien-Auguste, *À travers la correspondance*, t. II, p. 46.

¹²² *Id.*, p. 50.

En Polonia, bajo la dominación del zar Nicolás 1º, se levanta en armas en defensa de su fe e independencia. La revuelta es reprimida duramente. Los polacos, con los belgas y los irlandeses han sido defendidos fervorosamente desde las páginas del *L'Avenir*.

El 9 de junio de 1832, a petición del mismo zar, Gregorio XVI envía a los obispos de Polonia una carta condenando el espíritu de rebelión y recordando la obediencia debida al poder legítimo. Esto produce en Féli sentimientos de profunda decepción. “*El papa declara que en la guerra que existe por todas partes entre los pueblos y los reyes, él se posiciona del lado de los reyes; asocia la causa de la Iglesia a la de todos los despotismos europeos; declara a los pueblos que, para ser libres, tienen que dejar de ser católicos*”¹²³.

En junio de 1833 aparece la obra de Mickiewicz *Libro de los peregrinos polacos*. Está traducida al francés por Montalembert y lleva como epílogo un “Himno a Polonia” de Féli. De un lirismo apocalíptico, este himno invita a la insurrección. El Papa ve en él un desafío a su autoridad y una prueba de que Féli no abandona sus ideas.

Un mes más tarde el arzobispo de Toulouse, Mons. d'Astros, enemigo acérrimo de las ideas de Féli, difunde en los periódicos el Breve que ha recibido de Gregorio XVI. Es la señal de un nuevo recrudecimiento de la campaña antimenesiana.

Dentro de la Congregación de San Pedro, aparecen voces, la más sonora, la del P. Coëdro, que claman por una desaprobación pública de las doctrinas que no habían profesado más que en la intimidad. Juan María se niega, por injustas e inoportunas. Al informar a Féli, como Superior General, de la situación, le comenta: “*Desgraciadamente es cierto que algunos espíritus se*

¹²³ Carta de Féli Lamennais, 7 de octubre de 1832.

*incomodan por la obediencia... querrían librarse de todo tipo de molestia, de todo yugo*¹²⁴.

En agosto, Féli dimite como Superior General de la Congregación de San Pedro. *“Dándome cuenta de la imposibilidad de hacer bien alguno en la congregación, a causa de las disposiciones de varios de sus miembros hacia mí, disposiciones ya antiguas, creo, aunque me cueste, tener que hacer el sacrificio de separarme de ella”*¹²⁵.

Para poner la Congregación al abrigo de toda sospecha Féli publica una segunda declaración de sumisión al Papa, que envía por mediación del Obispo de Rennes, Mons. de Lesquen. Desgraciadamente, puede leerse en ella una frase que la convierte más en declaración de indiferencia que de sumisión: *“He tomado la resolución de quedarme en el futuro, en mis escritos y en mis actos, totalmente ajeno a los asuntos que afecten a la Iglesia”*¹²⁶.

Ante la marea de sospechas que envuelve no sólo a su hermano sino a toda la Congregación de San Pedro, Juan María decide, también él, formular una declaración abierta, pública y sin equívocos. La redacta con Coëdro y éste la lee al comienzo del Retiro diocesano al que asisten cuatrocientos cuarenta sacerdotes: *“He recibido la encíclica con plena y entera sumisión de espíritu y de corazón, como palabra del Vicario de Jesucristo. Todo lo que el Sumo Pontífice condena lo condeno sin distinciones ni restricciones, y todo lo que enseña, lo recibo como la sana doctrina, y la única que me es permitido seguir. Debo añadir que estos sentimientos no son sólo míos sino los de toda la Congregación de San Pedro. Y nadie permanecerá en ella ni en ella será admitido, si no son también los suyos.”*

¿Hacia falta decir más? Para los que se complacían en humillarlo, sí.

¹²⁴ Carta de Jean Marie de la Mennais, 18 de mayo de 1833.

¹²⁵ Carta a Juan, 4 de agosto de 1833.

¹²⁶ Al Papa Gregorio XVI, 4 de agosto de 1833.

La víspera de la clausura del Retiro, Mons. de Lesquen está entre sus sacerdotes. En su alocución alaba el celo de su clero, pide que se olviden las incomprensiones del pasado y que se mantenga la unidad de corazones y de espíritus. Al terminar se levanta el párroco de Vitré: Monseñor, tenemos una gracia que pedirle, que Coëdro declare que se han equivocado. Nadie tiene derecho a exigir lo que el Sumo Pontífice no exige, contesta sorprendido el Obispo... El Obispo cede y en el sermón de la tarde Coëdro comienza con esta confesión: Señores, por el bien de la paz no rehúso en declarar que al adoptar las doctrinas del *L'Avenir* me he equivocado.

Cuando Féli se entera de esta innecesaria escena de humillación estalla en imprecaciones.

Juan María, Superior General de la Congregación de San Pedro

En la segunda quincena de setiembre de 1833 unos sesenta religiosos de San Pedro comienzan su Retiro en Saint-Méen. Para reemplazar a Féli eligen por unanimidad a su hermano Juan María como Superior General. En nombre de éste y en el suyo propio, el predicador Rohrbacher envía al Obispo una segunda adhesión a la encíclica.

Ni la declaración de Rennes ni la de S. Méen logran apaciguar a un sector del clero. Ante la situación dividida y efervescente de la diócesis, Mons. de Lesquen presenta su dimisión que no le es aceptada. Su carta se cruza con un Breve de Roma del cinco de octubre en el que el Papa pide al prelado la declaración de la pura y simple sumisión de Féli y se lo remite por manos de su hermano. Féli recibe el nuevo documento en el momento de salir para París. *“Mi hermano me ha remitido la copia del Breve que el papa le ha dirigido, justo en el momento en que hacía mis preparativos para salir hacia París. Responderé desde allí y directamente, al no*

Viernes

*tener tiempo de hacerlo aquí*¹²⁷. Mons. de Lesquen se siente herido, comunica al clero el incidente. Y retira las licencias a Féli, decisión brutal que el arzobispo de París se niega a compartir.

Juan María, con el corazón destrozado pero con luminosa libertad escribe al Obispo: “*El cura de Pleurtuit acaba de comunicarme su carta pastoral: me desconsuela...¿Usted va a creer que es el hermano el que se queja!... No y mil veces no; ¡es el sacerdote!*”! No le voy a decir ya nada más: estoy a sus pies, regándolos con mi lágrimas¹²⁸.”

Desde la capital y mientras Juan María entregaba al Obispo otras cuatro declaraciones, Féli envía al Papa una tercera fórmula de sumisión que resulta ambigua a los ojos romanos. Tras pacientes conversaciones con el arzobispo de París, Mons. De Quélen, que olvida los antiguos insultos del *L’Avenir*, Féli envía al Papa la cuarta declaración, la más explícita de todas. Es el once de diciembre de 1833.

“*He sentido mucho que Su Santidad haya considerado ciertas expresiones de mi anterior declaración como restrictivas de mi sumisión a la encíclica MIRARI VOS. Nunca ese pensamiento ha sido el mío*”. Luego sigue en latín: “*Certifico que sigo única y absolutamente la doctrina enseñada en la carta encíclica del pontífice y que no escribiré ni aprobaré nada que sea contrario a ella*¹²⁹”

Alegría de todos los amigos de Féli, alegría de sus discípulos, alegría inmensa de Juan María... Breve del Papa felicitando al escritor: “*Siga, pues, querido hijo, procurando a la Iglesia similares alegrías en los caminos de la virtud... emplee los dones del talento y del saber que posee tan eminentemente...*¹³⁰”

¹²⁷ *À travers la Correspondance*, t. II, p. 72.

¹²⁸ Nota del 14 de noviembre de 1833.

¹²⁹ Carta de Féli al Cardenal Pacca, 11 de diciembre de 1833.

¹³⁰ Breve del 28 de diciembre de 1833.

La tensión baja en la diócesis de Rennes y en la congregación de San Pedro.

Pero ¿cuál era el verdadero estado de alma de Féli? Hay mucha amargura contenida en su carácter, muchos jirones de alma perdidos en la lucha, la sospecha velada de nuevas persecuciones y una firme testarudez en someterse sólo, totalmente, a su conciencia. “*Si me negase a esta adhesión exigida... nadie duda de que una violenta tempestad se iba a levantar contra mí, y de que yo sería designado en el mundo como un rebelde y un cismático... Estaba dispuesto a firmar no sólo lo que se me pedía, sino también, sin excepción, lo que se me pidiese, aunque fuese que el Papa es Dios... Pero al mismo tiempo me decidí a abandonar en adelante toda función sacerdotal, cosa que he hecho*”¹³¹.

Las Palabras de un Creyente

El treinta de abril de 1834, aparece este librito que tiene un éxito inmenso y se traduce enseguida a varios idiomas. Es un homenaje a los sufrimientos del pueblo, un grito de odio contra los que lo tiranizan, una predicación de la intervención necesaria de Cristo para asegurar a los ciudadanos sus derechos políticos y también un himno de esperanza: rotas las cadenas, llegará la libertad.

Junto a páginas cargadas de un lirismo casi místico, en el libro hay párrafos de una violencia inaudita lanzadas contra la realeza y la jerarquía católica.

Féli lo había compuesto durante los sombríos meses de 1833 y alguna parte se la había leído a su hermano. Juan María le porfiaba insistentemente que no lo publicase.

¹³¹ À Féli, 18 juillet 1834.

Viernes

En marzo del 34, Féli que está en París, confiesa “*me he decidido a hacer imprimir Las Palabras de un Creyente*”. Y entrega el manuscrito a Sainte-Beuve a quien recomienda que apremie al editor,

Llega a su retiro campestre de La Chesnaie el once de abril. Aquí hay relatos en los que se mezcla la historia escrita, con tradiciones orales, a veces contrapuestas. Juan María se presenta en la finca familiar y vuelve a insistir. Féli se defiende, argumenta, se revuelve, pero al fin escribe una carta a su editor de París dándole instrucciones para que suspenda la edición de la obra. Una hora más tarde, Juan deposita la carta en la diligencia de Dinan. Era el veintinueve de abril de 1834.

Al día siguiente los periódicos anuncian que acaban de aparecer *Las Palabras de un Creyente*.

“*Llorar y rezar, es todo lo que me queda por hacer ahora. Lo que sufro no es más que el comienzo de lo que voy a tener que sufrir, y tengo que preparar mi alma a dolores tan anchos como el mar: ¡lo sé de sobra! Bendito sea Dios*”, escribe a Coëdro el cuatro de mayo.

La diócesis vuelve a hervir con más vehemencia. Para frenar la marea de sospechas, de juicios insultantes con respecto a su Vicario, el Obispo le pide que escriba una declaración confidencial, para acallar las voces maliciosas. “*Ya sabe usted qué viva es la pena que he sentido al saber por los periódicos, la publicación de una obra que desde hace algunos días agita tan triste y profundamente los espíritus... no quiero leerla y he prohibido que la lean en mis casas.*¹³²”, dice dócilmente Juan María.

Y el obispo publica esta declaración en un periódico regional, sin ningún consentimiento. A pesar de las cartas de explicación, se ha dado un duro golpe a los dos hermanos y la confianza de Féli hacia su hermano se ha comenzado a quebrar.

¹³² Al Obispo de Rennes, Ploërmel, 10 de mayo de 1834.

La encíclica “*Singulari nos*”

El quince de julio de 1834 aparece la encíclica *Singulari nos* que condena *Las Palabras de un Creyente* y las doctrinas filosóficas de Féli.

“Acabo de celebrar la Eucaristía, acabo de ofrecer a Dios el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de su Hijo para pedirle la resignación, la serenidad y el humilde valor que nos hacen falta a ti y a mí en un momento en que nuestras almas están trituradas por dolores inexpresables... ¡Oh pobre Féli mío! ¡Ya sabes cuánto te quiero!”¹³³

Los rencores y las animosidades se desatan de nuevo en la diócesis de Rennes.

El sector de misioneros de la antigua Congregación de S. Méen no quiere o no puede aceptar su postura y convence al Obispo de la necesidad de que Juan María dimita también como Superior General. Su presencia en la Congregación de San Pedro les está dañando en la diócesis.

No basta que Juan proclame una y otra vez su adhesión a las dos encíclicas, no basta que escriba al Obispo: *“Mientras me quede un soplo de vida, mientras me queden fuerzas para pronunciar una palabra, estad seguro señor que esta palabra será la expresión sincera de mi plena sumisión a las decisiones de la Santa Sede y de, mi adhesión a vuestra persona”¹³⁴*.

El dos de setiembre el Obispo le comunica: *“Veo con dolor, querido cooperador, que la Congregación está dividida a pesar de todos los esfuerzos y sacrificios que he hecho y de los avisos paternales que he dado. En consecuencia debo decirle que tomo bajo mi dirección inmediata a los que se separen de Vd.*

¹³³ A Féli, Ploërmel, 18 de julio de 1834.

¹³⁴ A Mons. de Lesquen, Malestroit, 5 de diciembre de 1834.

*encargándoles la dirección de mi Seminario menor de Saint Méen y de la Casa de misioneros de Rennes. Dejo entera libertad a los que quieran seguirle, pero dígales de mi parte que los consideraré excardinados de mi diócesis donde no les ofreceré cargo alguno.*¹³⁵”

Es un golpe decisivo a la obra que Juan María había soñado y alimentado con tanto mimo, con tanto esfuerzo y ahora con tanto sufrimiento. Recibe del Obispo directivas tan precisas como ésta: “*Me siento obligado a decirle que en las disposiciones de los espíritus y en las circunstancias actuales, es preciso que usted declare, antes de la elección, que no puede aceptar ningún cargo en la congregación...*”

El catorce de setiembre comunica públicamente la dimisión a sus religiosos reunidos en el Retiro. Con palabras llenas de hondura, de paz sencilla, de humildad serena.

*“Graves motivos conocidos por todos y por tanto inútiles de recordar me han decidido a poner a disposición del señor Obispo el cargo de Superior General de la Congregación. No dudo en afirmar que es cierto que, sin quererlo, he sido un obstáculo al bien que estáis llamados a hacer en la diócesis. Por este motivo era necesario que dejara de ser vuestro jefe y que no tuviera ningún título en la Congregación. Me he dado cuenta demasiado tarde del verdadero estado de la situación y me admiro de la paciencia que habéis tenido para soportarme durante tanto tiempo. Os doy por ello las más sinceras gracias y os aseguro que guardaré hasta mi último suspiro un vivo y dulce sentimiento de gratitud*¹³⁶”.

¹³⁵ Del Obispo de Rennes a J. M. de La Mennais, Rennes, 2 de diciembre 1834.

¹³⁶ Declaración a los religiosos de San Pedro, Saint-Méen, 7 de Septiembre de 1834.

Fin de la Congregación de San Pedro

La Congregación de San Pedro acaba de morir. ¿Desaparecería entonces la campana de Malestroit, la que ritmaba la exultante rutina del seminario? No está la campana. Porque queda el recuerdo de la vida, pero no el latido. Quizás la campana se quebró de alegría por lo que fue aquel lugar y de desazón por lo que no volvería a ser nunca más. Muchos sienten hoy todavía tristeza ante su dramático destino.

Sigue la catarata de hechos que se precipitan unos sobre otro. Frente a todos, la firmeza mansa de Juan María:

. La Sociedad cambia de nombre, para evitar cualquier gesto de sospecha, y recupera el antiguo de Saint-Méen. Pronto le hicieron saber que le excluían de ella. "Usted ya no forma parte de la congregación", le escribía Coëdro.

. Aparecen artículos calumniosos en periódicos. Habrá de soportar acusaciones de hipocresía ante los juicios de Roma.

. Quedan por arreglar las cuestiones materiales y financiera por la disolución de la Congregación de San Pedro. Coëdro y sus compañeros plantean exigencias que Juan no puede aceptar por injustas y sin fundamento legal alguno. No faltan las insinuaciones malévolas. "Querido Coëdro, ¿qué diferencia entre nuestras relaciones de hoy y las antiguas! No tengo palabras para expresar esa diferencia, me quedan sólo lágrimas¹³⁷ !

. Su viejo amigo Bruté, el más íntimo amigo, obispo titular ahora de la sede de Vincennes en los Estados Unidos visita Bretaña. Va varias veces a La Chesnaie para "convertir" a Féli, inútilmente. Con ocasión de la impresión de la Regla de los Hermanos, escribe a Juan: "El nombre de Lamennais debería suprimirse pues despierta actualmente un involuntario horror en todo corazón católico y cristiano."

¹³⁷ A Coëdro, 10 de febrero de 1835.

- “No vayas a creer que me disgusto y me enfado como un niño: no, mil veces no; pero, como un niño bueno, que siempre dice sencillamente sus razones, yo te voy a contar las mías, y luego no diré ya nada más, sino que te amo con todo el corazón, y que te amaré siempre igual¹³⁸”, le responde Juan María

. Bruté acusa a Juan de haber sido, por debilidad, el responsable de la pérdida de Féli. El mismo tono lúcido y preciso, manso y tranquilo, en la respuesta: “Según relatos no veraces, o quizás malévolos, supones que por debilidad, yo le he adulado... Oh amigo mío, no creas nada de eso: le quiero demasiado para haberle ocultado mis lágrimas y para haberle edulcorado en alguna ocasión las verdades que tengo que recordarle: siempre, lo confieso, mi celo ha sido dulce, he guardado las formas, exigidas a todos por la caridad, y a mí más que a nadie porque soy su hermano: pero, si hubiese obrado de otra manera, tú mismo me vituperarías, y mi conciencia me haría hoy reproches que no me hace gracias a Dios¹³⁹.”

. A pesar de todo, por encima de calumnias, rechazos, apreciaciones mal intencionadas, nada le atenaza el corazón como los ataques personales a Féli. “Una de tus frases con respecto a Féli me ha dolido más que una puñalada: pobre Persehais, al recibir de tu mano este golpe, elevo al cielo mis ojos llenos de lágrimas y repito la oración de Jesús al morir en la cruz: ¡Dios mío, perdónale porque no ha sabido lo que hacía¹⁴⁰!”

En el horizonte de este sendero rudo y fatigoso, de este viacrucis de temblor y de desgarró, están los niños, está la pasión por sus escuelas, su cariño a los Hermanos.

¹³⁸ A Bruté, 8 de noviembre de 1835.

¹³⁹ A Bruté, 19 abril de 1836.

¹⁴⁰ A Persehais, 15 de febrero de 1835.

En un panfleto apareció primero la Congregación de Hermanos como un grupo de policía secreta al servicio del grupo menesiano. Fueron luego las consignas en voz baja para quitar a los niños de las escuelas, por participar sus profesores del republicanismo de “*Las Palabras de un Creyente*”. Y en las discusiones económicas aparecieron las acusaciones de aprovecharse de los bienes de la Congregación de San Pedro para gastos en coche y caballos en las visitas a las escuelas.

Pero los niños y jóvenes, lejanos a las intrigas y discusiones, lo mantuvieron en pie. Por ellos, calló, se humilló. Por ellos, podía conservar la frescura y la paz entre las luchas. Por ellos era posible expresar con verdad en la misma carta de 21 de febrero de 1835 el milagro de dos polos aparentemente irreconciliables:

“Las penas se hacen cada vez más vivas. La esperanza huye delante de mí: no me queda más que la oración... Nada me reconforta el alma tanto como estos piadoso y conmovedores ejercicios; estar en medio de estos niños es vivir ya con los ángeles, es comenzar, de alguna manera, la vida del cielo”!

Atardecer

Estás solo. Definitivamente solo. Con tu soledad auestas. Estás todo tú como un muñón sangrante. Y es una experiencia distinta de todas las anteriores. No es el dolor desconsolado de la pérdida de la madre, ni el desamparado de los tuyos, ni el abandono de casi todos dejándote solo frente a una inmisericorde revolución... No es eso. Entonces tenías la convicción juvenil de estar en la certeza. Estar solo entonces, frente a todos, luchando por la Iglesia no era un dolor, era un temor sobresaltado. Nada más. Te sentías por encima de todas las patrullas, al abrigo de toda guillotina. Por eso no temiste cuando en la calle Vaugirard, frente a las paredes frescas aún de sangre y de heroísmo, dijiste que sí, que

Viernes

estabas dispuesto a todo, a muertes y a torturas. Y optaste por el sacerdocio, frente a todos.

Pero ahora es distinto. Estás partido en dos. En dos amores. En dos fidelidades. Y resulta difícil hacer luz, poner al menos orden en fechas y detalles.

Al principio sólo fue un presentimiento. Conoces a tu hermano muy bien, le amas con locura. Y sabes que precisa de tu mano, de tu afecto y tu ternura. Te duele la cadena de amargura que rebosa todo en torno vuestro. Y sientes un temblor estremecido. Tu hermano es un ser frágil, desvalido, sediento de cariño. No valen con él las amenazas. Necesita más que nunca una mano amiga... Y está solo. Y más que la tuya, te atormenta su propia soledad. Porque también él está solo. En una dura e inclemente soledad. Por eso ahora sólo sale de tus labios la oración de Jesús ante el silencio negro de Getsemaní.

Es un dolor punzante. Y un vacío espeso el que te inunda. Más que el cúmulo de humillaciones inútiles te preocupa tu hermano. No te ha importado hacer triple declaración de fidelidad a la encíclica, ni los abusos de confianza, ni la injusta dimisión impuesta como segundo Superior General de la Congregación de San Pedro, ni las desconfianzas que provoca tu apellido en algunos círculos... Te importa la soledad que a Féli, seguro, le encadena, la herida abierta en su corazón sensible...

Estás partido en dos. En dos amores. En dos fidelidades. Porque eres hermano y darías tu vida, mil vidas, por el frágil, desvalido hermano Féli. Pero eres también "padre" y en mil puntos de Bretaña te piden tu vida, mil vidas si las tuvieras, por miles y miles de niños y adolescentes. No te queda más que lo que haces, abrazarte a la voluntad de un Padre que ahora quieres descubrir tras la niebla de su denso silencio.

“¡Dios mío! ¡Que tu voluntad sea siempre la mía! Tengo sólo un deseo: no oponer jamás la menor resistencia a lo que pidas de mí. Me entrego a Ti por entero; haz lo que te plazca de esta miserable criatura”.

Juan María de la Mennais

Y te sabes a la intemperie, pero en brazos de Alguien mucho más grande que tú.

Y deseas que Féli, a pesar de todo, por encima de todo, no pierda, como tú no has perdido, la dulce calidez de un seno que te acoge, que te nutre, que te sosiega...

Es una ternura que te envuelve y aquieta tus temores. Una mano que llega a tu cara. Se posa en tus párpados. Y los va cerrando. Tenuemente.

“Providencia de mi Dios... haz de mi cuanto quieras... no deseo...”

SÁBADO

Sábado

Amanecer

Hay noches cortas donde el cansancio envuelve apretadamente los músculos y el sopor se apodera resueltamente, pasando las horas sin sentir. Hay noches largas, en las que se repiten los sobresaltos, recortando los hilos del sueño... Hay noches interminables.

La de ayer fue una noche... Juan María no cuenta las noches, sino estos despertares que por repetidos no dejan de ser frescos y luminosos como el primero.

Al abrir los ojos, ha elevado su pensamiento y su corazón al Dios Solo que lo arropa cada día con su maternal ternura. Al sentir el agua fría por su cara, ha experimentado el solemne beso que hace cincuenta y seis años estampaba el agua bautismal sobre su cabeza, en aquella catedral de Saint-Malo, cuando lo llevaron por vez primera con incontinida alegría.

Se ha mirado al espejo para peinarse. No le ha gustado nunca perder demasiado tiempo en sus cuidados personales. Esboza un gesto socarrón cuando recuerda sus años en la Gran Capellanía, y

los comentarios que intuía al pasar junto a las damas, con sus risas veladas tras unos abanicos de marfil ribeteados de organdí.

Tiempo pasado. Estamos en 1836. Y debe apurarse porque tiene que ponerse en camino a visitar Hermanos, niños, escuelas. Ha vivido caminos difíciles. Por esos caminos de Dios, la Providencia le ha ido empujando poco a poco hasta acorralarlo en Ploërmel.

Sus Hermanos son ya más de trescientos y no hay nada en su vida que no sea estar junto a ellos.

De ahora en adelante, sólo abrazará un apostolado, el de la enseñanza; sólo admitirá un título, el de "ignorante bretón "; sólo quemará su vida en una aventura, la de su Instituto de Hermanos.

Son años esquivos a la crónica brillante, años de humilde y fecunda labor desde el puente de mando de Ploërmel por los caminos de Bretaña tropicados en su vieja tartana, años en que continuará su lucha tenaz y oscura por la libertad de enseñanza, años con la mirada puesta en una destartada buhardilla de París donde no puede permitirse que su hermano se hunda en la obstinación.

Hoy se acerca hasta las caballerizas. Hay un calor denso, un olor animal que todo lo envuelve. Y se acerca dulce, tierno hasta su caballo. Es el trotón con quien recorre los caminos más arduos, el que le guía en esas noches gélidamente oscuras del invierno, el que está siempre, dócil, dispuesto, generoso.

Y le acaricia. El caballo le vuelve la mirada con unos ojos grises que parecen ahora transidos de vida y de sentido. Le besa dulce, lentamente la frente.

Este es mi destino como el tuyo: caminar, hacerme presente, llevar vida, vida, a pesar de mis apariencias elementales y rudas. Y estar, permanecer siempre, fiel, silencioso, disponible.

Y Juan María recuerda las mil etapas pasadas desde hace muchos años por los caminos de Bretaña. Desde los comienzos de la aventura fascinante - que es ahora la única que llena su vida de

Sábado

hondura y de sentido- de ir al encuentro de los niños sin pan, sin cultura, ni esperanza, a la búsqueda de un Dios en quien ponerse a cobijo.

Mañana

Por fin ha encontrado Juan María el destino final de su vida. Con la muerte de la Congregación de San Pedro, ha recibido la más clara confirmación. Su vida está ya, definitiva e indisolublemente unida a la organización, animación, y el desarrollo de la Congregación de los Hermanos. En su actitud de sumisión inquebrantable con ocasión de la “crisis menesiana” además de su conciencia, había pesado fuerte la salvaguarda de sus obras: “Soy **hermano**, también soy **padre**, y en conciencia no podía callarme en tal circunstancia y dejar a mis numerosos hijos que dudasen de mi fe: pero, Dios mío, ¡qué duro es!¹⁴¹”

La actividad de organizador de la enseñanza popular en Bretaña fue tan grande que algunos no llegan a ver en Juan María y en su correspondencia nada más que al administrador. Resulta imposible seguir linealmente todo el trabajo, todas las intuiciones maestras, toda la pasión por él derrochada. Por eso, no seguiremos del todo la trama sucesiva de la vida, sino que nos quedaremos en núcleos, desarrollando intuiciones que resultan vivas hoy. No andaremos por los sucesivos momentos del caminar de Juan María, sino que balizaremos los puntos centrales de lo que constituyó el gran sueño de Juan María, la educación, la escuela como él la quiso: la escuela, la educación menesianas.

¹⁴¹ A la Srta de Lucinière, 12 octubre de 1834.

Lo primero, los niños

Le dolían los niños y jóvenes abandonados a su suerte, a quienes amaba apasionadamente. Se apasionaba por ellos, porque les percibía más frágiles y vulnerables, más inermes y desvalidos, las manos vacías, repletas solamente de futuro. Abiertos a la vida. Por eso, los jóvenes están por encima de toda consideración, de toda legislación.

La dispersión de los pueblos representaba un freno importante a la escolarización. “*Los niños tienen que hacer cuanto menos una o dos leguas por caminos horrosos, sobre todo en invierno*”. El absentismo escolar se producía también porque los niños se veían obligados a participar en los trabajos del campo: “*Las escuelas no están al completo más que al final de la recogida de las manzanas, es decir, a mediados de noviembre; los niños se retiran lo más tarde por San Juan para ir a trabajar a la hierba y a la cosecha*”

Si los niños no van a la escuela, Juan María decide que la escuela vaya a los niños.

La legislación prohibía la creación de **internados**, sólo existía alguno en los niveles de “Colegio”. Mientras, los niños de los pueblos, que acudían a una escuela, debían costearse la pensión en casa de algún vecino. Juan María, anunciará alborozado la apertura revolucionaria del internado de Ploërmel: “*Hay pensiones para los que estudian latín o altas ciencias: pero no hay una sola para la clase numerosa que estáis llamados a instruir y santificar*¹⁴²”

Había padres que no podían mantener a sus hijos como internos, pero deseaban que se ocupasen más tiempo de ellos, por motivos de trabajo. Juan María ideó una estructura absolutamente original, la “Retenue”, la **Permanencia**. Los alumnos permanecían en el Colegio desde las 7 de la mañana a las seis de la tarde, excepto la hora de la comida. Eran atendidos en estudios dirigidos profundizando y ampliando conocimientos, o llevados de paseo, o

¹⁴² Sermón a los Hermanos, 2235.

Sábado

acompañados a los oficios...Esta sencilla intuición fue valorada muy positivamente por los padres y por las autoridades académicas.

Y había los niños que acudían a la escuela, pero no podían volver a casa en la hora libre de la comida, por estar alejados de sus aldeas. Para ellos surge la creación del “**Remojo**” (“*trempage*”), especie de caldo o sopa ligera. *“En las parroquias muy extensas, para evitar a los niños el inconveniente de volver a su casa a la hora de la comida y para tenerles en la escuela todo el día, se les da de comer, es decir un caldo, y ellos traen el pan. Este tipo de pensiones se multiplican todos los días. El cura de Bourbriac ha gastado 6000 francos de su patrimonio para tener dos Hermanos con él y para arreglar una cocina y una sala, donde los escolares coman al mediodía las pequeñas provisiones que han traído por la mañana”.*

No quiso, ni supo, ni pudo poner filtros a aquella mirada penetrante que Dios le regaló para ver necesidades. Y dejó sus ojos abiertos a discernir caminos nuevos para el servicio mejor a los muchachos.

Sin ninguna barrera, con la flexibilidad evangélica de servir eficazmente:

“Permítaseme hacer notar aquí qué preciosa resulta para las familias la organización de nuestras escuelas, cuando está completa. ¿Quieren los padres que sus hijos reciban instrucción gratuitamente? Bien. ¿Quieren que entren en una clase de pago? Bien. ¿Quieren que hagan permanencias de la mañana hasta la tarde y que, coman en su casa paterna? Bien. ¿Quieren que reciban clases particulares de dibujo, de cuentas o de ortografía? Bien. ¿Quieren que trabajen todo el día y no vayan a clase más que al atardecer? Bien. A cualquier pregunta que se nos haga, respondemos: ¡Bien, perfecto!¹⁴³!”

¹⁴³ A un Ministro de la Instrucción Pública.

La educación debe ser religiosa

En esta marcha de amor hacia los jóvenes, Juan María encontró el camino, pero no logró encontrar el dique o la frontera. Soñó la educación como el camino apto, mejor, más duradero para dotar a los jóvenes de un porvenir más cierto.

Cuando los dos hermanos la Mennais introducen el bisturí en la Francia del momento, van diseccionando los males que aquejan a la sociedad y la Iglesia. Se detienen en los hijos del pueblo, dejados a su suerte, vagabundos de todos los senderos y establecen el remedio seguro:

“El remedio está en la restauración de las escuelas cristianas en las que los niños del pobre reciben gratuitamente la instrucción apropiada a su estado y donde adquieren sobre todo principios religiosos, única garantía de integridad en todos los estados: institución verdaderamente social, a la que es necesario proteger y extender si realmente interesa en algo la educación del pueblo”¹⁴⁴

Así empezó la intuición de la fundación de los Hermanos. Cuando el Estado quiso universalizar la enseñanza primaria, el Gobierno legislabá. Y Juan María detectaba los vacíos de unas leyes que des-almaban la educación. Se difuminaban los contornos del educador, para emerger potentes los trazos del funcionario. Con su hermano Féli, han acuñado una expresión feliz, la educación debe dirigirse a ayudar a crecer al **“*homme tout entier*”**, todas las dimensiones, abiertas al modelo último de ser humano que es Jesús. La religión como fuente de valores y horizonte de la educación.

“Repitámoslo claramente: sin religión, no hay moral: por consiguiente la educación para ser moral, debe ser religiosa; lo

¹⁴⁴ *Réflexions sur l'État de l'Église en France pendant le XVIII^e siècle et sur sa situation actuelle*, Paris, 1836-1837, t. III, pp.108-109.

Sábado

mismo que para ser religiosa, debe confiarse a hombres religiosos¹⁴⁵”.

Por eso Juan María insiste en el carácter fundamentalmente apostólico de la enseñanza:

“Se dedicarán especialmente en las clases a instruir a los niños en la religión y a inspirarles una verdadera y sólida piedad: cuidarán de que sus alumnos se acerquen regularmente a los sacramentos, y les prepararán para ello con celo: los Hermanos considerarán este deber como el primero de todo, y como el objetivo principal de su misión¹⁴⁶”.

Desde los orígenes, cuando los primeros hermanos vivían de uno en uno, con los sacerdotes en las casas curales de las parroquias, el Hermano tenía su misión diferenciada. No era el ayudante parroquial, el sacristán o el coadjutor sin órdenes. La escuela, la educación de sus alumnos tenía un profundo carácter religioso. La escuela menesiana se constituía en lugar de vida cristiana y de seguimiento a Jesús.

“No olvide nunca que está encargado de formar santos, y para ello, sea santo usted mismo¹⁴⁷”.

“Esfuérzate en hacer de ellos santos; así es como te santificarás tú mismo¹⁴⁸”.

Ministros, no funcionarios

Pero desde los orígenes, el educador menesiano no necesita otras consagraciones, fuera de la religiosa, para vivir la plenitud de vocación. No precisa espacios sacros, vive el sacerdocio de los

¹⁴⁵ J-M de la Mennais, “*Sur l'Éducation religieuse*”, p. 14.

¹⁴⁶ Instrucciones a los Hermanos de San Pedro y Miquelón, 10 de Abril de 1842.

¹⁴⁷ Al Hno. Irénée-Marie Davalo, Ploërmel, 1 de junio de 1841.

¹⁴⁸ Al Hno. Nicandre Chailles. Ploërmel, 16 de enero de 1852.

fieles. No requiere de lugares separados para experimentar la presencia santa de Dios, le basta la cercanía de los niños y de los jóvenes.

“¡Ah, nunca podéis olvidar! Que vuestra obra es hermosa, que es santa, porque tiene como objetivo, no hacer sabios sino santos. Vuestro ministerio es sublime, es divino, porque no os proponéis únicamente dar a los niños que os son confiados, cuidados relativos a los intereses de este mundo, sino porque estáis llamados a hacer de esos niños discípulos de Jesucristo, herederos de su reino y de su gloria. Vuestra escuela es pues, un templo en el que ejercéis las más augustas funciones del sacerdocio, el de la enseñanza. Por esto en vuestra cátedra, habláis en nombre de Jesucristo, ocupáis su plaza, y, en consecuencia, no tenéis nada en común con esos mercenarios para quienes la escuela no es más que un taller de lectura, de escritura o de cálculo, y que imparten la instrucción como un carpintero fabrica muebles¹⁴⁹.”

El educador menesiano vive la educación como misión y no como tarea; como sacerdocio y no como trabajo; como ministerio y no como profesión... como pastor, no como mercenario.

Juan María tuvo abiertos sus ojos para ver la realidad con ojos penetrantes, para descubrir la vida detrás de las realidades más opacas. Hizo la misma experiencia que Jacob en Gén. 28, 10-22a. “Jacob se despertó del sueño y exclamó: **“¡Verdaderamente Dios habita en este sitio y yo no lo sabía!”** En el relato bíblico la realidad ha sido transfigurada. Lo que ha sido visto hasta entonces como un campo donde descansar, se descubre como un lugar de presencia de Dios: Betel. Lo que era una piedra con funciones de almohada se convierte en altar, en estela conmemorativa. Todo sigue igual en la superficie, pero se vive con una carga nueva de significado en la profundidad. Es la misma realidad, pero percibida, sentida y vivida desde otro nivel.

¹⁴⁹ A los Hermanos, S t. VII, 2326- 27.

Sábado

La escuela habrá de vivirse como templo, las mesas escolares convertidas en altar, las relaciones, los sueños y preocupaciones convertidos en ministerio encomendado por Dios.

Éstas eran las intuiciones y la convicción con que Juan María de la Mennais precisaba el carácter de la misión en la escuela, dirigiéndose en el XIX y a mujeres, las Hijas de la Providencia:

*“En esta escuela, las maestras **están sentadas en la cátedra del mismo Jesucristo**, que no se propuso otra cosa al venir a la tierra; ellas lo **representan**, ellas hacen lo que Jesucristo hizo, repiten lo que dijo; ellas son **los ministros de Dios**, los intérpretes de su voluntad, las dispensadoras de sus misterios¹⁵⁰”*

Educación capaz de « hacer milagros »

La Revolución ha dejado a los niños y jóvenes en una situación de auténtica pobreza intelectual y moral. Por más que la pintura estremezca en sus colores de realismo cruel, los niños y los jóvenes son seres desarmados, vagabundos, víctimas del abandono de todos: *“Casi por todas partes, los hijos del pueblo, dejados a sí mismos, viven en un abandono absoluto, en un deplorable vagabundeo, fuente de todos los desórdenes y de todos los vicios. La mitad de los robos cometidos en la capital son cometidos por niños. El crimen se hace una costumbre y una necesidad antes de ser un cálculo o una pasión; y la conciencia queda ahogada antes de que nazca¹⁵¹.”*

La Regla de los Hermanos pondrá como objetivo esencial de su propia existencia el educar a esos niños en la virtud, en los valores verdaderos: *“Los Hermanos recordarán constantemente que los niños de los que están encargados, les son confiados por el mismo*

¹⁵⁰ A la Providencia de Saint-Brieuc, S t. II, 820 bis.

¹⁵¹ J.-M. et F. de la Mennais, *Réflexions sur l'État de l'Église en France pendant le XVIII siècle et sur sa situation actuelle*, Paris, 1836-1837, t. III, p. 108-109.

*Dios, para enseñarles a amarle y a servirle; y, en consecuencia, su principal atención será formarlos en la virtud*¹⁵². ”

La escuela deberá constituirse así en escuela-hospital. Esta será una imagen que Juan María utilizará algunas veces: “*Una escuela es un hospital: todos los niños están desvalidos*¹⁵³”, y en ocasiones, según los preceptos de la retórica y oratoria de la época, con una escalofriante riqueza de imágenes. “*Sí, es vuestro estado el que acabo de pintar, son vuestras dolencias cuya asquerosa pero fidelísima imagen os acabo de presentar*¹⁵⁴. ”

Si Juan María soñaba la escuela como un lugar donde se anuncia la salvación, tiene que ser también un “lugar donde se experimente la salvación”, donde se realizan los milagros del Reino, donde los no amados sientan que son amados, donde se cuenta con los que no cuentan para nadie,... una escuela descaradamente escorada hacia los últimos, porque sólo es posible la fraternidad si se parte desde ellos.

*“Sin hacerme ilusiones por el futuro, estoy contento con el presente: reúno a mi alrededor; como se reúnen los restos en un naufragio o después; reúno, digo, a algunos jóvenes arrojados casi sin vida a la orilla por la tempestad*¹⁵⁵. ”

Firme dulzura, dulce-firmeza

La escuela menesiana, para atender adecuadamente a esta juventud enferma, precisa un marco de disciplina y de « moral » (valores), que no encontrarán una fuente de inspiración más jugosa

¹⁵² RFIC 36-37

¹⁵³ Al Hno. Henri-Marie, 2 de noviembre de 1851.

¹⁵⁴ Apertura de un retiro de alumnos, S t.II, 701-702.

¹⁵⁵ A la Srta. de Lucinière, 3 de septiembre de 1838.

Sábado

que la religión pues “*la moral humana, seca y fría, puede indicar el camino, pero no da el valor para recorrerlo*¹⁵⁶”.

Si Juan María había confesado con firmeza y convicción que para dar una educación realmente cristiana se precisaba de maestros religiosos, también para una pedagogía de los valores se precisa la ejemplaridad del maestro. Su ser ha de hablar más claro, más elocuentemente y de forma más convincente que la fuerza de sus palabras. Así se dice en la Regla inicial: “*Serán los modelos de todos por su regularidad, su piedad y su modestia*¹⁵⁷.”

Y el modelo es de una dulce-firmeza. Juan María había adoptado como modelo pedagógico en sus escuelas la *Conduite* que San Juan Bautista de La Salle había escrito para sus Hermanos. En multitud de ocasiones recomienda a los Hermanos Menesianos que se sujeten en la práctica diaria a los que ese manual prescribe. Pero también se había fijado personalmente el trabajo de elaborar una nueva guía de enseñanza y de pedagogía, que no se concluyó nunca debido a los múltiples trabajos con los que cargó. “*Se continuará hasta que yo haya dado una nueva edición de la Conduite: me estoy ocupando de ello, pero es un trabajo más difícil de lo que se piensa: no hay que darse prisa si se quiere hacerlo bien*¹⁵⁸.”

Precisamente uno de los puntos de la *Conduite* que más reticencias le producían era el de los castigos, sobre todo el de los castigos corporales, si bien habían sido muy atenuados y restringidos en la edición que conoció Juan María. La escuela menesiana debe ser un hogar, un espacio que conjuga admirablemente la dulzura, la paciencia y el cariño con la firmeza y el respeto. Cuando soñó la educación, Juan María escribía, dentro de los escasos puntos de la Regla: “*Procurarán inspirarles confianza, respeto y apego, sin familiarizarse con ellos, ni tutearles nunca. Estarán a la vez llenos de dulzura y de firmeza,*

¹⁵⁶ J. M de La Mennais, *Sur l'Éducation religieuse*, pp. 11-12.

¹⁵⁷ RFIC, p. 37.

¹⁵⁸ Al sacerdote Mazelier, 31 de agosto de 1825.

no soportando ningún desorden, pero tampoco, reprendiendo o castigando nunca por capricho o mal humor. Se esforzarán por reprimir los movimientos de impaciencia que pudieran nacer en ellos por la ligereza, la indocilidad, o la poca aplicación de los niños¹⁵⁹.”

Esa necesidad de ser dulce para con los niños y de hacerse amar por ellos, es algo que constituye una permanente recomendación a los Hermanos:

“La dulzura es el mejor medio para conseguir de tus niños lo que quieres de ellos: si les gruñes y los castigas demasiado, se irritarán contra ti, y su carácter se agriará.

Con los niños, tienes que ser bueno, paciente y dulce; sin duda hay que tener también firmeza, pero sin ser duro y sin dejarse llevar por la impaciencia. Corregirás mejor los defectos de estos pobres niños haciéndote querer, que haciéndote temer.

Tienes mucha razón en tratarlos con mucha dulzura: hazte amar y harás de ellos lo que quieras¹⁶⁰.”

La pedagogía de la escuela soñada por Juan María es una pedagogía que toma su modelo en la figura del ángel. “Se acordarán que son como los ángeles tutelares y guardianes de la inocencia de los niños que la Providencia les ha confiado”¹⁶¹, escribe en la Reglas iniciales. El ángel considerado como custodia, protección y vela permanentes. La presencia constante, atenta y delicada entre los niños es una de las claves de la pedagogía menesiana. y uno de sus centros de espiritualidad. Se es ángel en la acogida, escucha, presencia, cercanía, preocupación... por los alumnos

Nada hay mejor que esta solicitud amorosa por los niños: “Cuando lleváis a los niños a misa, vigilad sobre ellos con cuidado. Las miradas que echáis sobre vuestros alumnos, para ver

¹⁵⁹ RFIC, pp. 36-37.

¹⁶⁰ A algunos Hermanos en los años 1835, 1845, 1847.

¹⁶¹ RFIC, pp. 36-37.

Sábado

cómo se comportan en la iglesia, no son verdaderas distracciones. Todo lo que se hace por la salvación de las almas y la gloria de Dios es una especie de oración que le es muy agradable¹⁶².”

“Ser ángel” es vida, no título teórico que pueda dar pie a coartadas, por espirituales que parezcan. “*Si el rezo del oficio de los ángeles no estorbase las demás ocupaciones tuyas, te lo permitiría gustoso: pero, temo que descuides lo que tienes que hacer: por eso no reces este santo oficio más que el jueves y el domingo: trata de vivir como un ángel¹⁶³.”*

La educación empieza siendo un ejercicio de proximidad y acompañamiento; en la educación se entra por la puerta de la amistad, lo único que es capaz de despertar las fibras más hondas que se despliega en comunicación humana y en proximidad vital.

De este modo, la relación educativa rompe el anonimato y recupera el nombre y con ella, su historia e identidad. Educar es siempre dar identidad, dar valor, hacer que alguien se sienta persona. Sólo cuando alguien queda dignificado puede transformar su propia situación.

Escuela de calidad

Desde los orígenes se insta a los Hermanos a tener la formación precisa. La instrucción adecuada es una seria responsabilidad, sin ella no tiene sentido la misión de la Congregación “*Si no tenéis la instrucción necesaria, los alumnos no irán a vuestra escuela, y responderéis ante Dios de la salvación de los que puede ser que se pierdan, en otras escuelas, o de los que al no frecuentar ninguna, ignoren toda la vida las verdades más esenciales de la Religión¹⁶⁴.”*

¹⁶² *Recueil* del 1825.

¹⁶³ Al Hermano Adolfo, 15 de noviembre de 1844.

¹⁶⁴ RFIC, p. 99.

Pero a la vez se señala un riesgo importante en el gusto autocomplaciente de la ciencia. Formación constante, pero con vistas a la misión, sin tentaciones narcisistas que puedan desviar del fin último de la atención al crecimiento de los más pequeños de Bretaña. *“No hay que buscar conseguir una vana ciencia, que no serviría más que para alimentar vuestro orgullo y para asquearos de vuestras humildes y santa funciones”*¹⁶⁵.

Juan María quiere claramente una escuela de calidad, y, sin embargo, algunas páginas, descontextualizadas, han permitido creer a alguno que pretendía mantener a los Hermanos en permanente minoría de edad: *“Si tuviesen la pretensión de ser espíritus cultivados, serían malos Hermanos: yo quiero que sepan muy bien lo que enseñan, pero nada más... La tentación más peligrosa para estos buenos Hermanos, es el deseo de elevarse por encima de su estado; cuando se dejan llevar por ella, quieren salir casi inmediatamente”*¹⁶⁶.

Si se ha opuesto ahora a la literatura, como se opondrá al latín o a la música, lo hace porque en ese momento son ciencias superfluas para la vida de los niños y crean en las familias desconfianza y rechazo.

Cuando había sido profesor en el colegio eclesiástico de Saint-Malo, en el contacto vivo y real con los muchachos, en la experiencia diaria de las clases, en el vivir permanente entre y para los jóvenes, había tocado el absurdo de una calidad teórica, propuesta por inspectores y la Universidad, al margen de la vida, que le había hecho escribir con sonrisa irónica: *“Se ampliarán demasiado los temas de instrucción; sobre todo y ante todo se quieren matemáticas, y más matemáticas. Te aviso pues que me hago geometra, y espero dentro de algún tiempo poder, con la*

¹⁶⁵ RFIC, p. 99.

¹⁶⁶ Al sacerdote Mazelier, 1 de febrero de 1825.

Sábado

ayuda del cálculo infinitesimal, medir la altura, anchura y profundidad de tantos absurdos¹⁶⁷.”

Pero siempre va a estar atento, corrigiendo incluso sus intuiciones, para adaptar la formación al paso de la evolución social. *“En las circunstancias actuales, es muy importante fortificar y elevar nuestra enseñanza: en todos los sitios en donde hay libre competencia, ya la hemos ganado, y es ésa una ventaja que no hay que perder, porque sin eso, no podríamos hacer el bien durante mucho tiempo.[...] Es esencial que atraigamos a nuestras escuelas a los niños de las clases medias, y, en consecuencia, que encuentren en ellas una educación superior a la que se da fuera: hagamos por salvar las almas mucho más de lo que otros hacen por perderlas, que no es poco¹⁶⁸.”*

Libre de la inercia del pasado, con el coraje que le aportaba el futuro, se abrirá a la educación secundaria requerido por la vida de los jóvenes. Decide fundar una escuela primaria superior en Dinan que habrá de cerrarse al poco tiempo por la mentalidad popular que no veía necesidad de esos estudios. Había que cambiar rutinas mentales, horizontes estrechos y, para ir poco a poco, pero con paso firme, creará más modestamente cursos superiores en los centros.

Vigía atento, sueña con escuela de artes y oficios que puedan capacitar a los niños como obreros «de mérito superior». Sin contar con ayudas gubernamentales monta en Ploërmel una verdadera enseñanza primaria profesional, a juicio de los inspectores de la Universidad. Junto a los oficios que servían de intendencia a la Congregación, establece otros nuevos: *“Nosotros tenemos aquí todo tipo de talleres y, en el pueblo, no hay obreros capaces de competir contra nosotros: por eso tomamos a niños como aprendices, que se hacen a su vez maestros, o, al menos, que*

¹⁶⁷ A Bruté de Rémur, 10 de junio de 1809.

¹⁶⁸ Al sacerdote Mazelier, 8 de febrero de 1833.

*tienen una capacitación, y se pueden ganar la vida cuando salen de nuestros centros*¹⁶⁹.”

Y quiere emprender algo que le parece decisivo para formar y elevar el nivel del pueblo bretón, la enseñanza agrícola. Piensa acoger niños vagabundos, abandonados por sus padres, o jóvenes pendientes de la justicia *“Yo querría no sólo ofrecer a estos desgraciados niños un asilo donde fuesen educados cristianamente y al abrigo de las tentaciones de la miseria; sino también aprovechar de esta circunstancia para extender en Bretaña el conocimiento de los mejores métodos de agricultura y oficios... Sin embargo no puedo esperar razonablemente que un centro de esta naturaleza se sostenga por sí mismo desde ahora hasta dentro de unos años. Porque los niños que me propongo recibir en ellos no podrán pagar nada y habrá que vestirlos y alimentarlos a costa mía, esperando que ellos estén en situación de ganar algo*¹⁷⁰.”

Pero este proyecto de escuela no podrá ponerse en pie en este momento a falta de las necesarias subvenciones. Mientras, el Rector de la Academia de Rennes, Pierre le Grand, abre una explotación anexa a la escuela para formar a profesores para futuras escuelas agrícolas. Se conciben como « un arma contra las escuelas de las congregaciones », como competencia suplementaria con respecto a las escuelas de los « Hermanitos ».

... Y cuando empiecen a proliferar las Escuelas Normales, sueña en crear una en Ploërmel para formar a maestros cristianos, que ensanchen, difundan el modelo de escuela que él ha soñado y que ayudará a dar vida, plena y verdadera, a los niños y jóvenes. Acondiciona los dormitorios de la Casa Madre para recibir a cien estudiantes. El rector de la Academia, el sacerdote Blanchard, apoyó esta idea y comunicaba al Ministro. *“No sólo los Hermanos del señor de La Mennais, se ocupan de dar la mejor educación a*

¹⁶⁹ A la Srta. de Lucinière, 5 de abril de 1839.

¹⁷⁰ Al Ministro Secretario de Estado de Comercio y Obras públicas, noviembre de 1832.

Sábado

*la juventud, sino que ahora han fundado en sus principales centros, pero sobre todo en Ploërmel, escuelas normales que proveen abundantemente a todas las necesidades de Bretaña*¹⁷¹.”

Un año más tarde esta experiencia fue interrumpida por la Revolución de Julio

Un lugar: Ploërmel

Es necesario un paso calmo y unos ojos despiertos, cuando miramos con curiosidad sorprendida las calles de Ploërmel. Es conveniente transportarnos al pasado y dejarnos envolver por el aroma de los siglos que se esconden y se asoman por murallas, casas, portadas, para maravillarnos de los restos de historia que están ahí como en imágenes congeladas.

Nos topamos con el convento de los Carmelitas, con ecos remotos de tiempos de fe y de cruzadas. Presenta también las cicatrices de la destrucción que sobre él ejercieron los hugonotes, hoy enmascarada por la reconstrucción habida en tiempos de paz.

Por todas partes, están las huellas de Bretaña: las tumbas de Juan II y Juan III, sus duques, las actas de las dieciséis sesiones de los Estados Generales que en Ploërmel se celebraron...

Las murallas que defendieron de envites de guerras, las casas que conservan el encanto del tiempo, aunque fuera tiempo de asedios y de fuego.

Y está la iglesia de Saint-Armel con su sólida estructura y las hermosas aperturas de sus vidrieras ojivales. “Tenax in fide”, firme en la fe, nos dice en su escudo.

Y los tiempos de ventura económica, con sus ferias y mercados, con el trajín constante de las gentes de todos los contornos quedan fijados en casas que fueron hoteles o locales de comercio.

¹⁷¹ 12 de septiembre de 1829.

Juan María de la Mennais

Las crónicas hablan de la época floreciente de la ciudad al depender directamente de la autoridad del Rey, de la construcción de edificios religiosos, los conventos de Ursulinas y las religiosas Carmelitas... Y hablan de luchas entre blancos y azules, laicos y religiosos, de sacerdotes no juramentados expulsados o clandestinos con sus liturgias en penumbra.

En todas las calles, como en los campos que circundan la ciudad, está muy viva la presencia de Juan María. En los años de su vida, los grupos de Hermanos con sus hábitos sencillos eran un elemento más del paisaje de la ciudad. Hoy la casa-madre constituye elemento que configura la ciudad y su torre es el vigía de los campos, de las viviendas, del corazón de la zona.

Mis fuentes están aquí

Es imponente la construcción, pero más imponente sentir y saborear lentamente la gloria sencilla de los inicios. Presente está Gabriel Deshayes, siempre discreto, siempre en los orígenes, comprando al ayuntamiento el antiguo convento de Ursulinas para sus religiosas de la Sabiduría. Poniéndose de acuerdo con Juan María, siempre a su lado, siempre emprendedor, para convertir aquella propiedad en la Casa-madre del Instituto de los Hermanos.

Justo debajo de la torre, están unas ventanas con agujeros al lado del granito. Allí estaban las verjas de las habitaciones de Juan María desde que llegó un 16 de noviembre de 1824. Sólo estaba en pie un ala. *“La comunidad estaba en un estado lamentable”*, informa el H. Hippolyte. *“Las paredes estaban abiertas y amenazaban una ruina eminente. La capilla servía a un panadero para depositar allí sus gavillas; el coro de las religiosas había sido empleado como almacén de paja; el salón era un almacén de vino y las celdas eran más parecidas a cuadras o bodegas que a habitaciones humanas”*.

Parece oírse el ritmo monótono, de una colmena de trabajadores que planta árboles, flores y verduras, moldea un nuevo paisaje,

Sábado

levanta tabiques, fabrica puertas, golpea, cose, amasa... Todo tiene el sabor de una familia que trabaja tesoneramente por abrirse un futuro de esperanza.

Aquí está concentrado el desarrollo de la Congregación.

Memoria de compromiso

Aquí está la capilla. Está la tumba de Juan María - a pesar de él, que quiso descansar en medio de sus Hermanos, en el cementerio común -, el dedo de Gabriel Deshayes, y envolviendo las columnas, chocando en las bóvedas, posándose en el altar, las voces de miles de Hermanos, pronunciando con temblor gozoso sus votos religiosos.

Y en el presbiterio se pueden evocar las sombras de los primeros misioneros que, de pie, se despedían de todos, y mientras recibían el beso en sus pies de mensajeros, estrechaban más sus lazos con aquellos hombres de su misma savia espiritual que quizás no volverían a ver en la tierra.

Y uno añora oír los acentos encendidos de un Juan María brillante y paternal en los retiros anuales. Y el júbilo de todos por encontrarse juntos después de un año de diáspora y silencio.

Y se imagina la atmósfera cargada con los acentos recios de las canciones finales, salidas de aquellas gargantas toscas y apasionadas, y estremeciendo aquellos corazones sencillos y entregados.

Todo está allí, la biblioteca espléndida de Juan María, donde se nutría de ciencia y de virtud, la habitación donde murió, la pasillo arbolado que llevaba al cementerio...

Ploërmel. Más que un pueblo, una marca, una raíz, un sello de calidad: por Hermanos de Ploërmel les conocían.

Tarde

Esta tarde habrá que decir el mismo estribillo de la mañana: No seguiremos del todo la trama sucesiva de la vida, sino que nos quedaremos en núcleos, desarrollando intuiciones que resultan vivas hoy. No andaremos los sucesivos momentos del caminar de Juan María, sino que balizaremos los puntos centrales de lo que constituyó el gran sueño de Juan María, la educación, la escuela como él la quiso: la escuela, la educación menesianas.

Esta tarde, tiempo de recuerdo y de descanso, es tiempo oportuno para rememorar las luchas, para tomar el aliento que parecía faltar en la batalla, los jirones de vida desgarradas por los niños, evocar también las alegrías, la indomable esperanza de saber que los grandes sueños del mundo se juegan en estos campos pequeños, discretos, donde se entrecruzan los niños y los jóvenes.

El dolor de los primeros amaneceres: Guingamp

Guingamp puede convertirse en un símbolo de la vida inicial de la Congregación.

Se empezó la acción educativa con alegre confianza, después de las primeras victorias en las escaramuzas contra la escuela Mutua en Saint-Brieuc. El mismo Juan María acompañaba a Guingamp a los Hnos. Yves y Allain, sus dos primeros novicios, cuidados por él con mimo. Como en otros sitios, el ayuntamiento se desinteresó de la creación de la escuela.

Y era el párroco el que, aprovechando de los fervores de una misión, abría una suscripción popular para la escuela. Las retribuciones menguadas que recibían de los padres, era el cura quien las administraba.

Las clases se empezaron el 1 de octubre de 1820. Las aulas eran dos habitaciones, escasas de iluminación, en el segundo piso de

Sábado

una casa de techos bajos. Para patio y lugar de descanso, estaba cerca la plaza. Y dado que la casa cural era pequeña, los Hermanos comían en ella, pero no disponían de sitio para dormir y, caída la noche, tenían que ir a acostarse a las clases.

Así comenzaron el curso, en estrecheces, en asombrosa fragilidad, pero gozando pronto de la afluencia popular. Por ello, los enemigos de la escuela congregacional acudieron a los insultos, a las reyertas infantiles, a las agresiones y denuncias. La crónica revela que los Hermanos, sencillos, ingenuos y torpes, sólo respondían con el manso silencio humilde. Ganaron la batalla porque ganaron los corazones.

Cuando el horizonte se va despejando, llega el golpe brutal: El Hno. Yves Le Fichant muere. Tenía sólo 21 años. Sólo hace dos años que habían comenzado. *“Os anuncio con vivísimo dolor la muerte de nuestro querido Hno. Yves, el 3 de este mes, estaba enfermo desde alrededor de cuatro semanas”*¹⁷².

Al año siguiente, la escuela mutua, fue suprimida, y los Hermanos, tomaron posesión de su local, en el antiguo convento de las Ursulinas. La ciudad les aceptó como maestros municipales, y así se aseguró el futuro de la escuela: *“Considerando que la escuela de los Hermanos de la Instrucción Cristiana es uno de los establecimientos más útiles de la ciudad, en lo que se trata de formar en la religión, y en proporcionar, a los individuos más desprovistos de medios económicos, los primeros e indispensables conocimientos, visto el número de alumnos que asisten a esta escuela, el Consejo testimonia al director su satisfacción, por lo bien que lleva la escuela, y es por unanimidad, por lo que se pone a su servicio el local de S. José, que ha quedado vacante, por la evacuación de la escuela mutua, queda a cargo de los Hermanos evacuarle, también, al primer requerimiento de la autoridad local, en caso de alojamiento militar”*¹⁷³.

¹⁷² Circular a los Hermanos, 9 de mayo de 1822.

¹⁷³ Deliberación del Consejo municipal de Guingamp, 12 de abril de 1823.

Así fueron los primeros años. Y los frentes de lucha estaban en conseguir mejores dotaciones económicas para poder vivir, lograr locales más apropiados a las necesidades de los alumnos, afrontar los combates por la libertad contra las administraciones que rechazaban la enseñanza religiosa...

Las incomprensiones desde dentro

Fueron pocos, pero particularmente dolorosos, los episodios de lucha, de descalificación y enfrentamiento por parte de los amigos y miembros de la Iglesia. Conocido fue el andar conjunto con su hermano Féli en el laborioso empeño por la libertad de la escuela, con acuerdo total y corazón conforme. Y sin embargo al final, las divergencias fueron profundas.

Hay una historia, una anécdota que merece resaltarse: La suspensión “a divinis” de Juan María por parte del Obispo de Saint-Brieuc, Mons. de la Romagère durante unos dieciocho meses. Durante este tiempo no pudo ni decir Misa ni confesar a sus Hermanos y las Hijas de la Providencia cuando les visitaba en la diócesis.

En 1837 había en Dinan tres centros de enseñanza: una escuela primaria superior dirigida por los Hermanos Menesianos, un Seminario menor que, según la ley, sólo podía recibir a aspirantes al sacerdocio y un Colegio municipal que vegetaba representando una carga para el Ayuntamiento.

A instancias de éste y del clero local Juan María acepta transformar su escuela en Colegio secundario que absorbería al municipal y tendría como Director a su íntimo amigo, el señor Querret. Antes de iniciar ninguna gestión Juan María escribe al Obispo: *“Pero, quiero asegurarle desde ahora que nadie está más convencido que yo de que no puede hacerse ningún bien real más que siguiendo las reglas y la primera para un sacerdote es una*

Sábado

*plena sumisión a la autoridad episcopal: le comunicaré mis pensamientos, mis proyectos y usted los juzgará*¹⁷⁴.”

Expone su proyecto por escrito a Mons. de la Romagère. En el mismo papel el Obispo apostilla: *he leído este escrito y apruebo lo que contiene*” Juan María comienza, entonces, las gestiones en el Ministerio y el Ayuntamiento cierra su Colegio.

Estando así las cosas, Mons. de la Romagère cambia de opinión, se opone al proyecto en marcha y declara que recibirá en su Seminario menor también a los no seminaristas.

Salta la chispa de un incendio de malestar. Y se produce de inmediato una cascada de sucesos: Furor del Ayuntamiento, furor del pueblo, artículo de brutal violencia en el periódico local contra el Obispo. Ya que los chicos no pueden ir a la escuela de los Hermanos, el Ayuntamiento decide reabrir la suya.

Con sus suspicacia habitual el Obispo cree que Juan María está detrás de la maniobra y ello a pesar de las seguridades que le ha dado: no haré nada sin una nueva orden suya... no he tenido nada que ver con el artículo del periódico... no conocía su contenido hasta que fue publicado...

Mons. de la Romagère se presenta en Dinan. En un sermón ataca violentísimamente a las autoridades: liga impía cuyo jefe es el señor La Mennais... El 16 de octubre de 1838, Mons. de la Romagère lanza una ordenanza que bajo capa de disciplina general, es un veto (una suspensión “a divinis” encubierta) a Juan María. En aquella ordenanza prohíbe a todos los eclesiásticos ajenos a la diócesis ejercer el ministerio sacerdotal. Todos comprenden que es una gravísima sanción dirigida a Juan María y a unos pocos sacerdotes que le ayudan en la atención a los alumnos de los Hermanos. *“Es claro que la ordenanza del 16 de octubre va contra usted y sus sacerdotes. Hubiese sido mejor decirlo claramente y no andarse con rodeos*¹⁷⁵.”

¹⁷⁴ Carta a Mons. de la Romagère, 2 de julio de 1837.

¹⁷⁵ Carta de M. Le Mée, vicario general de Saint-Brieuc.

Humillado, Juan María utiliza, sin embargo, todas sus relaciones para calmar los espíritus. Su persona no era importante, sólo importaba la obra de Dios, el futuro de los jóvenes.

Por la libertad de enseñanza

Libre competencia

Juan María consideró siempre la escuela católica, en todos su niveles, como un poderoso instrumento de promoción del hombre y de anuncio de la fe.

Soldado de la enseñanza, luchó para defenderla contra los monopolios estatales, la prepotencia de la maquinaria administrativa y la malevolencia de algunas autoridades locales.

Aparte del episodio de la escuela mutua, es un combate sin estrépitos ni sensacionalismos. Sus armas son los contactos tenaces con las autoridades, los escritos a la Administración, las cartas a los ministros, las gestiones con los diputados. Con diversas estrategias su bandera ondea siempre al mismo viento, la efectiva libertad de enseñanza.

Las primeras escaramuzas las libra en torno a los Seminarios menores de Saint-Brieuc. La enseñanza secundaria era por entonces y lo fue hasta la ley Falloux de 1850, monopolio del Estado. Tras mil asedios a las autoridades logra que en Seminarios puedan estudiar también alumnos externos. Los anticlericales del Departamento protestan y Juan María envía entonces una memoria al ministro del Interior a cuya jurisdicción pertenecía la enseñanza. En ella levanta su voz contra el monopolio y las intervenciones excesivas del Estado.

¿Cómo es posible que la libertad pueda perjudicar a la enseñanza estatal? Al contrario la competencia es un principio de vida, una fuente de progreso tanto para los colegios del Estado como para los de la Iglesia. *“Esta especie de competencia, llevada*

Sábado

sabiamente, es para unos y otros una causa muy activa de mejora, un verdadero principio de vida". Estas palabras que escribe al Ministro las repetirá siempre e incansable: Competencia, competencia leal, emulación para hacer el bien.

Si se declara enemigo de la escuela mutua no es sólo porque la considera neutra, entreverada de una enmascarada irreligiosidad, sino también porque los poderes públicos la apoyan al mismo tiempo que ponen dificultades a las otras.

Lejos de opciones políticas partidistas

La revolución de julio de 1830 que acaba con el reinado de Carlos X, coincide con un recrudecimiento del anticlericalismo. Un poco por todas partes los Hermanos son molestados y en algunos casos perseguidos.

En el Noviciado de la Congregación de San Pedro en Malestroit, hay un temblor y una estremecida espera. Hay rumores que anuncian una capital, París, bañada en sangre, hordas deseosas de saciar su sed anticlerical, amenazas, muerte. Pero para Juan María, acostumbrado en la Restauración a la hostilidad frente a él, ve con calma la nueva situación. *“Los acontecimientos políticos tal vez te inspiren algunos temores. Por mi parte, no tengo ninguno: es una crisis pasajera, eso es todo; y de ella saldrán grandes bienes”*¹⁷⁶ Ciertamente se equivocaba: no era una crisis que explotaba, era una guerra la que comenzaba.

Hay una sorda o estridente guerra contra los Hermanos, se anulan ayudas, se estrangulan subvenciones, se hacen crecer las sospechas, cuando no las calumnias más burdas. Así el Consejo general de Côtes-du-Nord motivaba su decisión de anular las subvenciones «por el dominio que ejerce sobre la población esta

¹⁷⁶ Hno. Ambroise Le Haiget, 30 de julio de 1830.

corporación religiosa, dominio susceptible de poder atentar contra el Gobierno establecido por el bien del Estado.»

La escuela mutua había tenido un amanecer brillante, para ir apagándose poco a poco. Los liberales van a emplear su triunfo político al servicio del poder pedagógico y la escuela mutua se convierte en el sistema oficial del nuevo régimen.

La catástrofe amenaza en cualquier momento sus Centros. *“En efecto, las llamadas escuelas mutuas son las únicas que admite, protege y anima la mayor parte de los agentes del gobierno; las demás son consideradas como sospechosas; a penas las toleran y, a veces, las persiguen con saña¹⁷⁷.”*

Y vuelve sobre su tema favorito: Que se favorezca la competencia leal. *“El monopolio del estado mata, la libertad vivifica y fecunda todo lo que toca”¹⁷⁸*

A partir de 1833, sus relaciones con el Ministro de Educación Guizot son excelentes. Este hombre, protestante, autor de la primera ley de enseñanza primaria en Francia admira a Juan María. En sus memorias habla del "desinterés y lealtad de este honesto y resuelto bretón" y no vaciló en pedirle una escuela para su pueblo de nacimiento.

Mediante un diputado amigo Juan María envía al Ministro una resuelta protesta. Se queja de la "pequeña guerra de religión" que algunas autoridades locales o de distrito desencadenan contra sus Centros, simplemente porque la gente los aprecia más que a los otros, que se limitan a vegetar. Se queja también de las arbitrariedades y zancadillas académicas.

Pero si gozó de las simpatías del Ministro, en la Cámara de los Diputados no le faltaron adversarios. En febrero de 1834 un tal Salverte trató a sus Hermanos de jesuitas disfrazados que embrutecían a los niños e impedían el progreso de la civilización.

¹⁷⁷ Nota confidencial. Probablemente de septiembre de 1832.

¹⁷⁸ *Id.*

Sábado

Otro diputado, Glais-Bizouin, acusa a la Mennais de querer ejercer el monopolio en Bretaña.

Juan María contesta inmediatamente con un escrito que en su nombre un diputado lee en la Cámara. Las acusaciones son tan burdas que prefiere tomarlas con humor. Llama al primer detractor "mi reverendo Padre Salverte" entre las risas de sus compañeros de bancada y al segundo le contesta: en una región donde hacen falta mil doscientas escuelas yo he fundado solamente ciento treinta. Quedan, pues, mil setenta a disposición del señor Glais-Bizouin quien, por lo tanto, no podrá quejarse.

A pesar de su amistad con Guizot no duda en mostrarle su desacuerdo con la uniformidad de programas impuestos en la nueva ley. Juan María defiende un pluralismo que se adapte a las exigencias de cada lugar. Los hijos de un campesino de Cornuailles que va a pasarse la vida labrando los campos no necesitan los mismos conocimientos que un obrero de Marsella o un burgués de Rennes. Les sería más útil que les enseñasen a cultivar técnicamente la tierra.

Por la misma razón, tampoco está de acuerdo con la uniformidad de diplomas exigidos. A Salvandy, sucesor de Guizot, le escribe en estos términos: "*En todos los sitios se pide el mismo diploma de enseñanza en Rennes, en Nantes, en Kergrist-Moelu y en Squiffiec. De ahí resultan tanto para los Hermanos como para los laicos, inconvenientes que me parece que debo señalar aquí, para que, Señor Ministro, ponga usted remedio*"¹⁷⁹. ¿Cómo esperar que los maestros vayan voluntariamente a enterrarse en la soledad del campo donde los conocimientos que han adquirido no les servirán para nada? y Juan María propone que se creen otros tipos de diplomas de menos categoría para los maestros rurales.

Para defender sus escuelas Juan María tiene que pelearse frecuentemente con ciertas autoridades locales sectarias o

¹⁷⁹ Al Ministro de la Instrucción Pública, 7 de noviembre de 1837.

puntillosas e incluso entablar procesos administrativos contra ellas.

“Triquiñuelas y procesos son los gajes de mi oficio », escribe a Mons. de la Croix. « Me gustaría que no me pagasen con esta moneda pero no tengo razón al pensar así. Con estos disgustos saldaré en el último día una parte de mis cuentas¹⁸⁰.”

El sucesor de Salvandy, Villemain, es un anticlerical convicto y confeso. Prepara un proyecto de ley que, entre otras cosas que atentan a la libertad de enseñanza, establece "que los Directores y Regentes de los Colegios serán nombrados por el Ministro de Instrucción Pública". En Francia, estalla la guerra escolar.

Montalembert, discípulo de Féli y amigo íntimo de Juan María, se levanta como abanderado de la libertad. Es la misma voz, nunca callada del “Dios y Libertad” del *L’Avenir* la que se eleva, sin que nadie pueda acallar su eco.

Desde su rincón de Bretaña, Juan María en un escrito sin firma, impreso en París, lanza sus andanadas contra el proyecto Villemain. Con cifras cantantes muestra que la mayoría de los Colegios de las pequeñas villas quedan condenados a desaparecer y denuncia la arbitrariedad de querer imponer desde París, sin contar con los padres ni con los Consejos municipales, los Directores y Regentes.

Un reconocido propulsor de la educación popular

Ha caído Luis Felipe. Francia vive su segunda república y se acerca el momento en que, ante la presión de los católicos, el Estado va a renunciar a su monopolio en la enseñanza media. El Ministro Falloux se dispone a elaborar una ley que pacifique al país. Crea dos Comisiones para preparar el proyecto sobre la enseñanza primaria y la secundaria que luego se reúnen en una

¹⁸⁰ Al arzobispo de Auch, 15 de noviembre de 1844.

Sábado

sola. Falloux escribe a Juan María una carta que muestra por sí sola el enorme prestigio de que gozaba éste en el campo de la enseñanza:

“... Las dos comisiones, reunidas en una sola en el ministerio de Instrucción Pública van a comenzar su estudio sobre el estado de la enseñanza primaria en Francia y los remedios que habrá que aplicar a los abusos una vez constatados. En este terreno ¿quién puede aportar más luces que Vd.? ¿ Quién puede comprender mejor y hacer comprender a los hombres eminentes que recojan en la Comisión sus palabras, el alcance del mal y la urgencia de remediarlo?

En cuanto a mí, si en mi rápido paso por el Ministerio no tengo otro éxito que el de haber logrado su presencia y su testimonio en esta Comisión, creeré que he prestado a mi patria un servicio inestimable y que he legado la herencia más preciosa a mis sucesores, sean quienes fueren¹⁸¹.”

Es una carta elogiosa y un reconocimiento explícito de los méritos de Juan María en el tema de la enseñanza. En estos momentos convalece aún de su ataque cerebral de Guingamp y no le es posible trasladarse a París, pero en una larga memoria contesta al cuestionario que le envía la Comisión. En ella encontramos sus queridas ideas de siempre, varias de las cuales se recogen en la ley.

Esta, fue generosa con la enseñanza primaria y bastante menos con la secundaria, pero, al menos, el Estado renunciaba al monopolio y permitía a la iniciativa privada abrir Centros. Juan María la aprovecha para fundar en el mismo Ploërmel el Colegio San Estanislao que funcionaría durante veinte años.

Para sostener las nuevas fundaciones, resolver posibles conflictos, y animar a los hombres de acción, Montalembert crea un organismo llamado *Comité de Enseñanza Libre*. Lo forman cuatro Obispos, sacerdotes eminentes, magistrados, escritores

¹⁸¹ 22 de enero de 1849.

católicos, diputados... Un solo miembro reside fuera de París: es el veterano luchador en pro de la enseñanza, el anciano apasionado de la infancia y juventud bretonas: Juan María.

Juan María ha escrito, ha gritado, ha llevado por los caminos de Francia sus reivindicaciones y anhelos educativos. La lista de exigencias es larga, derechos irrenunciables, impulsados por el viento de la libertad: Pluralidad de Centros en competencia leal. Igual ayuda a todos por parte del Estado. Derecho de las familias a escoger los maestros de sus hijos... Diversificación de programas escolares según las necesidades de cada lugar. Descentralización. Inspección ni pedante ni burócrata. Relativización del valor de los diplomas, que automáticamente no aseguran la competencia del maestro... Facultad a la iniciativa privada para crear toda clase de Centros de educación...

“Nosotros no pedimos ni dinero ni privilegios: no pedimos más que libertad”¹⁸².”

Anochecer

La noche está cuajada de unas estrellas brillantes, que con los ojos muy atentos, sin parpadeos, aparecen rutilantes. Como pequeñas llamadas desde el infinito.

En el piso superior queda un gran dormitorio y una letanía coral de respiraciones profundas. Son cien jóvenes hermanos que descansan dejando atrás las fatigas de la jornada.

Todo está en paz en esta noche serena en Ploërmel.

¹⁸² Citado por Pierre Perrin, *Les idées pédagogiques de Jean Marie de la Mennais*, p. 193.

Sábado

Este paisaje presentido desde la ventana del primer piso y el silencio estrellado de la noche, son una incitación a la lectura del pasado. Juan María mira algunos jirones de niebla que van deshilachándose. Van apareciendo pueblos, y casas, galopes en la noche, días sin descanso y risas infantiles, los gestos calladamente agradecidos de los sencillos labriegos bretones. Y nombres: Yves, Dinan, Guingamp, Lamballe, Guizot, Ambroise...

Son casi treinta años de vida regalada por esa Providencia que lo envuelve todo, desde las estrellas, a estos árboles de la alameda, las respiraciones del piso superior y el trotón de las caballerizas. Y que lo envuelve a él, como unas alas protectoras, como unas manos tiernas, como un seno materno...

¡Qué maravilla la vida recibida y regalada!

Y mira a su mesa de despacho. Ahí está la carta que acaba de recibir esta mañana. Con una caligrafía pulcra y tonos de despachos oficiales. Ha llegado de París desde el Ministerio de Marina.

Esperará unos días a contestarla. Tiene que alertar su mirada y contemplar estos años prodigiosos, donde el dedo Dios se le ha hecho patente. Desde ahí, podrá tomar decisiones, dejarse cambiar la vida, porque esa carta le supone una revolución en su mirada y en la forma de encarar el futuro.

Ahora dormir en paz. ¡Dios solo en el tiempo, Dios solo en la eternidad!

DOMINGO

Domingo

Amanecer

Es otoño y el sol no tiene la fuerza del verano que moviliza y enerva, ofusca y aletarga. Es un sol sedoso que aterciopela los sentimientos y los hace mansos y apacibles. El sol tiene un color de cobre que envuelve las cosas de mágicos destellos.

Rodeada de esa magia está la carta. Llegó ayer con una caligrafía pulcra y tonos de despachos oficiales. Vino de París desde el Ministerio de Marina. Hay que ojearla de nuevo, detenerse en su detallista caligrafía, realizada, seguramente por un celoso secretario.

Parecía que ya la vida, después de tantos tropiezos, después de tantos quebrantos, iba a dejar de dar nuevos sobresaltos. ¡Ya basta con los sufridos, con las heridas que están ahí, sordamente vivas!

El papel comienza con unos saludos de rigor. Luego llena de alabanzas las escuelas de los Hermanos. La carta habla de “la larga experiencia” que tienen y del bien inmenso que extienden en Bretaña. ¿Una larga experiencia? Sólo hace 17 años que empezamos y seguimos empezando cada día, sin tener surcos forjados, seguridades consolidadas ¿Larga experiencia estos

Hermanos aguerridos, voluntariosos, con quintales de coraje y de fe en sus manos, pero sin el tiempo lento de fermentación, sin una preparación esmerada, la justa sólo para servir a los niños?

Siempre hay que dudar de la gloria que se recibe, siempre es vana, pero en este caso, además, suena a estudiadamente exagerada. Los ojos de Juan han amanecido hoy como un paisaje de mar y soles. Ahora, sin perder ni el brillo ni su viva luminosidad, ese azul sereno se ha velado por el celaje que navega lentamente sobre ese mar apacible.

A continuación en la carta, que tiene la textura especial, el aroma de los escritos gubernamentales, aparece la petición directa: Nos reclaman más allá de los confines programados. Si Juan quiso estar en las lindes más arriesgadas, donde nadie llega, donde la vida se convierte en aventura, donde todo está por hacer, esperando las manos que realicen el milagro de acompañar la vida que germina en los demás, ésta es la oportunidad soñada. Ir más allá de este azul conocido, para saltar lejos y florecer a miles de kilómetros.

Y vienen los nombres de Guadalupe, Martinica, Las Antillas. Nombres con sabor a inciertas lejanías.

Entremezclados con ellos se habla de esclavos, de niños abandonados a su suerte, de inseguros futuros.

Los rayos del sol cobrizo choca con el sobre, y la carta deja ver el nombre del remitente, escrito con cuidada caligrafía: Almirante Rosamel.

Es difícil.

Decir no, es condenar al abandono a miles de niños que han empezado ya a instalarse en su corazón, sin conocerles, sin casi presentirles

Decir sí, es abandonar a otros, los primeros sus Hermanos, que tenían ahora la certidumbre de que él era para ellos su hogar, de que con él tenían la vida cerca, a la vuelta de la esquina. ¿Cómo dejarlos solos ahora?

Domingo

El azul era el color que había teñido su nacimiento y su infancia en Saint-Malo. Y ahora el azul podía volver a ser el color de su anciana madurez...Un azul nuevo acariciando otros puertos y playas.

Tal vez la gloria misma es de un azul luminoso y rutilante, que empieza ya a llamarlo

Mañana de domingo

Re-empezar. Abierto a la permanente novedad del Espíritu

Sólo hacía once años que, al organizar la Congregación de Saint-Méen, Juan María había escrito con íntima convicción: “*De ella espero resultados muy preciosos para la Iglesia con ella no va ser como con la congregación de Hermanos que **está limitada a Bretaña***¹⁸³”. Así había sido soñada la Congregación de Hermanos, para sembrar todos y sólo los rincones de Bretaña. Congregación familiar, localista: Juan María había diseñado la misión sólo para la cálida proximidad de esta tierra. Y, después de estos escasos once años, aparecen voces nuevas que la habrán de cambiar radicalmente de perspectivas, para abrirse a mar abierto, para poner rumbo a inesperadas lejanías.

El que está tan vinculado, tan cercano a los Hermanos, a quienes cuida, acompaña y sigue, ha de cambiar de claves. Sus Hermanos volarán lejos de él, al viento de la vida y del Espíritu.

Empezar de nuevo, sacrificar un sueño mil veces acariciado para emprender uno nuevo, refundar, reconstruir desde nuevos cimientos. Así fue el momento de iniciar la epopeya misionera.

Guadalupe había sido descubierta por Cristóbal Colón en su segundo viaje (1493) y Martinica lo sería en el cuarto (1502).

¹⁸³ Al sacerdote Mazelier, Ploërmel, 14 de abril de 1826.

Juan María de la Mennais

En 1835, Guadalupe tenía 130.000 habitantes y Martinica 110.000. En ambas, los esclavos constituían cerca del ochenta por ciento de la población y trabajaban, sobre todo, en las plantaciones de caña de azúcar. Los prejuicios raciales eran monstruosos y pueden darnos idea de ello la reprensión brutal que recibió el H. Arturo por estrechar la mano de un negro.

En febrero de 1794, la Convención había abolido la esclavitud. En tiempos del Consulado vuelve a restablecerse y sólo en 1848 se producirá la abolición definitiva.

En 1833, la ley Guizot había establecido que todos los pueblos deberían de tener su escuela. Cada Ayuntamiento quedaba obligado a proporcionar el local, a buscar maestros, seglares o religiosos, y a pagarles su trabajo. El gobierno decide que esta ley se aplique también a las colonias. En estas condiciones van a ir nuestros Hermanos a las Antillas y demás misiones.

El once de agosto de 1836, el Ministro de marina, almirante Rosamel pide a Juan María que se encargue de organizar la enseñanza primaria en Guadalupe y Martinica. Se trata de prestar en aquellas islas el mismo servicio de Bretaña y como el gobierno tiene ya en proyecto abolir la esclavitud, la misión de los Hermanos será también la de ayudar a crear las condiciones sociales para que el paso a la nueva situación se realice sin traumas.

Juan María duda seriamente: dispone de una Congregación que tiene solamente diez y siete años de existencia y en la que las tradiciones no están todavía asentadas. “*El Sr. Ministro de la Marina ha encargado al Prefecto del Morbihan que me exprese su deseo de contar con algunos de mis hermanos para la instrucción de los esclavos emancipados de Martinica y Guadalupe. Yo no he dicho no, porque ¡sería una hermosa y santa obra! Pero todavía no le he dicho sí, porque siempre me vuelve la triste objeción: ¿dónde voy a encontrar bastante gente para satisfacer tantas*

necesidades, y por qué mandarlos tan lejos cuando se tienen tan pocos¹⁸⁴?”

Se puede contar con el entusiasmo y la abnegación de los Hermanos, pero hay que reconocer que su formación ha sido apresurada. Las dificultades van a ser inmensas: clima enervante, desenvueltas costumbres de la sociedad criolla, dificultad de dirigir, de alentar, de resolver los problemas de los Hermanos a través de una correspondencia que tardará meses en llegar...

Es una situación tan nueva, tan sorprendente... Pero de nuevo se le abre la mirada, y escucha un rumor de gritos y de cantos, de trabajos y lágrimas. Y todo ello se le hospeda en su corazón misericordioso, en su capacidad de amor entrañable. Algo que él mismo predicará a sus hermanos:

"La ternura tan expansiva de San Pablo para con Onésimo, ¿no conmueve vuestros corazones? Y ¿no escucháis resonar en vuestros oídos las conmovedoras súplicas que el gran apóstol dirige a Filemón, en favor de este querido hijo que él había engendrado entre sus cadenas? Y estos 30.000 esclavos ¿no os son tan queridos como vuestras propias entrañas, como hijos, como hermanos¹⁸⁵?"

Esos niños y jóvenes están ahora sin maestros cristianos. Antes estuvieron los Hermanos de La Salle, pero ya no están. Se reproduce de alguna manera el esquema de fundación, llegar donde otros no llegaran.

Hay escuelas, pero como dice un informe oficial de 1836: *"La clase de condición libre hasta ahora ha puesto poco interés en enviar a sus hijos a las escuelas públicas de las colonias; pero parece que eso se debe menos a la indiferencia por la instrucción cuanto a la repugnancia que sienten por el régimen de estas escuelas mutuas. Es probable que este obstáculo desaparecería con el celo y los esfuerzos de un cuerpo de maestros animados del*

¹⁸⁴ Al Ministro Guizot, 15 de octubre de 1836.

¹⁸⁵ *Sermones*, 2577 bis.

espíritu evangélico y sometidos a una regla así como a principios comunes". De nuevo aparece el segundo rasgo del código genético del ser menesiano: crear una escuela alternativa, integradora, volcada al "homme tout entier", donde se dé en el mismo momento y en el mismo acto la instrucción, la educación y la evangelización.

Finalmente, la fe del Fundador, su confianza en la Providencia y en la virtud de sus Hermanos, la misma entidad del desafío, hacen que acepte la propuesta del Ministro y que enseguida se ponga a estudiar las condiciones de aquellas tierras y a hacer planes para el nuevo campo de misión.

Las primeras andaduras

Le ha bastado la voz del Ministro de la Marina y de las Colonias, el almirante Rosamel, para descubrir nuevos caminos, que suponen reinventar la misión que él había soñado "*La Providencia permite que sea el mismo gobierno el que, teniendo miras meramente humanas, nos empuje a una vía de apostolado: ¿no es admirable? ¡Qué hermosa misión por cumplir!*"¹⁸⁶

Quiere que sus Hermanos "vayan libre y alegremente, no por pura obediencia" y que vayan, si es preciso, sin retorno. No les oculta las dificultades. « Ningún sacrificio, ni siquiera el de su vida" les ha de parecer extremo. A pesar o quizá por ello, cincuenta y dos dan el paso adelante.

Con cinco elegidos sale el veintisiete de noviembre de 1837 de Ploërmel para Brest y el 10 de diciembre suben a bordo del « Jirafa » que se dispone a zarpar para las Antillas. Juan María escribe el día 11: "*Nuestros hermanos se embarcaron ayer; hoy deben estar muy lejos en el mar: ¡Que Dios los proteja y los*

¹⁸⁶ Al sacerdote Rohrbacher, 22 de enero de 1837.

Domingo

bendiga. El momento en que me he separado de ellos me ha resultado muy duro¹⁸⁷!”

Ha sentido un profundo estremecimiento. Su obra ha dado un rumbo absolutamente nuevo, de los límites llanos y cortos de la tierra bretona, a los horizontes lejanos, donde él no podrá acompañar, ni vigilar tiernamente, ni estimular el crecimiento de sus hermanos. Ha sido un sobresalto que ya había sentido de antemano. *“Espero elegir bien entre mis hermanos a sujetos capaces y sólidos, pero si no tienen a nadie que los guíe, los vigile, los consuele en este país perdido, ¿qué será de ellos¹⁸⁸?”*

Después de un mes largo de travesía, el primer grupo de misioneros menesianos llega a Basse-Terre, capital de Guadalupe. Recibimiento afectuoso del Gobernador, escasa cooperación en los restantes niveles administrativos, poco entusiasmo de parte del clero local, recelo de bastantes colonos... y la misma hermana pobreza de Bretaña en cuanto a clases y residencia.

Pero esto no es lo peor. El equipo pionero no va a estar a la altura de su misión. Es cierto que la escuela va viento en popa y también que en la Comunidad se ha instalado el mal espíritu. A pesar de su perspicacia y del conocimiento del hombre Juan María se había equivocado al escoger a este grupo. Al Superior, Hno. Antonin, le falta iniciativa, autoridad y sentido práctico. A los otros, temple religioso. Hay quejas, recriminaciones mutuas y amargas cartas que se envían a Ploërmel. La Comunidad se va cayendo a pedazos y, para completar el cuadro, la epidemia de fiebre amarilla diezma la isla en 1838 y alcanza a toda la Comunidad.

Es fácil entender el punzante sobresalto que produciría una carta como ésta, llegada unos meses después de la llegada a Guadalupe: *“Mi querido Padre. Es cierto que siempre la obra de Dios ha*

¹⁸⁷ Al sacerdote Ruault, 11 de diciembre de 1837.

¹⁸⁸ Al sacerdote Rohrbacher, 22 de enero de 1837.

tenido obstáculos que superar y muchas dificultades que vencer: la fundación de Guadalupe es un ejemplo de ello, porque ya ha pasado por pruebas duras; pero parece que la Providencia ha querido colmarlas llevándose a nuestro hermano Director, el hermano Antonin. Este pobre hermano, enfermo de fiebre amarilla, ha muerto el día 4, después de once días de enfermedad¹⁸⁹.”

Recomenzar

La fiebre amarilla ha herido de muerte al Superior de la misión. Un Hermano vuelve a Francia, otros dos se desanimarán más tarde. Ahora hay que volver a empezar.

De momento con otros cuatro llega el H. Frédéric. Pertenece a la raza de tantos Hermanos de aquellos tiempos. Cuando el Padre le hace ver los peligros y las dificultades de la misión responde: ».

« Bueno, Padre ¿qué importa todo ello, si Dios me quiere allí ? Si puedo ser útil a su gloria, ya se las arreglará para conservarme y si no, moriré, pero moriré contento. Y Juan María, conmovido añade: ¿Qué te parece este dilema?; ¿Qué admirable es la lógica de la fe¹⁹⁰!”

Es un grupo que va a continuar la brecha abierta en Guadalupe, una brecha de fe obstinada, de esperanza sólida, de la certeza clara de que nada es más cierto que el amor. Se ha sembrado entre lágrimas y el tiempo de la cosecha habrá de llegar. Y abrirá otra escuela en Pointe-à-Pitre, la ciudad más importante de la isla. En el grupo que Juan María quiere acompañar a Brest se encuentra también el Hermano Arturo que, trasladado más tarde a Martinica, va a ser el prototipo de los Hermanos catequistas.

¹⁸⁹ Al Ministro de Marina, Ploërmel, 9 de diciembre de 1838.

¹⁹⁰ A la Srta. de Lucinière, Ploërmel, 27 de diciembre de 1838.

Domingo

También aquí como en Basse-Terre los Hermanos se desposan con la pobreza. Les niegan hasta los mosquiteros porque los religiosos, en expresión del funcionario de turno, tienen que ser hombres de penitencia. Pero la escuela de Pointe-à-Pitre se va desarrollando rápidamente.

Martinica

El Ministro insiste en sus solicitudes. Reclama el 1 de marzo de 1839 cinco Hermanos para la Martinica. Más tarde abre un abanico de peticiones, solicitando a principios de 1840 Hermanos para Martinica, Guadalupe, Senegal, isla Borbón, hoy isla de Reunión, Cayena... Se imponen los mismos criterios de la fundación en Francia, criterios de cercanía para la ayuda entre escuelas e ir donde otros no van, donde más necesarios son, evitando todo tipo de competencia. *“Sería infinitamente mejor multiplicar los hermanos en una colonia que dispersarlos en varias, porque no se pueden satisfacer todas las necesidades sobre el terreno... Me han dicho que los Hermanos de las Escuelas Cristianas tenían ya centros en Borbón: por consiguiente nuestra presencia es mucho menos necesaria que en otras partes”*¹⁹¹.

Un nuevo grupo de cinco Hermanos se embarca el 28 de octubre 1839 en Brest y fondeará en Fort-Royal, hoy Fort-de-France, en la isla Martinica.

En esta población abren la primera escuela de la isla. Mientras se preparan los locales, el Gobernador los aloja en su propia casa, en Saint-Pierre, donde no se tardará en abrir otro centro.

Como en Guadalupe, los Hermanos se ganan enseguida la estima de la gente. Ocho años más tarde, su Gobernador diría a Juan María: *“En las colonias se quejan de todos, del ministro, de su secretario de Estado, de los gobernadores, del clero, sólo los*

¹⁹¹ Al Ministro de Marina y Colonias, 5 de septiembre de 1839.

Hermanos de Ploërmel están fuera de toda queja y unánimemente se cantan sus alabanzas.”

A esta isla llega en marzo de 1841 el H. Ambrosio. El Fundador le ha nombrado su lugarteniente, Director General de las Antillas, con poderes para tratar con las autoridades civiles y eclesiásticas y facultades para arreglar los problemas de los Hermanos.

Era un hombre de una sola pieza, riguroso consigo mismo y con los demás, ejemplar, de carácter correcto, de palabras angulosas, sin tiempo de ser pulidas, pero nada dado a las concesiones diplomáticas. Profundamente religioso pero sin el tacto necesario para evitar problemas, ni la indulgencia para hacer amable la autoridad.

A la Martinica llega también, a fines de 1841, el sacerdote Évain que había trabajado junto a Juan María como capellán de Ploërmel. El H. Ambrosio se lo había pedido al Padre para que dirigiera espiritualmente a los Hermanos y prestara el servicio ministerial a los alumnos.

De maneras afables, fácil y suave de palabra, celoso y servicial, este sacerdote de porte distinguido a quien Juan María, nueva equivocación, había otorgado su confianza, era en el fondo “*un intrigante ambicioso y ruin*”¹⁹²

En cuanto detecta el descontento de algunos Hermanos frente a su Director General, inicia una solapada y turbia operación de amotinamiento contra el H Ambrosio.

Varios Hermanos escriben a Ploërmel pidiendo su destitución y que sea reemplazado por Évain. Éste apoya las peticiones y sugiere que « a pesar de su indignidad » está dispuesto a rendir este servicio al Instituto

Desde Ploërmel no se ve clara la situación hasta que, inesperadamente, llega una carta que Évain dirigía a un amigo

¹⁹² Laveille, *Jean-Marie de la Mennais*, t. II, p. 240.

suyo de Bretaña y que éste, escandalizado, remite a Juan María. En la carta Evain anunciaba a su corresponsal que estaba trabajando para obtener del Gobierno colonial la expulsión del H. Ambrosio.

Juan María interviene fulminantemente y Évain abandona las Antillas. El H. Ambrosio que, entre otras lindezas, había sido acusado de detraer en beneficio propio parte de los salarios de los Hermanos, recibe esta carta del Fundador:

“Estoy enterado de cuanto se ha hecho para engañar a nuestros Hermanos de Fort-Royal e indisponerlos contra Vd. Le reitero la orden de permanecer en su puesto. Es posible que se haya intentado prevenir contra Vd. al Gobernador y que se le haya denigrado ante el mismo. Al menos, de esto se jactan con audacia en una carta que ha llegado misteriosamente a Bretaña. La odiosa trama ha quedado al descubierto... No se desanime, manténgase en paz en todas sus ocupaciones, prudente y dulce en todas sus palabras y sepa sufrir como cristiano¹⁹³.”

De la tormenta el Hno. Ambrosio salió engrandecido a los ojos de los suyos que descubrieron el verdadero rostro de su Director General oculto tras unas apariencias rugosas y desmañadas.

En la misión, « hasta el extremo »

Si para Juan María fue un gran desafío el cambiar su idea original e ir más allá de las fronteras geográficas, quedaba un reto querido, alimentado con mimo, pacientemente cultivado, el saltar los límites marcados en la misión. El Ministro inicialmente solicitaba la presencia de Hermanos para la instrucción de los esclavos libertos de Martinica y Guadalupe. El Fundador siente la llamada intensa a romper los diques de la propuesta y a llegar a los esclavos. Por eso, discreta, pero claramente, escribe al Ministro en los primeros días de los acuerdos: *“Las escuelas que el Sr.*

¹⁹³ Al Hno. Ambrosio le Haget, 15 de julio de 1842.

*Ministro de Marina tiene la intención de fundar están destinadas a los chicos de la clase libre, que comprende la población blanca al mismo tiempo que la de color... Esta obra, si se extendiese a los pobres esclavos, sería realmente espléndida, porque sería muy cristiana*¹⁹⁴.

Los Hermanos deben esperar tres años desde su llegada para que pudiesen educar a los hijos de los esclavos. La ordenanza de 1840 *permite* admitir a los hijos de los esclavos, pero los colonos y la administración se oponen a la aplicación de la ley.

Entre los Hermanos hay gestos de impaciencia, de un sordo disgusto, por las trabas que encuentran. Juan María redactará unos principios de conducta que remite al Hno. Ambrosio. En ellos se concentran con sabiduría cómo situarse ante la situación: *“Examina lo que podríamos hacer para la instrucción de los esclavos: es un artículo muy delicado, me dices lo que piensas, después de tomar tiempo para recoger informaciones y después de haber reflexionado seriamente.*

*En general los colonos, es decir, los blancos, se oponen a que se enseñe a los negros: esta disposición por su parte es natural, no hay que molestarse ni entrar en discusiones con ellos; pero tenemos que hacer nuestra obra tranquilamente, dulcemente, valientemente, sin desconcertarnos, ni desasosegarnos*¹⁹⁵.”

En 1845 se prescribe la educación religiosa a los esclavos, pero cinco años antes aparecía la figura de los Hermanos «catequistas», como signo de la creatividad para llegar a los límites, a las fronteras donde todo está por hacer, donde más se necesita el fuego de la vida. Juan María se hace presente en la distancia y diseña con novedad y riesgo: *“Me parece que para llevar a los negros la instrucción a las plantaciones, lo mejor sería no colocar a los Hermanos en las casas de los curas, sino formar centros de cuatro Hermanos en los pueblos grandes: dos*

¹⁹⁴ Al Ministro de la Instrucción Pública, 10 de diciembre 1836.

¹⁹⁵ Informaciones y avisos al Hno. Ambrosio, 1 de diciembre 1840.

Domingo

*Hermanos darían las clases normales en estos pueblos, y otros dos Hermanos irían a caballo cada día, a una u otra plantación y volvería por la tarde a dormir a la casa común*¹⁹⁶.”

Los Hermanos se sienten llamados desde todos los lados. No son sólo los niños, también piden formación los padres, y se aprovecha cualquier lugar para dar clase a los adultos. Las mujeres reclaman también atención y una iglesia se convierte por las tardes en el centro donde se enseña a todos juntos. Son días de trabajo hasta la extenuación. Basta ver horarios como éste: “*Ésta es la distribución del día para los que van a instruir a los esclavos a domicilio. Dan una clase en su centro de las ocho a las 10 de la mañana, montan a caballo para ir a las plantaciones: regresan a las 4 y por la tarde hasta la noche dan clase a los adultos. Es excesivo; pero están contentos porque Dios bendice sus trabajos*¹⁹⁷.”

La misión de las Antillas, escribía el Fundador el nueve de abril de 1843, ha sido la más agitada y *vuestras miserias han sido grandes*, pero a pesar de todo la obra sigue adelante y hoy va mejor que nunca.

Quien siembra con lágrimas, recoge con alegría

Se suceden las dificultades. Ellas también son desmedidas, como extremos son la fe y el servicio que los Hermanos derrochan:

8 de febrero de 1843, una fuerte sacudida conmociona las Antillas. En Guadalupe el temblor fue extremadamente violento. La ciudad de Pointe-à-Pitre se convierte en una llanura cubierta de escombros. Tras el terremoto un incendio consumaba la obra de destrucción abrasando a los que estaban bajo los cascotes: 2000 muertos. La casa de los Hermanos se hunde. Dos ellos salen indemnes, otros dos heridos, uno gravemente. Logran rescatarlo.

¹⁹⁶ Ploërmel, 18 de Junio de 1840.

¹⁹⁷ 24 marzo de 1848.

Cuando la comunidad, con los heridos a costas llega al hospital, comienza el incendio. Se refugian en una barca que los lleva a Basse-Terre.

Nadie piensa ya en abandonar, sólo piden refuerzos para seguir adelante, continuar yendo más allá. Al Hermano Arturo, que está en Martinica, después de comunicarle que los dos Hermanos heridos están fuera de peligro, Juan María le escribe con acentos cargados de fe esperanzada. *“El relato que me haces de todo el bien que se opera en nuestras escuelas me llena de una dulce alegría, y es para nosotros un nuevo motivo de esperar que esta obra crecerá como el grano de mostaza... pero hay que tener un poco de paciencia, y saber esperar los momentos de Dios¹⁹⁸.”*

Estos hombres elementales, entregados, generosos pueden vivir gozosamente los episodios que pertenecen al pueblo, como la emancipación de los esclavos. Este anuncio había producido en las Antillas emociones diversas y pasiones encontradas. Entre algunos colonos se veía con ira mezclada de terror y en los negros había una alegría cada vez más turbulenta. Es difícil liberarse de relatos pintorescos. Lo mejor es revivir aquellos momentos sujetándonos a los relatos del Hno, Ambrosio:

“Toda la Martinica está en plena crisis; varias plantaciones acaban de ser quemadas... En Saint-Pierre durante la noche del 22 al 23, quince casas de notables han sido incendiadas; en una de ellas treinta y dos personas que habían querido defenderse, han perecido en las llamas... Si yo hubiese estado en Saint-Pierre, habría impedido muchos desórdenes; los blancos me reclaman con ansiedad.

Yo estaba entonces en Fort de France; allí, he dado consejos de moderación...

De las 6 a las 7, los negros han entrado con la bandera, sin armas, gritando: ¡Viva la libertad! A las 9 menos diez, el Sr.

¹⁹⁸ Al Hno. Arthur Greffier, 2 de abril de 1843.

Domingo

Director del Interior, con música a la cabeza, recorre la ciudad proclamando la abolición de la esclavitud. Se llora de alegría; rápidamente invaden nuestra casa: los negros reclaman al Hno. Arturo para llevarle en triunfo; yo intento hacerles comprender que no conviene eso. Hago traer botellas de vino, se bebe a la salud del Hermano y de los nuevos libres, abrazamos a los hombres, damos la mano a las mujeres, cantamos juntos un canto a la Virgen y la masa, que llenaba el patio, se va con pena. Al día siguiente he regresado a Saint-Pierre. En la isla se cuenta con una centena de víctimas; pero ha vuelto la calma. Se espera al nuevo gobernador, el Sr. Perrinon; reiniciamos las clases interrumpidas desde hace cinco días”.

Y en 1852, la fiebre amarilla se abate sobre la Martinica. Todos los servicios quedan paralizados. En Fort-de-France se entierran veinte personas diariamente. Es una ciudad desolada. Frente al hedor de muerte, el Hno Arturo es el primero en organizar los auxilios. El Hno. Jean Colombini lo ayuda. Mueren cuatro Hermanos, cinco religiosas y una veintena de sacerdotes. El gobernador de la Martinica se dirige al Ministro de Marina elogiando la actitud del Hermano que se ha multiplicado, que ha ido de un lugar a otro de la isla, que ha sostenido la moral de sus Hermanos, que ha conseguido mantener abiertas las escuelas durante la epidemia... El gobierno francés le concede la cruz de la Legión de Honor al Hno. Arturo y la medalla al Hno. Colombini. *“A petición del Ministro, he permitido en que aceptases la cruz, y que el Hno. Jean Colombini recibiese una medalla; pero no llevéis habitualmente ninguna de estas condecoraciones, tampoco las llevo yo. Nunca llevo ni la cruz ni la cinta. Nuestra verdadera condecoración es el crucifijo¹⁹⁹.”*

Otras misiones

¹⁹⁹ Ploërmel, 27 de enero de 1853.

La intención del Ministro de Marina era colorear todo el panorama colonial de presencia menesiana. La misión de **Senegal** fue solicitada tempranamente, pero Juan María precisaba, por realismo, por buena organización, que estuviese consolidada la misión de las Antillas y que hubiese los suficientes Hermanos para cubrir vacíos, antes de abrir espacios nuevos.

A Senegal llegan los dos primeros Hermanos el 22 de noviembre de 1841. El primer centro se abre en San Luis y dos años más tarde otro en Gorée. El gobernador Faidherbe es poco favorable a los religiosos, pero debe rendirse a la evidencia de su buen hacer educativo.

San Pedro y Miquelón, junto a la isla Terranova (1842) y la Guayana (1843), son escenarios de presencia viva de la misión menesiana. Distintas, distantes. En **Guayana** con las dificultades habituales de las demás islas caribeñas, pobreza, esclavitud, enfermedades, en San Pedro y Miquelón, con una dificultad pesada, larga, también agotadora, para poder disciplinar unos alumnos poco acostumbrados al trabajo escolar

Tahití fue la última misión de Juan María. Despiden a los hermanos en septiembre de 1859 y ellos desembarcan en Papeete el 10 de octubre de 1860. Más de un año de viaje. Ha sido el destino más lejano que Juan María ha aceptado. Llegan a la meta dos meses antes de que Juan María emprenda el viaje definitivo a su misión definitiva, la noche del 26 de diciembre de 1860.

Un lugar: Brest- “La cruz del misionero”

“*Brest, idea de Richelieu, mano de Luis XIV*”. Richelieu hizo de la ciudad un gran puerto militar. Gracias a Luis XIV, que estableció en Brest el primer gran puerto de la Marina Real, la ciudad adquiere mayor nombre, y es el punto en el que se aglomeran gentes y mercancías camino del nuevo mundo, buscando una nueva vida.

Brest, la ciudad donde transitan el apego y la pérdida.

Domingo

Ahí está ese grupo compacto de cinco jóvenes de ojos saltones, encendidos por la curiosidad, que acaban de ver el mar de forma nueva, como frontera que se traspasa, como dintel de otra vida.

Y con ellos ese sacerdote maduro, de porte paternal que les envuelve con su mirada depositando sobre ellos su afecto y su melancolía. Y por momentos, mira hacia el horizonte, perforando los mares, como queriendo seguir un mapa que le lleve hasta el futuro ignorado y lejano, para poder desde ahora descifrarlo. ¿Hacia dónde emigra su mirada?

Juan María está aquí, no podría ser de otro modo, apurando hasta el final el momento de presencia física, haciendo muy visibles los lazos que le unen a sus hijos, las raíces que los han nutrido. Brest: lugar de apego.

Y el silencio con que les mira le ha enrojecido los ojos. Como un náufrago, está braceando tenazmente para vivir en otros mares y en otros soles. Dejando atrás, podando el pasado, distanciando rostros y presencias. Brest: lugar de pérdida.

Hasta aquí viene a despedir a sus Hermanos, caminando por estos caminos que le dejan el cuerpo magullado y al volver a casa, el corazón dolorido.

Los años y la enfermedad no le dejan continuar viajando hasta Brest a cada momento de despedida. Pero ha encontrado el punto preciso, el lugar sagrado, para despedir una vida y emprender camino hacia una nueva. Es en las afueras de Ploërmel, el lugar de la carretera en que se vislumbra por última vez la torre de la casa madre.

Hasta allí va con el grupo que partirá dentro de unos días. Andan despacio, como dilatando los segundos, para gustar profundamente la vida que juntos han vivido. Aquí - vuelven la cara de tiempo en tiempo - hemos nacido a cuanto somos, aquí estudiamos, jugamos, oramos, reímos, crecimos, amamos, lloramos. De la misma masa que esas paredes estamos hechos.

Juan María de la Mennais

Juan María no necesita mirar atrás, conoce todos los detalles de la casa, las costuras de las paredes, los ojos maternalmente vigilantes de la torre. Siente sólo una mezcla de congoja y alegría, cada vez más intenso a medida que se acercan al lugar exacto.

Ya están. Están en el límite de dos mundos, el de aquí y el lejano por vivir, en el linde de dos tiempos, el pasado vivido y el futuro que ahora empieza. En este punto del camino, se detiene el grupo y todos miran hacia atrás. Es la última imagen que deberá perforar su retina: la casa madre. Juan María les da las últimas recomendaciones. Más que las palabras es su corazón el que se derrama generoso.

Ahora dirigen la mirada al otro lado. El camino abierto hacia el futuro. Desconocido, pero cargado de mil promesas. Mismo rito. Palabras escasas, densas. Y unos intervalos de silencio, de interpretar y escuchar por dentro.

Han llegado al lugar y queda sólo consumir el tiempo. Llega el abrazo, querido y temido, a cada uno.

Y luego los primeros pasos adelante. Las manos que dibujan el gesto de despedida. Juan María de pie.

En este lugar sencillo, de frontera.

Con el tiempo, en ese lugar sagrado, se erigió una cruz. «La cruz del Misionero», en recuerdo de las despedidas de tantos misioneros. Las novedades de carreteras y autopistas la han desplazado unos metros, pero no ha arramblado con ella. La base es de granito como era roqueña la fe, la generosidad, la vida de cuantos allí se despidieron.

Allá hay que volver cuando se quiera empezar de nuevo, surcar inéditos destinos, recomenzar proyectos... Cuando se emprenda el viaje, Juan María, al azul luminoso y rutilante, de la gloria misma.

Seguir dando vida

La vida sigue y Juan María rejuvenece su corazón, cada día más sensible, cada día más débil, con la acción apasionada. Si antes eran sólo las obras de Bretaña, ahora le reclaman las obras de ultramar y las gentes que imagina, que vislumbra allí, en las escuelas, en las plantaciones, van tomando posesión de su corazón: “*Mes chers petits noirs* » « *Mis queridos negritos* ” La vida así se rebela contra todo tipo de rutina.

En marzo de 1840 se traslada a París llamado por el Ministro de Marina. Decide ir a ver a su hermano: cincuenta peldaños de una escalera oscura y miserable. Llama a la puerta. Dice su nombre, pero Féli no lo quiere recibir. Antes de abandonar la capital hace llegar a su hermano estas líneas::

“Querido Féli: Dejo París con el gran dolor de no haberte podido ver. Sin embargo no tenías que temer que hubiera dicho una sola palabra capaz de molestarte. Puedes estar seguro de que nada en el mundo podrá alterar la amistad que te profeso. Pase lo que pase, seré siempre tu amigo más afectuoso y fiel²⁰⁰.”

Paralelamente a la obra misionera, el Instituto sigue desarrollándose en Francia. Juan María sigue de cerca la formación de los Novicios de Ploërmel pero visita frecuentemente a los demás Hermanos. Para informarse, alentarlos, y mantener la disciplina de la vida religiosa, considera esencial los contactos personales.

Es un trabajo que le mantiene corriendo por todos los puntos de la geografía bretona. «Tengo el honor de ser de todos los hombres de este mundo, el más ambulante», escribe bromeando al sacerdote Mazelier. Y el sacerdote Ruault, su secretario, tenía el

²⁰⁰ A Féli, París, 25 de marzo de 1840.

placer de añadir a la dirección de destino de sus cartas la apostilla llena de picardía « por los grandes caminos de Bretaña ».

Los ecos de la obra de Bretaña llegan a otras diócesis que solicitan Hermanos. La respuesta del Fundador es invariablemente la misma: hagan ustedes lo que yo he hecho aquí. Si lo desean, mándenme postulantes, los formaremos en Ploërmel y se los devolveremos para que sean semilla de nuevas Congregaciones.

De hecho Juan María ayuda con su consejo, o recibiendo jóvenes en el Noviciado, a unos quince embriones de Congregación que luego no llegaron a cuajar, entre ellas la proyectada por el cardenal Wiseman en Inglaterra y otras en Polonia o Bélgica.

Dos de ellas, sin embargo, unirán más tarde sus destinos a la fundada por Juan María:

- La fundada en Auch en 1842, bajo los auspicios del arzobispo Mons. de la Croix d'Azolette funcionó durante algunos años independientemente aunque asociada a la Congregación menesiana. Su Noviciado se hallaba en Lavacan, en la residencia de verano del mismo arzobispo.

El 17 de octubre de 1849 firman un tratado « Disposiciones particulares relativas a los centros de los Hermanos de la Instrucción Cristiana en la diócesis de Auch » Las relaciones del Obispo de la Croix d'Azolette con Juan María eran de total sintonía. Éste seguía personalmente los detalles más menudos de los progresos de los candidatos venidos del Sur de Francia a hacer el noviciado, desde la mejora caligráfica a la constancia en el trabajo. Y vueltos a Auch, había Hermanos jóvenes que, llevados por el peso de la costumbre, le pedían consejo y hasta autorización. Eran remitidos de inmediato a sus Superiores sin producirse jamás el menor roce.

En 1876, la rama del Sur de Francia se fusionó totalmente con Ploërmel. Por aquel tiempo contaba con treinta y dos centros.

- En Ploërmel se forman los primeros Hermanos de una Congregación fundada en Normandía. Después de recibir la

formación, retornan a su centro de origen. Es una experiencia que tiene visos de cuajar con fuerza. Al pasar el tiempo, la parte sacerdotal de la Congregación, los Padres de Santa María van imponiendo su espíritu y costumbres a los Hermanos. Se trata de una absorción lenta, pero segura. En el capítulo de los Hermanos, se propone la anexión completa y definitiva de la rama normanda al Instituto de Ploërmel. Ochenta y un Hermanos profesos se unen en 1881.

Se anuncia el ocaso

Gabriel Deshayes había estado en el retiro de verano en Ploërmel. La procesión tradicional al cementerio antes de concluir el retiro había sido especialmente fuerte y emotiva. Juan María de pie sobre una roca. « Hijos míos estas tumbas son numerosas. No tardará en abrirse otra, la mía. Quiero que me coloquen en medio de vosotros ». Y dirigiéndose a Gabriel Deshayes que está a sus pies: « Mi venerable y santo amigo, los dos estamos tocando el término de nuestra carrera. Pronto habremos desaparecido de en medio de estos hijos ». Unos meses más tarde, el veintiocho de diciembre de 1841 moría Gabriel en Saint-Laurent-sur-Sèvre. El pulgar de su mano derecha, la mano que había firmado en 1819 el Acta de nacimiento de la Congregación de Hermanos de la Instrucción Cristiana, se lleva a Ploërmel, según testamento, para ser enterrado más tarde en la tumba de Juan María.

En setiembre de 1846 Juan María recibe en Lorient la Cruz de Honor de la Legión “en reconocimiento de sus servicios a la juventud de Francia y de las colonias”. Miradla bien, les dice a sus Hermanos sacándola con un puñado de papeles del bolsillo, porque no la volveréis a ver más. Para mí la cruz más preciosa es la de Jesucristo.

Su cruz no es desdeñable. A sus constantes trabajos, a los dolores del alma, se añaden crisis de gota y reumáticas.

La gracia de la debilidad

Va camino de una misión en la que han pedido su colaboración. Han sido días de un trabajo trepidante éstos de este invierno riguroso. Viajes entre lluvias o granizos, reuniones sin fin, correspondencia urgente que despachar... y son ya 67 años en este cuerpo fuerte pero desgastado hasta la extenuación. Estamos en Guingamp 16 de diciembre de 1847. Ocho y media, el inicio de la Misa. La mirada que se pierde. Una nube que enturbia los sentidos. El vacío en los pies. Sólo queda un hilo de voz: “Un médico”. Y el desvanecimiento. Un ataque de congestión cerebral.

Horas de inquietud. El confesor presente, los últimos sacramentos... y el paciente que se repone lentamente. Apenas recobrado el conocimiento piensa en su hermano:

“Querido Féli:

Antes de ayer y en el mismo altar, ha estado a punto llevarme un ataque de apoplejía y parálisis. Hoy estoy mejor, pero todavía a corta distancia del umbral de la eternidad. En el que creía iba a ser mi último momento pensé en ti y ahora siento la necesidad de decirte que mi amistad, jamás alterada ni debilitada, es hoy más viva que nunca. Mi corazón rebosa del deseo de vernos un día reunidos en el cielo, como por la fe tan felizmente y durante tanto tiempo lo estuvimos en la tierra.

Te abraza cordialmente,

tu hermano, Juan.²⁰¹ .”

Por medio del sobrino Ángel Blaize este mensaje llega a la buhardilla de la calle Tronchet de París donde vive Féli. Esta vez el escritor se conmueve. Todo un pasado que creía muerto aparece ante sus ojos. Tras once años de silencio Juan recibe la primera carta, una carta medida pero cariñosa, de su hermano:

²⁰¹ Féli, 18 de octubre de 1847.

Domingo

“Mi querido Juan, sé por Ángel, que sale mañana para irte a ver, el triste accidente que te ha sucedido, y que no tendrá, espero, las consecuencias que te ha hecho temer y que me preocupa verte prevenir, en la nota enviada. Si mi salud, peor que nunca desde hace meses, me permitiese el viaje, seguro que acompañaría a Ángel y, sin recordar el pasado que hay que dejar en adelante en el olvido, estoy feliz de abrazarte asegurándote de nuevo mi viejo, sincero y tierno afecto. Ángel, a mi llegada, me dará noticias tuyas, que serán, espero, como las que yo deseo tan vivamente²⁰².”

Juan María no volverá a ser el mismo. Su mano derecha se obstina en no escribir con la tenacidad que a él le gustaría. Y comenzarán poco a poco un cúmulo de achaques. Ha tocado el umbral de la eternidad. Va seguir trabajando como si nada hubiera ocurrido, disminuido físicamente, pero siempre lúcido y valeroso.

El fin puede estar cercano y hay que organizar la Congregación para cuando él desaparezca. Nombra a cinco Hermanos, su Consejo de Ministros, como él los llamaba, que se harán cargo de ella después de su muerte hasta que se elija al Superior General. A partir de 1857 otros Hermanos le ayudan también en las visitas a los centros.

La Iglesia en el corazón

En 1851, Pío IX le envía dos Breves que reconocen al Instituto. Previamente Juan María en 1848 había escrito a Roma, solicitando al Papa: *“Que Su Santidad se digne bendecir el Instituto de Hermanos de la Instrucción Cristiana, aprobando de la manera que considere más conveniente sus Reglas y sus Constituciones. Yo, sin preocupación en adelante por su porvenir, moriré contento, si la viese consolidada por la paternal bendición del Vicario de Jesucristo”*²⁰³.. El escrito se adjuntaba el “Acta de

²⁰² Carta de Féli a Juan, 26 de diciembre de 1847.

²⁰³ Ploërmel, 24 de junio (fiesta de San Juan Bautista) de 1851.

últimas voluntades” y un resumen de la historia y acción de la Congregación. Iba acompañado de las firmas de todos los Obispos de Bretaña y de Mons. de la Croix d’Azolette.

Los dos Breves del Papa colman de elogios al Fundador por la obra realizada. El viejo luchador se estremece de alegría. Ya puede morir en paz. Por estas fechas el número de Hermanos sobrepasa los seiscientos.

El sacerdote de la Mennais está muy gastado, su caminar es pesado y vacilante. Hace mucho tiempo que no sale de Ploërmel, pero hoy es un día muy especial, quiere ver a su Hijas de la Providencia en Saint-Brieuc. Juan no sabe que las religiosas han dado un impulso fuerte a las obras de la capilla, y, que han solicitado permisos especiales para que su Padre pueda celebrar la primera misa, aún sin haberse consagrado la capilla. Mons. Le Mée, el obispo, autoriza la derogación de los usos de la Iglesia para que este hombre, sacerdote joven y vicario general que fue de esta diócesis, pueda celebrar en aquel recinto. Todo sencillo, sin fastos especiales. Sobriedad externa y una profunda emoción interior. Una iglesia nueva, como él había soñado desde siempre, y unas piedras palpitantes de Iglesia viva en torno a él: unas decenas de religiosas y jóvenes. Era la última vez que veía a sus hijas. La iglesia se acabó de construir y se inauguró solemnemente en 1854. La Iglesia viva, lo sabía muy bien aquel cura que había derrochado todas sus energías juveniles en aquella diócesis, siempre está en construcción, reclama manos siempre.

El 14 de septiembre de 1853, dos meses después de su visita a Saint-Brieuc, pone la primera piedra de la capilla de Ploërmel, con la solemnidad acostumbrada en la época. La vieja capilla de la Ursulinas, se presentaba incapaz de recibir a todos los Hermanos que iban al Retiro, y además presentaba ruina. Es cierto que las arcas del Noviciado presentaban una situación precaria, incapaz de hacer frente a un gran gasto. Juan María decide recortar el viejo edificio para hacer una capilla nueva.

Y habrá que hacer todos los ahorros posibles. Para arquitecto cuenta con el Hno. Cipriano, a quien hace venir a Ploërmel.

Domingo

Cuando estuvo de joven en Pordic, levantó con resolución la planta de la iglesia.

Se recurre a tocar puertas de amigos y conocidos para solicitar ayuda económica y los Hermanos de las escuelas y de las misiones hacen mil sacrificios para aportar su contribución a la Capilla, su Capilla.

Los talleres todos de la Casa Madre comienzan a trabajar desbocadamente. Se cuenta que las oraciones de los Hermanos estaban muy de mañana acompañadas por los acordes de martillos, sierras, barrenas chirriantes.

El diez de setiembre de 1856, es una fecha cumbre en la memoria de ese hombre menudo, achicado por la edad y las fatigas. El Obispo de Nantes consagra la nueva Capilla de Ploërmel. Para la solemne inauguración ha invitado a Mons. de la Croix d'Azolette. El obispo se siente profundamente honrado con el gesto del co-fundador de su obra, pero está débil y delicado. Haciendo un juego de palabras, dirá que si no está presente en persona, lo estará con sus apellidos. Y envía las cruces de mármol marrón de los Pirineos en las que se va a derramar el aceite de bendición.

La herida siempre abierta

El 16 de enero de 1854, Féli está con pleuresía. Antes de acostarse deja escrito: “Quiero ser enterrado en medio de los pobres y como se entierra a los pobres. No se pondrá nada sobre mi tumba, ni siquiera una sencilla piedra. Mi cuerpo será llevado directamente al cementerio sin pasar por la iglesia”. Sigue una lista de seis personas a las que se comunicará su muerte. Entre ellas no está su hermano Juan María.

Por encargo de Féli, un tal Barbet filtra las visitas. Desde su lecho de enfermo, condenado a no abandonar Ploërmel, Juan María se entera de lo que está ocurriendo en París. Escribe a Ángel Blaize, hijo de su hermana María: *“Te conjuro que salgas*

inmediatamente para París como representante de la familia junto a tu pobre tío moribundo. Haz lo que mejor sepas en esta dolorosa cruel circunstancia. ¡Ay! ¡Ay! No puedo decirte más, sólo me quedan lágrimas y oraciones²⁰⁴.”

Desgraciadamente, Ángel ya no es lo que Juan María creía. El también ha abandonado la Iglesia y se pondrá de parte de los guardianes de Féli. Es una guarda pretoriana constante, impenetrable, que impide el acceso al enfermo.

Su sobrina Agustina María, señora de Kertanguy, hija de María La Mennais, es la única a quien se permite atravesar la barrera. Ella nos ha dejado el relato de dos conversaciones que tuvo con su tío moribundo:

El diecinueve de febrero Féli experimenta una mejoría. Se encuentra más sereno y abierto. El mismo aborda la conversación,

- Siento que esto se acaba. Hay que resignarse a la voluntad de Dios. Estaré tranquilo cuando descanse junto a Él.

La mujer, tímida de naturaleza, duda cree que ha llegado el momento de plantearle la gran cuestión.

- Sí, tío, que la voluntad de Dios se cumpla, sólo somos felices cuando nos encontramos junto a El... pero tú estás mejor.

-No digas eso.

El enfermo se crispa de repente. Parece adivinar por dónde viene su sobrina y se encierra en el silencio. Al cabo de un rato Agustina la explica:

- Juan ha querido venir a verte pero está enfermo y se lo han prohibido.

- Mejor que haya sido así. Hubiera sufrido al verte tan enfermo.

Sí, escríbele que he estado peor.

- Ya lo he hecho. Le escribí el jueves pasado para tranquilizarle.

²⁰⁴ Ploërmel, 31 de enero de 1854.

Domingo

- *Has hecho bien.*

- *Ya sabes que Juan sufre mucho al no recibir noticias tuyas. Voy a escribirle diciéndole que he estado contigo.*

- *Harás bien.*

Nuevo silencio. De nuevo la mujer insiste,

- *Juan está muy apenado, no duerme desde hace varios días, una palabra tuya le haría mucho bien ¿me permites que se lo diga?*

- *Sí, díselo.*

- *¿Le diré, pues, a tío Juan muchas cosas de tu parte?*

- *Sí, responde Féli con una mirada afectuosa.*

Cuando Juan María recibe noticias detalladas de esta conversación decide afrontarlo todo y salir para París, pero los médicos se oponen resueltamente a ello.

La angustia atenaza a ese pobre anciano, moribundo también él, mucho más que por la enfermedad, por el amor de siempre que se hace ahora mucho más intenso, y porque la ausencia es un hierro que quema sobre las heridas abiertas, siempre vivas. Escribe el 23 de febrero a su sobrina Agustina: "*Desde hace tres semanas, ya no duermo; me atormentan las inquietudes más dolorosas. No vivo más que con el deseo de ir a París, y no puedo. Di a nuestro querido Féli todo que le diría si estuviese ahí; pídele, suplicale en mi nombre, que piense en su alma, en la Iglesia que tanto ha amado, en su pobre viejo, su hermano Juan, que le ama más que nunca y que le ruega que llame a un sacerdote lleno de fe, de amor y de caridad, que sea para él como otro hermano*²⁰⁵."

El día 25, recibía una carta de un sacerdote de París: "Venga, querido Padre, aunque tenga que morir en el camino. Vd. sólo puede arrojar del templo a esos indignos profanadores que rodean a su hermano. Vd. sólo puede llevarle a Dios. Vd. sólo puede hacerlo."

²⁰⁵ Ploërmel, 23 de febrero de 1854.

Cuando Juan la lee ya nadie le puede detener. Efectivamente, irá a París aunque tenga que morir en el camino. El veintiocho de febrero llega a Rennes y ordena que le reserven plaza para la diligencia del día siguiente. Mientras espera, envía un documento al diputado Duclos para que lo firme. Este acaba de leer la prensa de París y le comunica la noticia: su hermano ha fallecido el día anterior, el lunes veintisiete de febrero de 1854.

Dicen que, en los últimos momentos, cuando le anunciaron la visita del arzobispo de París, Mons. Quélen, Féli quiso decir algo y, al no poder hablar, se volvió hacia la pared con un movimiento de desaliento y de impaciencia. Dicen que una gruesa lágrima corrió entonces por las mejillas del moribundo...

La vida que ya llega

Este golpe recio es el último de una larga cadena de dolores morales y físicos que han marchitado su cuerpo, han acentuado algunas aristas de su rostro, han hinchado algún rasgo de sus facciones, pero que no han podido quemar la fuerza de su mirada, vivaz, penetrante, tierna.

Ha estado siempre que ha podido en los consejos de la Congregación, que denomina con su inextinguible sentido del humor, “consejo de ministros”.

El 19 de marzo de 1857, en una circular, anuncia que la visita a las comunidades, lo que él más quería, lo que los Hermanos impacientemente deseaban, pasaba a la responsabilidad de unos Hermanos de su confianza, los «visitadores». En ella, además, evoca la vida vivida y la relee, con mirada agradecida: *“Cuando pienso en el pequeño grano de mostaza que echaba a la tierra, hace cuarenta años, sin saber muy bien lo que sería de él, pero al cuidado de la divina Providencia, me es muy dulce, después de tantos años de trabajos y pruebas, ver hoy cómo se desarrolla vuestra obra en Bretaña, cómo se implanta en el sur de Francia y se extiende más allá de los mares. Al verlo no puedo más que*

Domingo

desconcertarme y gritar con la Escritura: “Sí, el dedo de Dios está ahí”.

La Pascua de 1860 fue el último día en que celebró la Eucaristía.

El 8 de septiembre había llegado a sus ochentas años, para pocos días después sufrir un nuevo ataque de parálisis que lo derrumbó de nuevo. Todos se dan cuenta de que es el final.

Postrado en su cama, se cansa enormemente con el rezo del Oficio. Come poco, unos caldos que le preparan con mimo. Se limita ya a desgranar el rosario, a que le lean algunas páginas del catecismo de Saint-Malo, o capítulos sueltos de la *Imitación de Cristo*.

Es el día 24 de Diciembre y el Hermano Cipriano como secretario escribe la última circular de Juan María. En ella se encierra su última voluntad, la felicitación navideña más amorosa, el anuncio de un día de nacimiento definitivo que está por llegar.

Ploërmel 24 de diciembre de 1860

Queridísimos hermanos míos

Pocas enseñanzas son tan provechosas para la salvación como las que nos da el tiempo, cuando nos damos cuenta de la rapidez con que corre. Sepamos aprovecharlas. Cada año que acaba es un gran paso adelante hacia la eternidad; y, sin duda alguna, el que va a comenzar va a ser el último para varios de nosotros... ¿quién está preparado?

....

Os diré queridísimos hermanos míos tomando prestadas las palabras del Apóstol: Es hora de que despertéis de vuestro sueño... El Señor está cerca. Tengo la dulce confianza de que, dóciles a la voz de mi paternal solicitud, que, quizás, se hace oír por última vez, os vais a levantar y caminar con nuevo ardor por los senderos benditos del fervor y de la regularidad, dándoos con más ímpetu que nunca a la práctica constante de vuestras Reglas y

Juan María de la Mennais

de las virtudes propias de vuestra santa profesión. Los tiempos son malos: rezad y consolad a la Iglesia por medio del olor de todas las virtudes. Animaos a emplear en adelante los días que os quedan en pasar por la tierra sembrando mucho, para recoger abundantemente en el cielo. Para conseguir el objetivo de nuestra común esperanza, y que es el fin de vuestros penosos trabajos, consolidaos cada vez más en la gracia, la paz, la caridad y la humildad de Nuestro Señor.

No os quiero ocultar queridísimos hermanos míos que mis fuerzas bajan sensiblemente: continuad rezando por mí; después de Dios y de la Virgen María, mi pensamiento más querido es para vosotros. Encariñaos de corazón y de alma con la santa Iglesia y con vuestro Instituto.

¡Benditos serán por siempre Jesús y María Inmaculada! Amen.

J.-M. DE LA MENNAIS

Sup. Gen.

N. B. Los hermanos del Secretariado unen sus Felicitaciones a la de nuestro venerable Padre

Ploërmel, la víspera de Navidad de 1860.

El día veintiuno, el párroco de Ploërmel le había administrado la Unción de los enfermos. Cuando le hace la pregunta del ritual « ¿Crees todas las verdades que enseña la Iglesia Católica? », el venerable moribundo reúne todas las energías que le quedan, dos lágrimas ruedan por sus mejillas y contesta con voz firme y clara: « Sí, creo, creo ».

Atardece. A cada minuto está obligado a cambiar de posición. Esta mañana ha recibido el Viático, el pan para el camino, el Pan para llegar hasta el fin.

El 26 de diciembre de 1860, se van apagando los ojos de Juan María. Unos ojos que han estado infinitamente abiertos y que quieren seguir llevando a los jóvenes a más vida.

"Acaba mi obra", dijo a su sucesor.

Domingo

¿Demasiado lúcido, demasiado valiente, demasiado tenaz, Juan María?

"Acaba mi obra"...

El mensaje más claro, la despedida más tierna.

Luego un dulce sopor.

Anochecer

Dulce es estar así, Señor, en esta agradable duermevela.

Un viaje tranquilo, sin las prisas y los dolores del traqueteo de las berlinas.

Con la posibilidad de ver, aunque de prisa, el mar azul de Saint-Malo (¿veré más tarde también aquellas manos suaves recordadas entre nieblas, que tocaban el violín y escribieron las páginas que tantas veces he leído?)

Me vienen al galope los fuegos de la infancia, el convento de los carmelitas, los caminos de Bretaña, la finca familiar donde quedaron encendidos para siempre tu fuego y tu deseo...

Y están conmigo aquí, instalados en mi recuerdo, recogidos en silencio, mis amigos de juventud del colegio eclesiástico, y todos los rostros de las diócesis que me diste.

Te rogamos, Señor, por nuestro hermano...

Rezán por mí. Y utilizan mi título más verdadero « Hermano ». Se me enciende la memoria y van saliendo de las sombras los rostros y los nombres. Mis hermanos. Los de la primera hora con su fe desbordada, el primero que se fue, y los demás... los que el mar me separó y me dejaron su vacío. Están todos. A todos los abrazo. Hermanos...

Juan María de la Mennais

Hermano... El más mío también está ahí. Me alarga sus manos. Sí, ya voy. Al abrazo que no pudo ser, pero que será pronto, sin fin y sin reproches.

Bendice sus obras, y no tengas...

Sigo oyendo el rumor de las plegarias de los que están junto a mí. Yo nada hice. Me dejé hacer, en todo caso... Me llegan nombres ahora, como una sencilla cantilena: Saint-Brieuc, París, Hijas de la Providencia, Hermanos, Saint-Meen, San Pedro, Rennes, Ploërmel... Me llegan los rumores de la casa...

Y me llegan las voces de niños que juegan, que ríen, que alborotan y rezan, que cantan las mismas melodías que yo supe y también cadencias nuevas, ritmos de sol y azúcar... Seguid cantando. Eternamente.

Oigo un campanada... serán casi las once.

Una mano leve... piadosa... filial va cerrando mis ojos.

Se me abren de repente.

De par en par.

Es la VIDA

Bibliografía

- LAVEILLE (A.), *Jean-Marie de la Mennais* (1780-1860), 2 v., Librairie Lafolye frères, Vannes, 1910.
- DENIAUD (F. Yvon), *Prier 15 jours avec Jean-Marie de la Mennais*, Nouvelle cité, 2006
- FRIOT (F. Philippe) (sous la direction de) *Correspondance générale de Jean-Marie Robert de la Mennais*, 7 vol, PUR, 2001-2002
- FRIOT (F. Philippe) (sous la direction de) *Sermons, Écrits sur l'éducation*, 2 vol, PUR, 2002
- CUEFF (F. Paul), MORVAN (Sr Simone), *Deux congrégations mennaisiennes*, 1980
- PERRIN (Pierre), *Les idées pédagogiques de Jean-Marie de la Mennais*, Presses Universitaires de Rennes, 2000
- FRIOT (F. Philippe), *Jean-Marie de la Mennais* (1780-1860), *La Spiritualité d'un homme d'action*, Rome, 1992.
- MERLAUD (André), *Jean-Marie de la Mennais, la Renaissance d'une chrétienté*, Ploërmel, 1960
- DOUCET (Marcel), *Jean-Marie Robert de la Mennais, anthologie tirée de ses œuvres*, Ed. Etchemin, 1980
- LE GUILLOU (Louis), *Correspondance générale de Félicité de Lamennais*, 9 v., A. Colin, Paris, 1971-1982
- GENDROT (F. Jean-Baptiste et Marcel), *Gabriel Deshayes, l'audace de la foi. Écrits et paroles*, centre international montfortain, Saint-Laurent-sur-Sèvre, 1995.
- LEBRUN (J.), *Lamennais ou l'inquiétude de la liberté*, Fayard, Paris, 1981
- RULON (H. C.), FRIOT (Ph.), *Un siècle de pédagogie dans les écoles primaires* (1820-1940), *Histoire des méthodes et des manuels scolaires utilisés dans l'institut des frères de l'Instruction chrétienne de Ploërmel*, Librairie J. Vrin, Paris, 1962
- COTÉ (F. Albert), *Nos fondateurs : Recherches sur leur lien* (1816-1841)
- GAGNON (F. Charles), *Extraits des œuvres de Jean-Marie Robert de la Mennais*.

Otras fuentes •

Collections de *La Chronique, la Mennais Magazine, Études Mennaisiennes*.

CONTACTOS Y DIRECCIONES

Casa Generalicia, Roma
Fratelli dell' Istruzione Cristiana
Casa Generalizia FICP
Via della Divina Provvidenza, 44
00166 ROMA
secretariat@lamennais.org
Sitio en Internet : www.lamennais.org

Hermano Provincial, Colegio Cardenal Copello, Nueva York 3571, Villa Devoto, C 1419 HDE **Argentina**, Buenos Aires C. F. W : www.menesianosic.net

Brother Vice Provincial, Shizuoka Community, 1430, Oshika - Suruga-Ku, SIZUOKA 422-8021 **Japon**. W : www.ficjp.or.jp

Brother Provincial, David Hall - Notre Dame Institute, 128, Shaker Hill Road, PO Box 159, ALFRED, ME 04002 0159, **USA**. www.ficbrothers.org

Équipe provinciale, Maison Provinciale, 4, rue François d'Argouges, BP 148, 56004 VANNES Cedex – **France**. C : province.vannes@mennaisien.org
W : www.mennaisien.org

Frère Vice-Provincial, Communauté FIC, 03 BP 30911, Lomé Wuiti **Togo**
W : www.mennaisien.org,

Brother Provincial, PO Box 50, KISUBI **Uganda**. E : superior_uganda@yahoo.com

Frère Provincial, Maison Gabriel Deshayes, 144, rue Panaméricaine, HT 6140 – Pétionville, **Haïti**. C : provinceslg@yahoo.fr

Frère Vice-Provincial, Communauté FIC Isiro, PO Box 1097, Arua **Uganda**.
W : www.provincejdlm.com

Hermano Provincial, Colegio Berrio-Otxoa, Marcelino Menéndes y Pelayo 25, 48006 BILBAO (Vizcaya) **España**. E : provincialhbm@planalfa.es,
W : www.menesianos.org

Frère Vice-Provincial, Communauté du Sacré Cœur, BP 7001 98719 TARAVALO, TAHITI (**Polynésie Française**).
W : www.mennaisien.org

Brother Provincial, The Brothers'Centre, Mabrua Street Soweto, PO Box 166, MOSHI **Tanzania**. E : provincalkt@yahoo.com

Frère Provincial, 850, Chemin de Sault Saint-Louis, La Prairie (Québec) J5R 1E1
Canada. W : www.provincejdlm.com

Community House, 57, Midanbury Lane, Bitterne Park, SOUTHAMPTON S018
4DJ, **England.** E : bfs@sfx.liverpool.sch.uk

Biara la Mennais BPK, Lorong Yaspensel Weru, 86128 LARANTUKA Flores NTT,
Indonesia. C : ficlarantuka@hotmail.fr, W : www.brlamennais.org

Sumario

LUNES	11
Amanecer	13
Mañana de lunes	14
Un lugar	14
Unas raíces	17
La Familia.....	18
Sus educadores.....	23
Tarde de lunes	24
Un lugar	31
La familia	32
La educación.....	35
Noche	36
MARTES	39
Amanecer	41
Mañana de martes	42
Creciendo desde dentro	42
Otra vez Saint-Malo: Agudizando la sensibilidad.....	46
Los inicios	47
Comunidad educativa y su proyecto	49
Los jóvenes, lo primero.....	51
Los pobres	52
Las armas en las manos	54
Mediodía	56
Tarde del martes	57
Creciendo de nuevo.....	57

La Chesnaie	60
San-Sulpicio.....	62
Otra vez La Chesnaie	63
“Torrente de ideas vagas”	64
Mirada al presente:.....	65
Vuelta hacia el pasado	66
Proyecto al futuro	67
Anochecer	67
El hogar	68
La forja	70
MIÉRCOLES.....	73
Amanecer.....	75
Mañana del miércoles	76
Un lugar de providenciales coincidencias	76
Lazos nuevos	79
Mediodía.....	83
Tarde de miércoles.....	85
Con el clero	86
Misiones.....	87
Asociaciones de seglares.....	88
Pastoral vocacional	89
Enseñanza	91
Anochecer	93
JUEVES	97
Amanecer.....	99
Mañana del jueves	101
Unas jóvenes sencillas, discretas.	101
Así comenzaron.....	102

Camino de nueva Congregación	104
Las Hijas de la Providencia.....	106
Un vigoroso y temerario hombre rural	108
En el encuentro decisivo con los niños.....	111
Tarde del jueves	115
Preparando una respuesta	115
El « hombre entero »	117
La respuesta definitiva.....	120
Fundador, de improviso.....	121
Anochecer	124
En la Gran Capellanía.....	125
Lejos de los suyos	126
La corte	128
En el corazón de la Iglesia francesa	129
Bretaña otra vez en el horizonte.....	131
VIERNES	133
Amanecer.....	135
Mañana del viernes.....	137
Primeros pasos de los Hermanos de la Instrucción Cristiana	137
En crecimiento.....	141
La vida nueva que se anuncia	142
Con los Hermanos, como los Hermanos.....	144
Ágil al servicio de la Iglesia.	145
La Congregación de Saint-Méen	145
La Congregación de San Pedro	148
Un lugar: Malestroit.....	153
Tarde del viernes	156
Un largo camino de dolor	156
Inicios delicados.....	156
L'Avenir	158
Los peregrinos de la libertad	159
Un penoso Via-Crucis.....	162

Juan María, Superior General de la Congregación de San Pedro	166
Las Palabras de un Creyente	168
La encíclica “ <i>Singulari nos</i> ”	170
Fin de la Congregación de San Pedro	172
Atardecer	174
SÁBADO	177
Amanecer.....	179
Mañana.....	181
Lo primero, los niños.....	182
La educación debe ser religiosa	184
Ministros, no funcionarios	185
Educación capaz de « hacer milagros »	187
Firme dulzura, dulce-firmeza	188
Escuela de calidad.....	191
Un lugar: Ploërmel	195
Mis fuentes están aquí.....	196
Memoria de compromiso	197
Tarde	198
El dolor de los primeros amaneceres: Guingamp	198
Las incomprensiones desde dentro	200
Por la libertad de enseñanza.....	202
Un reconocido propulsor de la educación popular.....	206
Anochecer	208
DOMINGO.....	211
Amanecer.....	213
Mañana de domingo.....	215
Re-empezar. Abierto a la permanente novedad del Espíritu	215
Las primeras andaduras	218
Recomenzar	220

Martinica	221
En la misión, « hasta el extremo ».....	223
Quien siembra con lágrimas, recoge con alegría.....	225
Otras misiones	227
Un lugar: Brest- “La cruz del misionero”	228
Tarde.....	231
Seguir dando vida	231
Se anuncia el ocaso	233
La gracia de la debilidad	234
La Iglesia en el corazón	235
La herida siempre abierta.....	237
La vida que ya llega.....	240
Anochecer	243